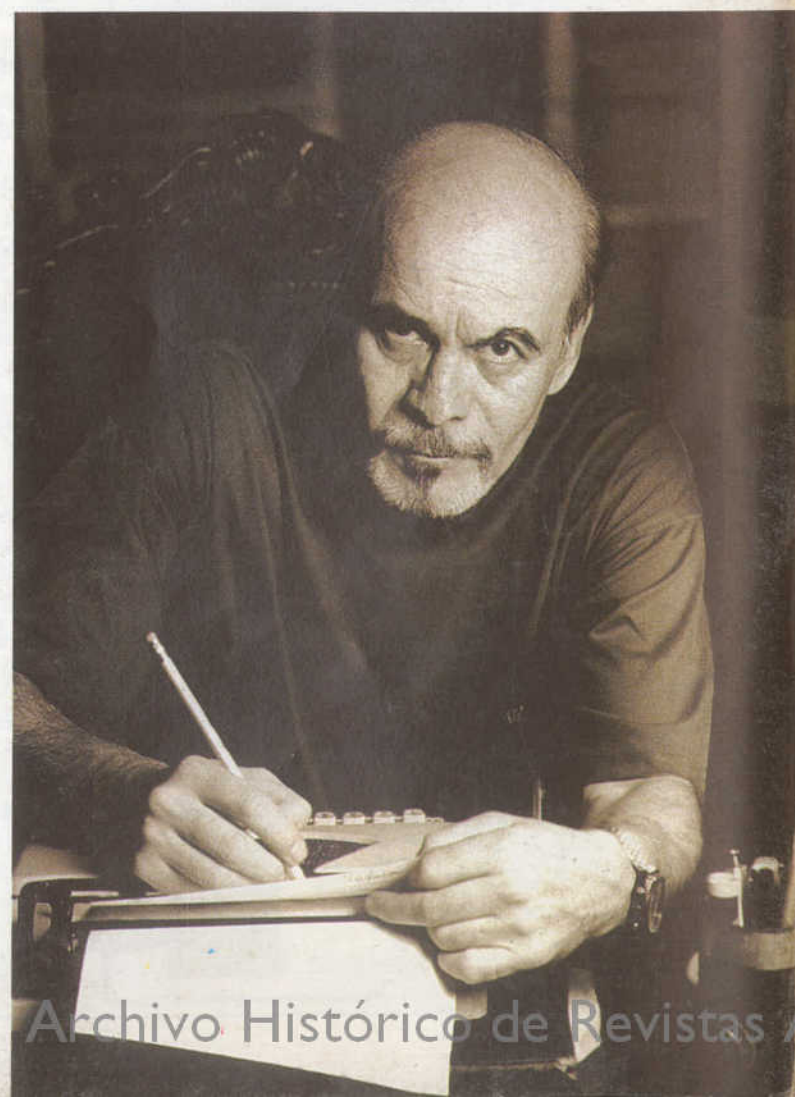


El descubrimiento que pudo
cambiar al mundo

El Evangelio según Van Hutten

La nueva novela de **Abelardo Castillo**



Seix Barral  Biblioteca Breve

GRUPO EDITORIAL PLANETA

V DE VIAN

revista culturalmente incorrecta

Año IX Nº38 \$ 5,90.-

los cuentos del concurso

Eduardo Rojas
Alejandro Fracas
Gabriel Bellomo
Juan B. Duizeide
María Fasce
Laura Matonte
Jazmín Rada
Rodolfo Romanut

Elvio E. Gandolfo
Victoria Cáceres
Juan José Millás
Augusto Monterroso
George Steiner

Teofanías

No busques más, no hay taxis.

Piensas que va a llegar, avanzas,
retrocedes, te angustias,
desesperas.

Acéptalo
por fin: no hay taxis.

Y ¿quién ha visto un taxi?

Los arqueólogos han desenterrado
gente que murió buscando taxis,
más no taxis.

Dicen
que Elías, una vez, tomó un taxi,
mas no volvió para contarlo.

Prometeo quiso asaltar un taxi.
Sigue en un sanatorio.

Los analistas curan
la obsesión por el taxi,
no la ausencia de taxis.

Los revolucionarios
hacen colectivos de lujo,
pero la gente quiere taxis.

Me pondría de rodillas si apareciera un taxi.
Pero la ciencia ha demostrado
que los taxis no existen.

GABRIEL ZAID

Staff

Año IX Nº38 abril '99

Director Sergio S. Olguín

Equipo Elvio E. Gandolfo
Christian Kupchik
Santiago Pazos
Gisel Picca
Pedro B. Rey
Claudio Zeiger

Coordinación Diana Arbiser

Fotografía Diana Arbiser
Jorge Barroso
Mónica Hasenberg

Colaboran Melina Berkenwald
Victoria Cáceres
Daniel Collico Savio
Belén Gache

Embajadora Karina Galperín
en Harvard

Diseño Gabriel Miró
de logotipo

Diseño Le Porvenir Art
de Tapa

Asesor Eduardo Arechaga
espiritual

CON V DE VIAN ES PUBLICADA POR VIAN EDICIONES. REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL EN TRAMITE. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL SIN AUTORIZACIÓN PREVIA. LAS NOTAS FIRMADAS REPRESENTAN LAS OPINIONES DE SUS AUTORES Y NO NECESARIAMENTE DE LA REVISTA. REDACCIÓN: ALSINA 2260 3° E. TELÉFONO: 953-4476. IMPRESO EN: EDITORIAL TRENQUE LAUQUEN (FOTOMECÁNICA). DISTRIBUCIÓN: A CONFIRMAR.

CAPITAL FEDERAL
REPÚBLICA ARGENTINA
TERCER MUNDO

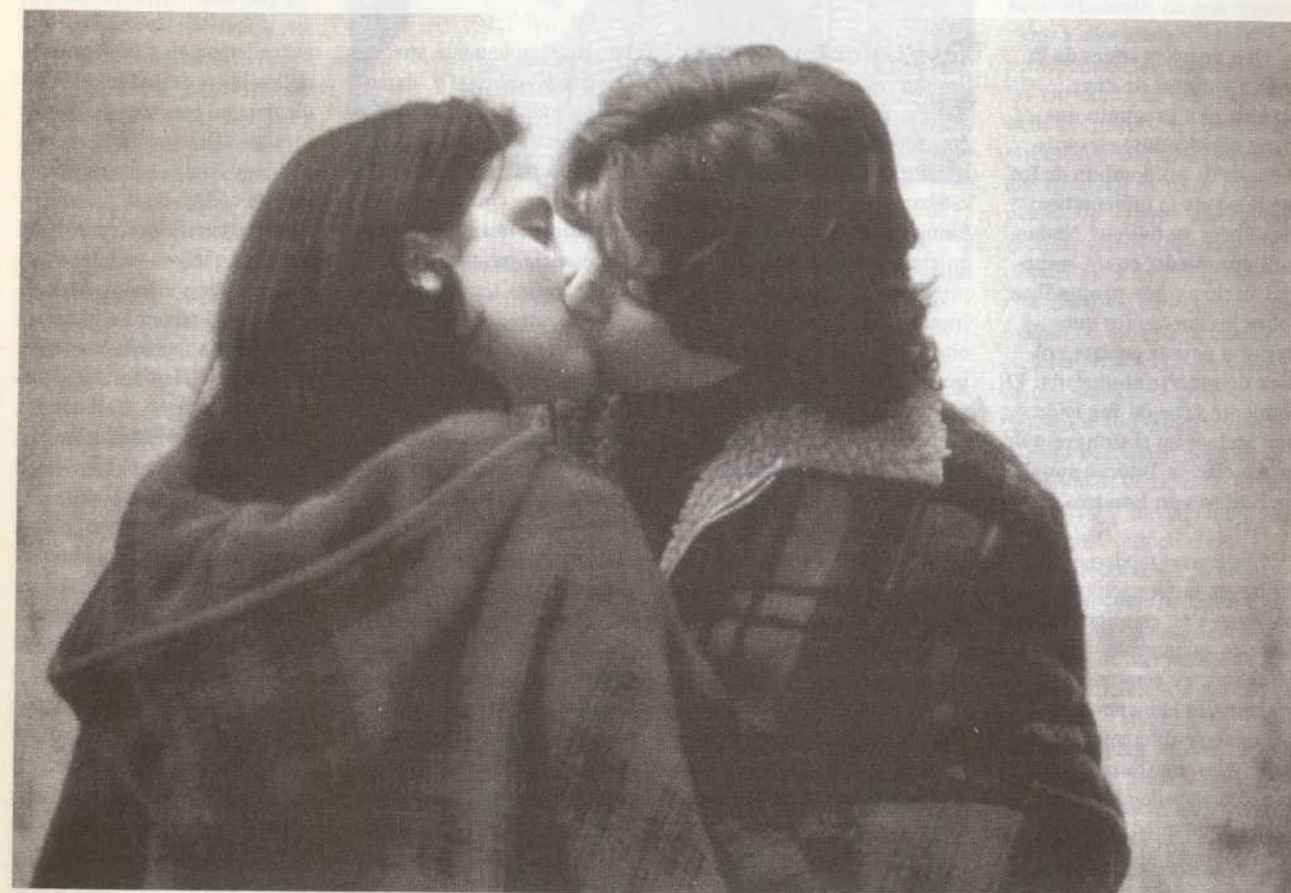
Correspondencia a:
Alsina 2260 3° E
1090 - Capital
E-Mail: vdevian@ciudad.com.ar

Sumario

38

Especial ficción

Los cuentos seleccionados en el Tercer Concurso de Narrativa V de Vian.



4 / Click! <i>George Steiner analiza el fin del libro y sus consecuencias sociales.</i>	17/ Gabriel Bellomo: <i>Sebastian in traum.</i>	37/ Eduardo Rojas: <i>Puma cebado.</i>
6 / Click! <i>Internauta ilustrado, Monterroso sobre Rulfo, cuestionario al autor, etc.</i>	22/ María Fasce: <i>Laura y Joaquín.</i>	41/ Juan José Millás: <i>Tres relatos.</i>
8/ Eduardo Rojas: <i>La hora del castigo.</i>	25/ Laura Matonte: <i>Lili Marlenita.</i>	44/ Victoria Cáceres Mauri: <i>Patrón errático.</i>
12/ Eduardo Fracas: <i>Flashando con la noche.</i>	26/ Jazmin Rada: <i>La naturaleza de la madre.</i>	47/ S.S.O.: <i>Estrategias de feria.</i>
	30/ Rodolfo Romanut <i>"Dinamita" Coria.</i>	48/ Elvio Gandolfo: <i>Libros en cuestión.</i>
	34/ Juan B. Duizeide: <i>Perdido.</i>	50/ Santiago Pazos: <i>Cuánto vale tu silencio?</i>

¿El ocaso de la era libresca?

Uno de los grandes de la crítica cultural de hoy plantea una pregunta que viene repitiéndose en estos tiempos de predominio de los medios y de la informática: ¿los libros ya fueron? Nada más apropiado, en un «especial ficción», que profundizar sobre las cuestiones que llevan a pensar en esta crónica de muerte anunciada. El siguiente artículo fue leído por Steiner en el Congreso de la Asociación Internacional de Editores en Londres.

Las teorías modernas atribuyen la formación del universo a un equilibrio de factores sumamente delicado. Si ciertas temperaturas y magnitudes hubieran sido ligeramente diferentes, el Big bang y las transformaciones consecuentes de elementos jamás habrían ocurrido. El desarrollo del libro moderno y de la cultura del libro, tal y como lo hemos conocido, parece haber dependido de una combinación igualmente delicada de factores determinantes e interdependientes. El desarrollo de la imprenta moderna por parte de Gutenberg coincidió, como ha sido señalado con frecuencia, con el ascenso de la clase media en Europa occidental. Dicho ascenso hizo posible la atmósfera, la formación de una sensibilidad y, sobre todo, las condiciones económicas que permitieron disponer del espacio físico y el tiempo indispensables para llevar a cabo un cierto tipo de lectura «clásica».

El acto de leer «a la manera clásica» exige la posesión de

los medios necesarios para llevar a cabo tal tipo de lectura. Ya no estamos lidiando con las bibliotecas del Medioevo -cuyos libros estaban encadenados- ni con libros guardados como tesoros en ciertas instituciones principescas y monásticas. El libro se transformó en un objeto doméstico propiedad del usuario, accesible a su deseo de llevar a cabo una lectura. Este nuevo acceso exigía a cambio un espacio privado, del cual las bibliotecas personales de Erasmo y Montaigne son emblemáticas. De una importancia mayor, aunque difícil de definir, fue la adquisición de periodos de silencio y privacidad. El acto clásico de lectura se lleva a cabo dentro de una esfera de silencio que le permita al lector concentrarse en el texto. Necesitaríamos saber mucho más de lo que conocemos acerca de la historia de los niveles de ruido en las ciudades europeas durante el Renacimiento y el inicio de la Era Industrial, para describir, con mayor precisión, el contexto público y social de la experiencia del libro.

De relevancia equiparable fue el crecimiento de un aparato auxiliar integrado por publicaciones periódicas, diarios y gacetas literarias, en los cuales los libros de aparición reciente eran citados de manera extensa y discutidos con una formalidad magisterial. Este aparato de discurso secundario creó una caja de resonancia entre el escritor y el lector.

El punto que quiero dejar

claro es, simplemente, que la relación entre libros y literatura, tal y como la conocemos hoy en las comunidades europeas y norteamericanas, surgió de una concatenación extraordinariamente compleja y en esencia inestable de circunstancias tecnológicas, económicas y sociales.

Es muy posible que la «Era del libro», en el sentido clásico de la expresión, esté llegando gradualmente a su fin. Esta era abarca, aproximadamente, el periodo que va de 1550 a 1950: apenas 400 años. La autoridad y el éxito del ámbito clásico del libro y sus lectores ha sido tal, que hemos pasado por alto no sólo su fragilidad circunstancial sino también su singularidad en el contexto mundial. Es un hecho que, para la mayor parte de la población del planeta, lo que he denominado el acto clásico de lectura -la propiedad privada de espacio, de silencio y de los mismos libros-, nunca constituyó una práctica natural ni originaria. ¿Cuáles son, en las actuales condiciones de Occidente, algunos de los principales factores que podrían estar minando la herencia de la condición libresca tradicional?

Nos encontramos en el centro de diversas manifestaciones de protesta, democrática y popular, en contra de las formas tradicionales de lectura y escritura. La cultura del libro surgida en el Renacimiento postulaba un canon más o menos convencional de modelos y valores del texto. Las bibliotecas contenían a

los clásicos, y la misma

encuadernación y dimensiones de los libros reflejaban claramente este sentido de un legado establecido de excelencia. Hoy en día, cada aspecto de este código de lo preeminente es cuestionado por aquellos que ven en él una forma apenas disimulada de política del poder. La lucha en contra de la llamada «cerrazón» de la mentalidad norteamericana es de carácter profundamente político. Esta lucha involucra no sólo el tema de una forma tradicional de lectura y escritura, sino también el del uso del tiempo libre, la privacidad y el nuevo desequilibrio dinámico entre los privilegios de una minoría, por un lado, y las exigencias de la cultura de masas, por el otro. Los espacios privados, en el sentido que les he dado, están disponibles solamente para unos cuantos. Hoy día, las paredes de los edificios permiten que se filtre una carga constante de ruido.

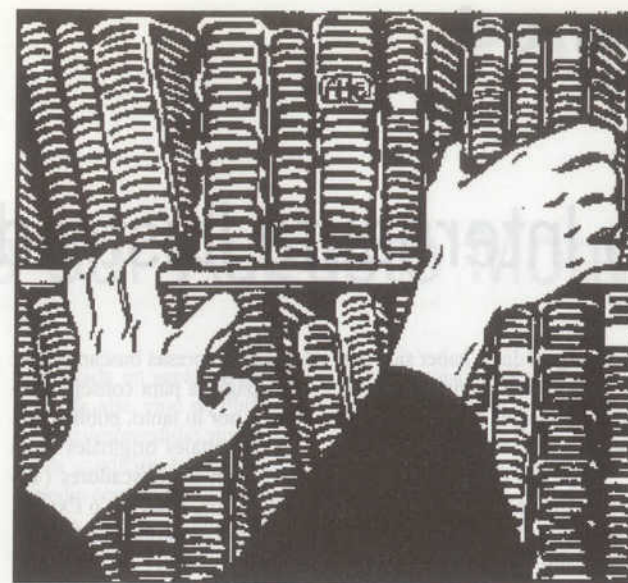
¿Quién en nuestros días tiene la posibilidad de construir o poseer una biblioteca privada del tipo de las que conocieron los lectores clásicos del pasado? Sin duda alguna, en la mayoría de los hogares nuevos -y ciertamente entre la población joven-, tanto el mueble para guardar discos como los estantes para colocar grabadoras y casetes han reemplazado a los libreros.

Obviamente, el cambio más radical es aquel introducido por los medios rivales de información. Estamos muy lejos de haber siquiera comenzado a entender hasta qué grado el radio, el cine y,

sobre cualquier otro medio, la televisión, se están apropiando de los recursos temporales y perceptivos que alguna vez le pertenecieron al libro, tanto en el terreno del entretenimiento como en el de la información. El impacto gráfico de la televisión y la carga informativa que puede ser recopilada precisa y rápidamente por los nuevos medios electrónicos, son tan fuertes que, en muchos aspectos, el libro es visto hoy como un objeto de anticuario, un instrumento tan lujoso como lo fue, después de Gutenberg, el manuscrito ilustrado. La «biblioteca» del mañana será, en gran medida, una red compleja de fuentes electrónicas y de medios de recepción, en los que la televisión por cable jugará un papel protagónico. Por lo tanto, aunque la revolución introducida por las ediciones en pasta blanda y la necesidad que tienen los países subdesarrollados de libros de texto le hayan dado un segundo aire a la cultura de Gutenberg, no es de ninguna manera claro que la «literatura» sobrevivirá en su naturaleza libresca esencial.

Es un hecho que distintas formas de literatura oral comienzan a jugar un papel importante en la totalidad de la comunicación moderna. En la ex Unión Soviética, las lecturas de poesía son acontecimientos masivos; en Europa occidental y Estados Unidos el poeta se ha convertido, cada vez más, en alguien que lee en voz alta para los demás. No está muy lejano el día en que los novelistas, o aquellos más confiados en su capacidad para proyectarse frente a un auditorio, leerán directamente sus nuevas creaciones (que muy probablemente no estarán aún impresas).

De igual -si no mayor- relevancia, es el triunfo de la imagen y de los anuncios. Tendemos a olvidar que son éstos los que, a lo largo de la historia de la humanidad, han desempeñado la importante labor de transmitir tanto información vital como inmediatez emocional. Mientras que la música es verdaderamente universal, la literatura transmitida a través



de un libro no lo es. Hoy en día, los libros de fotografías, los cómics, los tabloides de circulación masiva y las revistas atraen la atención en un grado mucho mayor que el que alcanzó alguna vez el libro tradicional. En la base de estas revoluciones técnicas yace un cambio, difícil de definir, en el propio estatus de la temporalidad. El acto de autoría y de lectura en su sentido clásico solía estar íntimamente relacionado con metáforas y sugerencias alrededor de la supervivencia: el escritor y el lector apostaban por la trascendencia. Los poetas identificaban la condición libresca básica con la áspera y dominante sed de inmortalidad. Tales sentimientos son hoy considerados no sólo elitistas sino francamente vergonzosos. Ahora, nuestro pergamino es la pared, sobre la cual los efímeros graffiti cuentan con su breve y estridente apogeo.

En un periodo de transición tan complejo como el actual, toda predicción está condenada a caer en la ingenuidad. Ahora pueden fabricarse un gran número de opciones intermedias y de emergencia. Comenzamos a toparnos con libros hechos en casa, es decir, impresos y formados en diferentes tipos de procesadores de palabras. Es evidente que la interacción entre la televisión y la distribución y venta de textos está todavía en pañales.

Más asombroso todavía es

el cambio en los periodos de atención hacia otro tipo de estímulos por parte de aquellas personas habituadas a leer en condiciones tradicionales. Recientes investigaciones sociológicas y psicológicas sugieren que un 85% de los adolescentes estadounidenses ya no puede concentrarse en la lectura de una hoja impresa si no tiene como fondo algún ruido electrónico. En otras palabras: los jóvenes leen con música de fondo o con la televisión prendida, a la que no miran directamente, sino que la mantienen apenas al margen de su percepción. Probablemente, la corteza cerebral humana cuenta con una capacidad limitada de recepción simultánea; es casi imposible imaginar todos los cambios introducidos por el capullo de ruido del que, cada vez en mayor medida, somos habitantes.

Parece ser que la poesía, la ficción y el ensayo filosófico de alto nivel serán editados no por las grandes empresas de publicación y distribución masiva, sino por imprentas pequeñas. Ya en Francia, en las afueras de París, unas 40 imprentas pequeñas han venido produciendo el tipo de textos cuidadosamente impresos y bien diseñados que solemos asociar con el hábito tradicional de lectura. En Bretaña, el catálogo de poesía y ficción más innovador es uno realizado de acuerdo con los lineamientos de una pequeña imprenta en

Carcanet, bastante lejos de Londres. Pareciera que la antigua alianza entre las palabras del escritor y el arte de editar libros de calidad tiene frente a sí un futuro alentador.

En el caso de las publicaciones a gran escala, la sobrevivencia de obras de ficción o de ensayos críticos y filosóficos editados en pasta dura depende, necesariamente, de una revolución. Y aun ahora los límites son confusos: algunas imprentas universitarias (por ejemplo, la de la Universidad de Chicago) están publicando ficción de alto nivel. La moda de la suplantación, la proliferación de alianzas improbables entre la calidad tradicional y la basura remunerativa, tal y como ahora existen y afectan a la industria editorial, son apenas el síntoma de una mutación mayor.

No me sorprendería que aquello que venga después de los modelos clásicos de lectura se parezca al modelo monástico del cual surgieron esas mismas propuestas. A veces sueño con casas de lectura -una frase hebrea- donde aquellos ansiosos por leer adecuadamente encuentren la tutoría, el silencio y la complicidad necesarios para hacerse compañía de manera organizada. Nada de lo anterior tiene la intención de ser una elegía pesimista. El cambio es el mayor acicate de la realidad. Quizás, hasta ahora todo ha sido demasiado fácil para los amantes del libro. Cuenta la leyenda que Erasmo, de camino a casa en una noche oscura, vislumbró un pedacito de papel impreso en medio del fango. Se inclinó, lo tomó entre sus dedos y lo reflejó en contra de una luz cintilante, a la vez que emitía un agradecido grito de alegría. Era un milagro. Un retorno a esa noción de lo milagroso, ahora a la luz de un texto demandante, no estaría del todo mal.

GEORGE STEINER

TRADUCCIÓN:
FERNANDA SOLÓRZANO



El Pequeño Internauta Ilustrado IX

De portales y minotauros

¿Cambiò realmente algo en Internet en los últimos tiempos? Hace dos años Bill Gates no estaba realmente interesado en la red. Había muchos ISPs chiquitos -aún en nuestro medio- y las telcos¹ aún no habían visto el negocio. Sólo los nerds del palo académico sabían que algo pasaba en Internet.

Pasó el tiempo y la red no colapsó, pese a los augurios de buena parte de los tecnócratas. Los ISPs pequeños fueron fagocitados por los grandes -tres en nuestro país, de Telefónica, Telecom y Clarín-. Bill Gates entró al juego de tal forma que ahora el asunto es Microsoft contra todos los que se vengan. Y todos, aun no teniendo PC en casa, tenemos nuestra cuentita de email gratis, cómodamente arribada en idioma vernáculo².

¿Qué más? Los satélites de baja órbita están en funcionamiento. Es posible tener Internet en Cabo Polonio o en Sarajevo. Cualquiera sabe ya que web no es un producto de granja. Las páginas personales evolucionaron desde Geocities hasta sitios discretos y prácticos como Tripod³. La gente -esto no cambia- continúa buscando al Minotauro de la info, encerrado feliz en el centro del laberinto, o más bien guarecido en su multiplicidad.

¿Dónde vamos luego? Se escucha IP, e-commerce y Java. Tras este muro de neologismos y marketineros apostando a futuro, sólo hay dudas y dos certezas: que aún no se encuentra información fácilmente y que los internautas recién aprendieron a encontrarse entre sí gracias al ICQ.

Mirabilis, miraculum

Todo hubiera seguido más o

menos igual de no haber sido por el ICQ (fonéticamente I seek you= te busco) surgido de una oscura página llamada Mirabilis.

ICQ es actualmente el programa más popular de Internet. Es gratis, es popular, y es sumamente útil: indica -mientras se está conectado- qué amigos están «en línea», mediante una florcita que se activa de pronto. De pronto, en medio de un embole hecho planilla o documento de Word, puede iniciarse una sesión de chat espontánea.

La instalación de ICQ es sencilla: hay que bajarse un archivo desde Mirabilis⁴, e instalarlo en la propia PC. El usuario tiene la oportunidad de ingresar información personal junto con el UIN (número de identificación) que se le asigna. Esto permite el mutuo reconocimiento entre usuarios de ICQ que están en línea.

Mientras se está trabajando, ICQ espera tranquilamente a la defensiva mientras un Power Point o un Excel corren en la PC. No se interrumpe ningún programa, pero tan pronto como algún integrante de la lista se logea⁵, ICQ detecta automáticamente esta conexión y anuncia su presencia mediante la flor consabida.

Con un mínimo click es posible iniciar un chat, transferir archivos, enviar mensajes o lanzar aplicaciones conjuntas. ICQ inaugura un nuevo comportamiento laboral, el deporte extremo de saltar desde un trabajo concienzudo a un chat de segundos: miles de trabajadores en un estado de *working interruptus*. ICQ es el viejo anhelo de la ubicuidad trasladado al terreno de la comunicación instantánea.

Entradas del laberinto

La idea es sencilla: cuando alguien se conecta y comienza a navegar, no lo hace desde cualquier lugar sino desde los porta-

les. Las empresas buscan poseer estas páginas para conseguir visitas y, por lo tanto, publicidad.

Los portales originales de la red fueron los buscadores (Yahoo!, Lycos, Altavista o Excite). Luego se comprobó que las visitas se escapaban cada vez que el usuario se topaba con aquello que estaba buscando. El segundo paso fue que los buscadores se revisitaran de contenidos, comprando otros portales y añadiendo servicios gratis como correos electrónicos, calendarios o noticias.

Estas páginas se convirtieron pronto en las más visitadas⁶ y el concepto de portal se puso de moda. Las empresas poderosas como Netscape o Microsoft diseñaron sus propios sitios, y las pequeñas se fusionaron o compraron otros portales. Pero, ¿quiénes son los compradores y los comprados? El buscador Lycos, por ejemplo, adquirió en 1998 pequeñas empresas (WhoWhere, Tripod, etc.), hasta que no hace mucho fue comprada a su vez USA Networks, que a su vez pertenece a Seagram.

Entre las compañías que se asentaron firmemente en el ciberespacio están algunos gigantes de la comunicación como Disney o Time Warner, las telcos AT&T o MCI y las informáticas Microsoft o Compaq. Todas poseen o participan en alguno de estos megaportales. Junto a estos Godzilas del mundo real sobreviven dos históricos del campo virtual. Yahoo!, por un lado, es el único buscador suficientemente fuerte como para continuar independiente. Por otro lado, AOL⁷ -el mayor ISP mundial, con 16 millones de clientes- es la página más visitada.

El giro consecuente es que estas grandes empresas parecen haber abandonado la idea de que Internet es solamente buscar. O

más bien, se han rendido ante la evidencia de que es más fácil incentivar la emoción de los encuentros vía ICQ, que instruir con información al usuario.

El portal es un bastión más fuerte cuando está construido sobre una comunidad previa. No es sorpresa, entonces, que AOL haya comprado el ICQ de Mirabilis y que jure que lo va a mantener gratuito y libre de censuras en los chats. La última palabra la tienen los anunciantes, quienes no parecen conformes con que sus banners⁸ aparezcan en páginas ICQ. Los internautas casi nunca clickean sus avisos... que además pueden aparecer al lado de un chat sobre Pamela Anderson. Y a algunas empresas esto no les parece serio.

La naturaleza impredecible de Internet trata de hallar su cauce final. La gente se sintoniza en los chats -el laberinto está plagado de minotauros florecidos en pantallas de ICQ- pero no halla demasiado información. En tanto, las grandes empresas apuestan en la tómbola de los negocios de Internet tratando de tomar por asalto sus portales. Como advertía un reciente informe de la revista Upside sobre la red, «comencemos por aclarar que el mundo de Internet fue, es y continuará siendo una locura».

Suyo en Internet, os saluda.

DANIEL COLICO SAVIO

¹Compañías de telecomunicaciones.

²Correo gratis en castellano: <http://www.topmail.com.ar>

³Páginas gratis en Tripod: <http://www.tripod.com>

⁴Bajarse el ICQ de <http://www.mirabilis.com>

⁵Loggearse, conectarse, estar en línea, navegar. Estar on-line

⁶Según la consultora Forrester, casi el 60% de los internautas pasa por los portales

⁷America On Line, "el" proveedor de USA.

⁸Banners: publicidad en Internet

Juan Rulfo por Augusto Monterroso

Juan Rulfo nace, al parecer, en Sayula, estado de Jalisco, hacia 1918, y entra en la literatura fantástica por un camino propio y singular. En México no hay hombres-lobo, ni seres reconstruidos en una mesa de operaciones, ni vampiros. Pero abundan los fantasmas que se pasean en los cementerios y en las calles de los pueblos perdidos por la miseria, o por la violencia de la Revolución de 1910. Y hay un fantasma que recorre la obra entera de Rulfo en forma de viento, polvo, desolación y tristeza. Si la atmósfera de que hablan los retóricos es un elemento fundamental en las narraciones fantásticas, las atmósferas creadas por Rulfo son tales que en ocasiones bastan para producir más de un estremecimiento, querámoslo o no.

Curiosamente, cuando hice en México una especie de encuesta entre conocedores del género fantástico, varios de ellos opusieron fuerte resistencia a considerar fantástica esta literatura de Rulfo,

sustentada en seres no venidos del más allá, sino en pobres almas no desprendidas aún del todo de su condición terrena, tumbas a medio cerrar e insinuaciones de muerte en cada página. Tal vez su argumento en contra se basara, una vez más, en que en México las cosas "son así". Y bueno, cada quien tiene los fantasmas que puede. En cuanto a los de Rulfo, difieren ciertamente de los norteamericanos o los europeos en que, en su humildad, no tratan de asustarnos sino tan sólo de que les ayudemos con alguna oración a encontrar el descanso eterno. Sobre decir que son fantasmas muy pobres, como el campo en que se mueven, muy católicos y, sobre todo, resignados de antemano a que no les demos ni siquiera eso. En pocas palabras, lo que ocurre con los fantasmas de Rulfo es que son fantasmas de verdad. ¿Significa eso que les neguemos también este último derecho, el derecho de pertenecer al glorioso mundo de la lite-

ratura fantástica? Sucede asimismo que hace años se creyó equivocadamente que Rulfo era realista, cuando en realidad era fantástico, y nuestra buena crítica estaba convencida de que lo fantástico se hallaba en las vueltas de tuerca de Henry James o en los corazones reveladores de Edgar Allan Poe. Entonces se planteaba también la dicotomía campo-ciudad como el ámbito o los ámbitos posibles de la narra-

tiva mexicana, y en algunos sectores había como la necesidad de escoger tajantemente la ciudad en oposición a los problemas del campo, demasiado usados ya: la ciudad o nada. Rulfo resistió heroicamente esa demanda absurda y, para bien, se dedicó a escribir lo suyo.

AUGUSTO MONTERROSO

Identikit

Este es el cuestionario que respondieron los seleccionados en el Tercer concurso de cuentos V DE VIAN:

- 1- Nombre y apellido
- 2- Lugar y fecha de nacimiento
- 3- ¿A que te dedicás?
- 4- ¿Qué escritores despiertan tu admiración y/o envidia?
- 5- ¿Qué libros fueron importantes en tu vida?
- 6- ¿Cuándo y en qué circunstancias sentiste que te ibas a dedi-

car a la literatura?

- 7- ¿En qué momentos y en qué circunstancias escribís?
- 8- ¿Cuáles son tus proyectos literarios?
- 9- ¿Quiénes son tus primeros lectores?
- 10- ¿Qué manifestaciones culturales y hechos sociales te influyeron?
- 11- Discos favoritos.
- 12- Películas favoritas.
- 13- Contáanos algo de este cuento.

CENTRO DE ASISTENCIA PSICOANALÍTICA

Este Centro está integrado por psicoanalistas miembros adherentes de la FUNDACIÓN CENTRO PSICOANALÍTICO ARGENTINO, que venimos trabajando juntos desde 1983.

En nuestra atención de pacientes tenemos en cuenta la situación económica y ésta no es obstáculo, debido a que se resuelve con cada paciente caso por caso. Nuestro trabajo clínico está supervisado por los directivos de la Fundación, coordinado por **Rogelio Fernández Couto**.

Consultorios en Capital y Pcia. de Bs. As. Solicitar entrevistas en secretaría, todos los días de 15 a 22,30 en la sede de la Fundación.

DEPARTAMENTO COMUNITARIO DESOCUPADOS Y JUBILADOS: TRATAMIENTOS GRATUITOS

J.E. Uriburu 1345 (y Juncal) 1º y 4º Piso (1114) - Buenos Aires, Argentina

Teléfonos: 4822-4690 y 4823-4941

Fax: 4831-9911

La hora del castigo

POR EDUARDO ROJAS

"Se habían elegido por castigo y perdón, por cielo y por infierno..."
Olga Orozco

Después llegaba la hora de castigar. Entonces todos los vagos nos juntábamos en el fondo del pasillo, en el espacio entre la última cucheta y la pared de atrás, la que daba a los baños. A esa hora el pasillo era como un túnel oscuro con una lucecita pálida al final, que venía del lado de los inodoros. Nosotros nos poníamos en fila, escondidos en la oscuridad y esperábamos que los giles empezaran a desfilar, desesperados por mear o por descargar en el inodoro todos los nervios que se le habían amontonado en las tripas durante el día. Apenas se habían apagado las luces y venía la orden de dormir, los giles empezaban a caer para nuestro lado de a uno o de a dos, asustados, mirando para los costados, al pedo por que no se podía ver nada. Desesperados, se retorían de ganas de mear hasta que no daban más y corrían para el fondo. Algunos, sabiendo la que les esperaba, se aguantaban toda la noche hasta que no podían más y se meaban encima, o se cagaban. Entonces, cuando el olor invadía todo el sector y no nos dejaba respirar, alguno de los nuestros gritaba siempre:

- Che ¿Qué, se comieron, la cabeza de Gardel? - y todos nos reíamos a los gritos, exagerados, para darle más miedo a los giles.

Porque nosotros éramos los vagos, los pesados, los que éramos capaces de cualquier cosa y nos aguantábamos todas. Los otros, un montón, eran los giles, los bobinas, y vivían aterrorizados.

Yo, ni bien caí a ese agujero de mierda, me di cuenta de que para pasarla bien, lo mejor que pudiera en ese lugar, tenía que bancarme la que se viniera y divertirme con los otros, los tiernitos, esos que no sabían como habían ido a parar ahí y miraban para todos lados con un cagazo padre, esos a los que todavía se les caía la leche de la teta de la vieja por un costado de la boca.

Así, todas las noches teníamos una función distinta. Cuando alguno de ellos empezaba a correr por el pasillo porque no tenía más remedio, se ligaba una zancadilla; una vez en el suelo podía pasarle cualquier cosa, la más livianita era que le bajáramos los lienzos y le metiéramos una zanahoria en el culo. - ¡Cómo gritaban los guachos! A otros, de puro jodidos nomás, los agarrábamos, les dábamos dos o tres cachetadas y los dejábamos ir, los tipos se sorprendían y alguno hasta nos daba las gracias. Con esos nos reíamos más que con cualquiera. Y bueno, de alguna forma había que matar el tiempo.

Pero había uno sobre todo que me volvía loco, nunca supe bien por qué, pero era verlo y entrar a sentir una furia que me daba ganas de bajarle los dientes a trompadas.

Era un rubiecito flaco y petiso; tenía las piernas chuecas y llenas de unos granos que daban asco, el pecho hundido y blanco como un pollo hervido. Era tímido y miraba siempre de costado, bajando la cabeza. Uno podía hacerle la peor perrería y el guacho no reaccionaba, no gritaba ni se defendía como los demás; apenas alguna vez se tragó un sollozo como si fuera un chico. Eso era lo que me calentaba más; él nunca decía nada, apenas escondía la cabeza entre los hombros y lloriqueaba.

Y parece mentira, pero el turro siempre se me escapaba; cuando yo le tenía preparada alguna grande, él se las arreglaba no se cómo y ni aparecía por el pasillo. Entonces yo me desquitaba con algún otro guachito y me iba a dormir con bronca. La cucheta de él estaba lejos, en la parte más iluminada, y hasta ahí nosotros no podíamos llegar, así que tampoco le podía hacer nada mientras dormía.

En el día me esquivaba, me veía venir y se perdía entre los pasillos o buscaba ponerse al lado de alguno de los capos, y de noche, ya dije, parecía que me adivinaba el pensamiento y desaparecía cuando yo lo tenía a mano. Me entró a parecer que se reía de mí y eso me dio más bronca.

Empecé a pensar que le podía hacer para que no se me escapara y no se olvidara más de mí, para que aprendiera de los vagos y se hiciera macho de una vez.

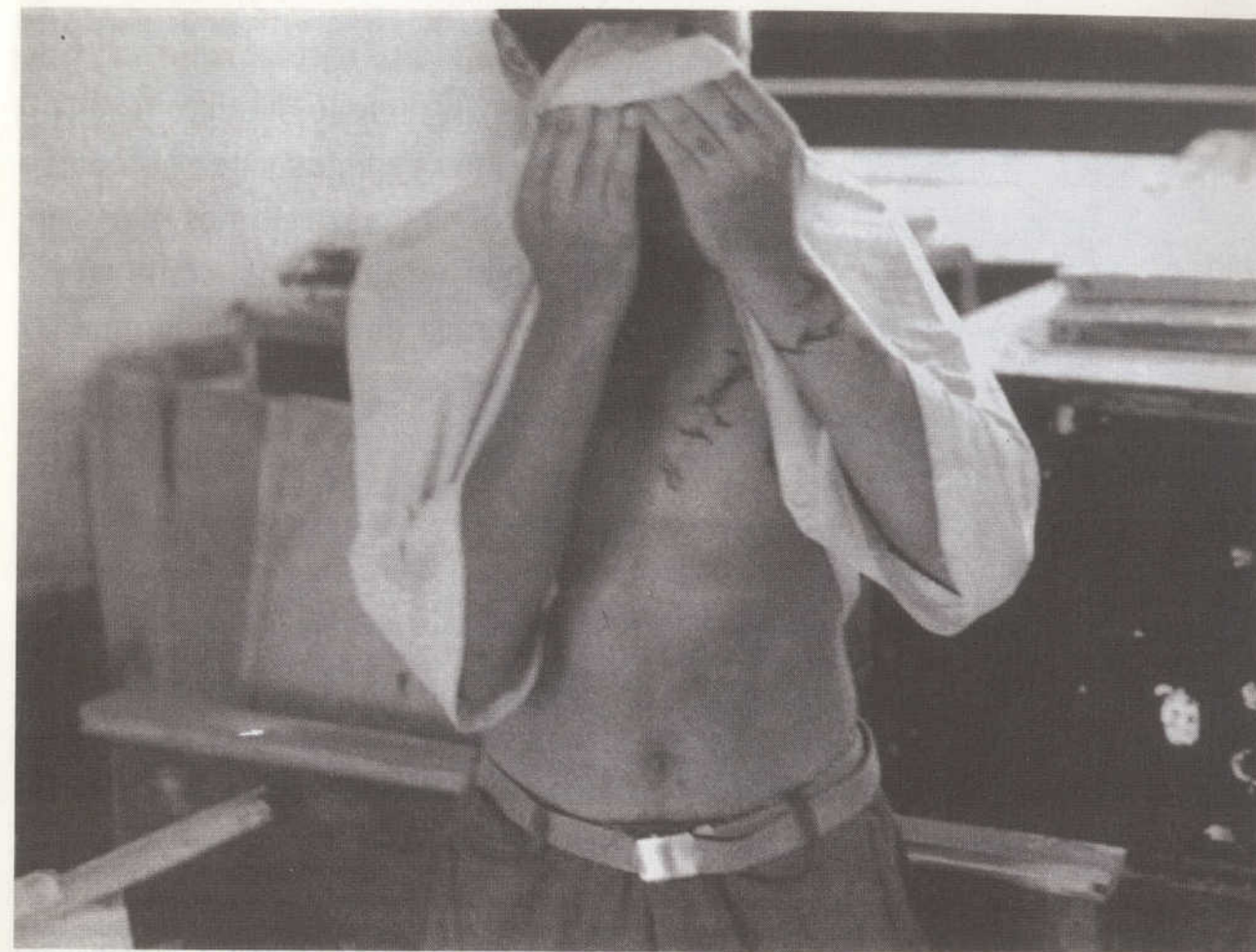
Una tarde en el lavadero, el loco Pianetti, uno de los nuestros, se me acercó y me dijo:

-Che, Tajo, yo sé que tenés ganas de surtirlo al rubiecito ese, al Raúl. Ovide y yo te lo podemos traer servido, es muy tierno y no va a sospechar de nosotros. Como nos hizo nos favores, le vamos a decir que venga al sector nuestro, que tenemos unos alfajores para darle. Después te lo entregamos. Eso sí, te tenés que poner con un par de cervezas y lo demás.

Lo demás eran las pildoritas, esas verdes que yo conseguía fácil cambiándoselas a la gente del otro lado del alambrado. Por supuesto le dije que sí y salí a buscar las cervezas. Yo manejaba todas las transas, nadie podía conseguir lo que quería de afuera sin pasar por mí.

A la noche después de la cena, me fui derecho para el fondo; me acosté en el piso con los brazos apoyados en la pared, detrás de la nuca. Todos los vagos estaban avisados y se preparaban para la joda escondidos entre los roperos y las camas.

Me lo trajeron enseguida. Alguno al pasar, lo surtió con una patadita en el culo, pero nada más. Todos sabían que era para mí,



y yo era famoso, era el Tajo, uno de los peores.

Venía mansito, entregado, con los ojos abiertos como platos, ni trató de resistirse, como si supiera que no tenía salvación. A mí, la cerveza y las pastillitas me habían hecho efecto y ya estaba dado vuelta; el corazón me saltaba en el pecho y me parecía que las luces que venían del lado del baño se movían como siguiendo el mismo ritmo. Estaba al palo, como si la fuera a poner; y por ahí sí, todavía no había pensado lo que iba a hacer.

Me paré enfrente de él, Ovide lo arrodilló de un empujón y el rubio bajó la cabeza. Yo le revolví el pelo con la mano derecha, como a un chico y enseguida, muy despacio, con una suavidad que no parecía mía, lo agarré por la barbilla y le levanté la cara. Después me bajé el cierre del pantalón y pelé.

Todos se quedaron en silencio, esperando la que se venía. El rubio también, apenas cerró los ojos. Ahí me sentí más grande que nunca, podía hacer cualquier cosa con el pendejo, hacérmela tirar como todos esperaban, o la que hice: con un solo movimiento se la acerqué a los labios, que apenas había abierto para empezar a sollozar y le mandé adentro de la boca una meada larga, interminable, descargándole toda la cerveza que tenía encima.

Cuando terminé, la sacudí ahí nomás y la guardé. El rubio se dio vuelta y se derrumbó en el piso. Los demás se quedaron en silencio, no festejaron como siempre que caía un gil. Yo los había sorprendido, les había demostrado que tenía aguante para cualquier cosa, hasta para perdonarle la vida a un pobre pibe.

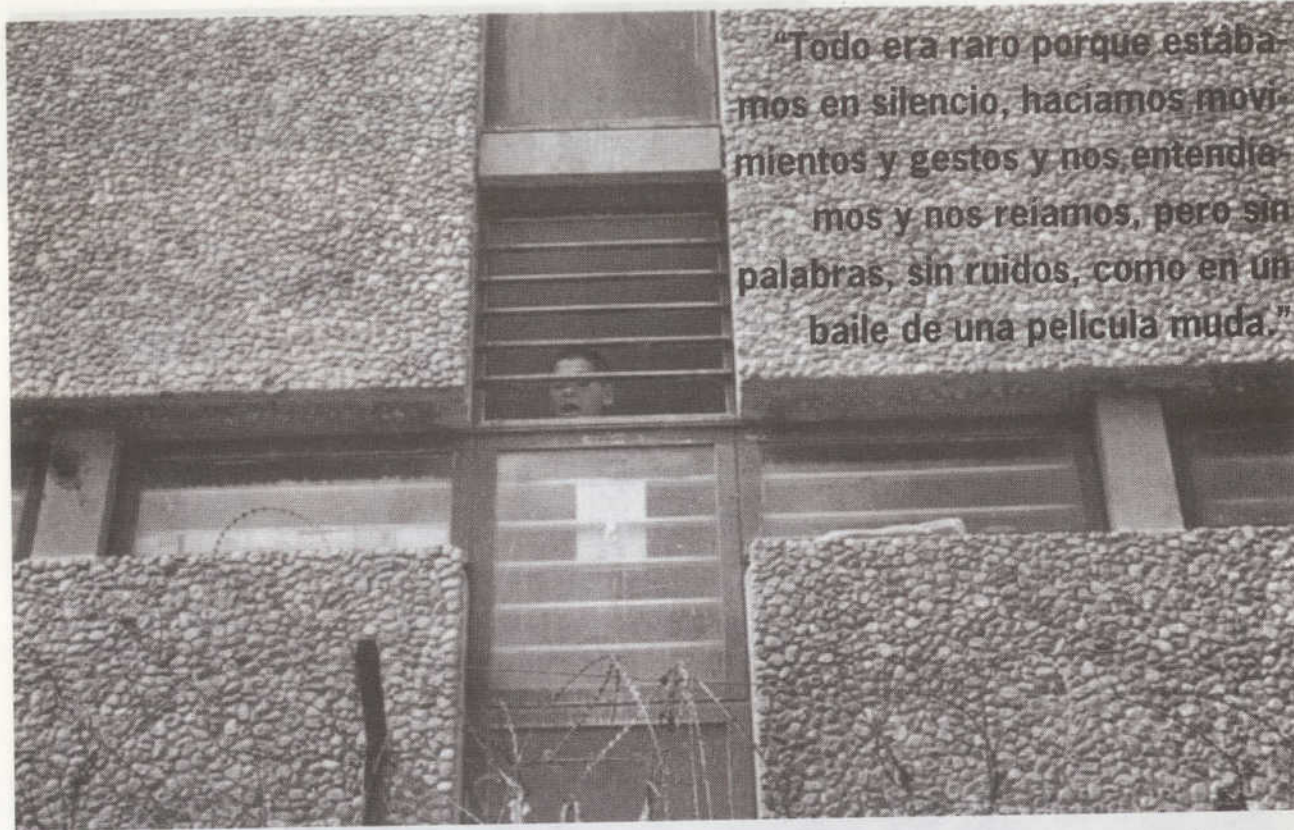
El rubio lloraba ahora sin disimulo, moviendo la espalda como si tuviera convulsiones; mientras pasaba al lado de él, lo palmeé como para consolarlo. Me fui derecho a dormir, me tumbé, en la cucheta y empecé a aflojarme mientras iba cayendo dentro de un embudo de sueño y sentía cómo se me dormían las gamba y

las tripas. Me acuerdo que me reí para adentro y pensé que no hay nada mejor que echarse una buena meada antes de dormir.

Debe haber pasado mucho tiempo, porque ya no se oía nada más que las respiraciones pesadas de la gente que dormía. El ruido desparejo se mezclaba con el olor a patas y a sobaco que largaban los cuerpos. Parecía que todo junto subía hasta el techo y volvía a caer sobre nosotros y nos envolvía con una sensación incómoda, como si fuera una frazada en pleno verano.

Había algo más en el ambiente, algo extraño que me había despertado, si es que estaba en realidad despierto. De golpe me di cuenta: a mi lado estaba el rubio mirándome fijo, con sus mejillas coloradas envueltas en una luz rara que venía de abajo; lo miré un poco más y vi que en una mano tenía una vela encendida dentro de una latita. Estaba a la altura de mi cucheta, la de arriba, suspendido en el aire como si flotara y, cosa curiosa, eso no me llamó la atención. Al contrario, cuando me sonrió e hizo un movimiento con la cabeza para que lo siguiera, salté de la cama y fui detrás de él sin caminar, navegando lentamente por los pasillos oscuros. Me pareció lo más natural; como también que saliéramos de ese lugar y afuera hubiera un sol brillante que iluminaba el pasto con un color fuerte que no había visto nunca, y que nos acercáramos a las alambradas y cruzáramos entre las púas sin que nos lastimaran, y que empezáramos a andar por el campo como si fuéramos globos u hojas de los árboles, de esas que a veces traía el viento desde el lado de afuera. Y que yo siguiera al rubio tranquilamente como si alguna vez hubiera confiado en alguien.

El cuerpo casi no lo sentía y esa liviandad parecía que había arrastrado toda la bronca que cargaba encima; sabía que todo eso



"Todo era raro porque estábamos en silencio, hacíamos movimientos y gestos y nos entendíamos y nos reíamos, pero sin palabras, sin ruidos, como en un baile de una película muda."

no podía estar pasando pero al mismo tiempo me reía con una carcajada silenciosa que compartía el rubio a mi lado.

Así, llegamos a un barrio de calles de tierra y casitas bajas, todas desparramadas, muy lejos unas de otras. Entramos en una que tenía cerco de alambre y ligustrina en el frente, con dos enanos de jardín y paredes de ladrillos sin revoque. Adentro había varias personas, todas parientes del rubio; el padre era rubio como él pero de cara ancha y mofletuda; estaban la madre y dos hermanitas, también había un viejo que debía ser el abuelo. Me recibieron como si fuera un amigo de toda la vida, fuimos al patio del fondo donde había un alambre para colgar la ropa y una parrillita contra la pared con un fuego ya prendido, esperándonos. Tomamos vermut sentados en sillas de paja que se hundían en el piso de tierra; después volvimos adentro y comimos en una mesa con mantel de hule de dibujos rojos y blancos. En una cómoda había una foto del rubio, más chico y con una pelota debajo del brazo. Tal vez me acuerdo de todo eso porque nunca había estado en una casa así y menos con esa tranquilidad que me atravesaba el cuerpo; sin ganas de joder, como si fuera otro.

Todo era raro porque estábamos en silencio, hacíamos movimientos y gestos y nos entendíamos y nos reíamos, pero sin palabras, sin ruidos, como en un baile de una película muda. Y yo me fui aflojando, me estiré en mi silla sintiendo un calor que me subía por todo el cuerpo y pensé, que quería quedarme ahí para siempre y supe que los demás me habían entendido y me decían que sí, que ahora ésa era mi casa. El rubio me saludó con el vaso en alto desde la otra punta de la mesa y yo le contesté con el mismo gesto.

No se por qué, entonces volví a mirar la foto sobre la cómoda, ahora tenía una vela prendida al lado y enseguida toda la luz del lugar fue desapareciendo y solo quedó aquella vela y cuando miré alrededor, el rubio ya no estaba y toda su familia lloraba, con las cabezas agachadas alrededor de la foto. Yo quise saber qué pasaba, pero nadie me miró y me di cuenta de que ya no existía para ellos y de pronto toda la casa empezó a llenarse de gritos y llantos y yo sentía cada vez más calor y quería volver a lo de antes

pero era imposible; las luces se iban apagando, los llantos crecían y ahora parecían los de miles de personas juntas. Hasta yo de golpe quise llorar pero ya no pude; me fui alejando de ese lugar lentamente, sin saber cómo y sin poder detenerme, arrastrado por una boca inmensa de oscuridad y lamentos. Empecé a dar manotazos en el aire caliente que me rodeaba. Atravesé las alambradas y vi otra vez los pabellones, los pasillos, de pronto estaba en mi cama, en el lugar de siempre, mi casa.

Me envolvía un humo negro y espeso que me asfixiaba, el calor que brotaba de todos lados me traspasaba el cuerpo y me quemaba los huesos.

La vela ya estaba derretida. El rubio la había pegado entre el colchón y los flejes de la cama; enseguida quemó el cotín y agarró la lana del relleno que se prendió como una brasa. Yo no me di cuenta de nada, los demás se avivaron cuando el olor a quemado los despertó; para entonces mi espalda ya era un carbón consumido.

Al rubio lo encontraron en el baño, se había colgado del fierro de una de las duchas con el cinturón de tela de la ropa de fajina. Los que lo bajaron dicen que tenía los ojos abiertos como cuando me lo trajeron para la joda.

Yo estoy desde entonces en una cama del hospital, siempre aquí, detrás de las alambradas. La brasa del colchón me cocinó por dentro y me quemó las vértebras, o me secó la médula, o no sé qué carajo, pero ya no me importa. Nunca voy a volver a caminar.

Aquí está todo el tiempo oscuro y oigo de lejos, como con sordina, los ruidos que vienen de los pabellones. Cuando llegan carcajadas mezcladas con gritos de dolor o llantos, sé que es de noche y que empezó la hora de castigar. Pero yo ya no tengo ganas de estar ahí, con ellos. Más bien me acuerdo del rubio y de aquel lugar adonde fuimos. Y aunque cierre los ojos y me tape los oídos, sé que en mi puta vida voy a volver a aquel barrio de calles de tierra y casitas bajas, con ligustrina en el frente y enanos de jardín.

IDENTIKIT

1- **EDUARDO CLAUDIO ROJAS.**

2- 20 de agosto de 1952 en 25 de Mayo, Provincia de Buenos Aires.

3- Soy abogado.

4- Tengo una lista larga y anárquica de escritores admirados. La enumeración es parcial y necesariamente incompleta: Borges, Hemingway, Nikos Kazantzakis, Ambrose Bierce, Kafka, Arlt, Cortázar, Bioy Casares, Carson McCullers, Mark Twain, Henry James, Flaubert, Mercé Rodoreda, Patricia Highsmith, Rulfo, Truman Capote.

5- Hace poco Elvio Gandolfo se autodefinió en "la V" como un lector bulímico. Hago mía esa definición, soy un lector bulímico y desordenado para quien la lectura es otra forma de respiración. De la enumeración que hice más arriba surgen los libros importantes, aunque esta lista también es parcial: los cuentos de Hemingway, en especial "Un lugar limpio y bien iluminado"; de sus novelas: **El viejo y el mar** y **París era una fiesta**. **Cristo nuevamente crucificado** de Kazantzakis. **La metamorfosis**. Todos los cuentos de Cortázar y toda la obra de Borges; **El sueño de los héroes**. **Reloj sin manecillas** de Carson McCullers. **La figura en el tapiz** y **Otra vuelta de tuerca** de James.

Madame Bovary. **La plaza del diamante** de Rodoreda. **Las puertas de la percepción** de Aldous Huxley. También debería incluir a Natalia Ginzburg (**Todos nuestros ayer**), el García Márquez de **Crónica de una muerte anunciada**; los cuentos de Blaisten ("Lotz no contesta") o Briante ("Capítulo primero"). "La balada del álamo carolina" y "Las doce a Bragado" de Harolodo Conti; los poemas de Ernesto Cardenal y Angel González. **De memoria** de Arturo Jauretche.

6- Empecé a escribir desde muy chico, junto con las lecturas de Verne y Salgari, con una constancia y dedicación que creo no haber puesto luego en ninguna otra cosa. Dejé de hacerlo en la adolescencia por causas que todavía permanecen oscuras para mí. Retomé pasados los cuarenta años cuando descubrí que el tiempo era finito. Esa conciencia de la finitud junto a la de que ya no iba a poder leer todos los libros existentes me llevó, de un día para otro, a escribir con algo de aquella inocencia de la infancia. En definitiva, soy un lector que escribe por una especie de proceso de ósmosis.

7- Escribo fatalmente de noche porque es la única hora en que consigo la tranquilidad y la soledad que necesito para hacerlo.

8- Mi proyecto, si es que lo tengo, pasa por la organización racional de mi tiempo, una utopía, para escribir con continuidad. Por ahora en mi perspectiva inmediata está la ambición de escribir cuentos, un cuento cada vez más conciso, con menos elementos y menos palabras.

9- Un amigo, Horacio, que también escribe y con el que nos intercambiamos textos, es mi lector más riguroso. Mi mujer y casi nadie más. Hasta ahora disfruté de la condición de escritor clandestino.

10- Mi educación sentimental se desarrolló entre mediados de las décadas del sesenta y del setenta. Todos los hechos políticos de esos años, en que todo era político, me influyeron. Mayo del '68, la primavera de Praga, la revolución cubana, la guerra de Vietnam, el 25 de mayo del '73 en Plaza de Mayo (del lado malo, era un colimba corrido por la multitud que celebraba). Todo lo colectivo por un lado y mi tendencia al aislamiento y la introspección por el otro, cruzada en la adolescencia por una especie de delirio místico de segunda mano alimentado por lecturas a la moda (Pauwels, Gurdjieff) y la audición de la séptima sinfonía de Beethoven, llena entonces para mí de signos de revelación. El cine fue también desde siempre una marca similar a la lectura. Pero los dos hechos que más me influyeron determinando una visión apocalíptica y pesimista, ocurrieron en 1962 y fueron la crisis de los misiles entre Estados Unidos, Cuba y la Unión Soviética y el penal que Roma le atajó a Delem en la cancha de Boca marcando, para mí, el comienzo de la maldición de dieciocho años sin campeonatos para River.

11- Ya cité a Beethoven, la sexta, la séptima y la novena. También Mozart y Schubert. Últimamente

Mahler, en especial la Quinta Sinfonía. Todo el tango, en especial los hermanos Expósito y Cástulo Castillo. Los Beatles (**Abbey Road**). Almendra (el primer LP). Serrat (Machado, Hernández y **Mediterráneo**). Silvio Rodríguez. Chico Buarque. Milton Nascimento (**Geraes**). Yupanqui. José Larraalde.

12- Ya dije más arriba que el cine fue otra marca como la lectura. Por azar, al mismo tiempo que comencé a escribir, hice crítica de cine en *La Vereda de Enfrente*, la revista de Roberto Pagés. La escritura sobre cine me resulta tan rica y reveladora como la de ficción. Tal vez por eso, por el lugar que ocupa en mi vida, mi lista canónica de películas, como la de los libros, es muy extensa y siempre parcial: todo John Ford, en especial **El hombre quieto**. Todo Orson Welles. Todo Hitchcock, en especial **Vértigo**, **Los pájaros** y **Psicosis**. **Qué bello es vivir** de Capra. **Sin conciencia** y **Alma negra** de Walsh. **Ser o no ser** de Lubisch. **Amarcord** y casi todo Fellini. Todo Coppola, en especial **El Padrino**. Todo Scorsese, en especial **Taxi Driver**. **El sacrificio** y **Nostalgia** de Tarkowski. Truffaut (**El hombre que amaba a las mujeres**, **La noche americana**, **Jules et Jim**)...

13- Escribí "La hora del castigo" hace alrededor de tres años mientras iba al taller de Alicia Steinberg y como parte de un ejercicio. Pretendía escribir algo, no sabía qué, sobre un enano que había visto en el Colón cantando la parte del bajo en **La Pasión según San Mateo**. Apenas me senté frente a la computadora, me apareció la frase: "Después venía la hora de castigar" y la seguí, olvidándome del enano e hilvanando una cosa con otra a medida que iban apareciendo; mi única preocupación durante la escritura fue la de eliminar toda referencia temporal, física o geográfica. Lo escribí en muy poco tiempo y sin detenerme casi a corregir, contra lo que es mi costumbre. Nunca pude volver a escribir un texto en esas condiciones.

FOTO: DIANA ARBISER





LITERATURA ALTERNATIVA

EL HOMBRE DEL DOBLAJE

CUENTOS DE

MARCELO MICELI

10 \$

4637-8386

Flashando con la noche

POR ALEJANDRO FRACAS

FOTO: JORGE BARROSO



Abrí los ojos. Miré hacia todos lados: vi, allá a lo lejos, el autopista - ¡qué viejo y solo está!- rodeado de árboles y matorrales que conocieron y arrullaron mi infancia. Allá, donde jugaba y quebraba el tiempo de mi niñez. El sol, esa tarde, me mostró la infinidad, la grandeza de las sombras que cubrían el autopista, cuando acariciaba por última vez el hormigón, el corazón de esa presa del tiempo. Lo contemplé durante varios minutos. Mis ojos, mis pensamientos, mis sentidos se desplazaron lentamente hacia el oeste, donde la luna mostraba su sonrisa, su gesto majestuoso, rodeada ya de algunas estrellas, hermosas ninfas que cobijaban a la reina, a la dueña de los sueños, que comenzaba a surgir, imponente.

Estaba solo. Rodeado de figuras que observaban fríamente

mi cuerpo, estudiaban mi estado; escondidos en su piel, atrapados por los miedos, por el temor a ser libres. Pero no me importó; y la idea de «no me importa» me causó escalofríos. Esa es la verdad, eso es lo que nos mata, pensé. Pero, explicaciones, causas o razones de este conflicto excedían el marco de mis pensamientos. Preferí caminar. Durante un rato deambulé por el barrio. Estaba asombrado por la complejidad de las estructuras que lo envolvían, que nos mantenían alejados de la civilización «real» y que desangelaban nuestros cuerpos en noches, ya, como éstas.

¿Quién habrá construido esto?, pensé, y borrando inmediatamente de mi cabeza la pregunta y su posible respuesta, seguí caminando bajo los inmensos edificios y la novedosa luna, que

ya mostraba un brillo intensamente frío

Me acerqué a unas figuras que esperaban, o me pareció que esperaban, mi llegada.

-¿Qué hacés, che? - me dijo uno.

-¿Cómo andás, todo bien? - repliqué rápidamente para evitar una demora a mis inquietudes.

- Bien loco. ¿Salís hoy?

- No sé.

-¿Adónde vamos?

- Aguantá que ahora vuelvo.

-¿Vamo'a bailar? ¡dale, loco!

- Sí, bueno. Aguantá que ahora vuelvo.

- Dale, loco, vení al toque que en un rato vienen los pibes.

- Sí, después, después.

La concha de su madre, este chabón es un pesado bárbaro; éste me esperaba para romperme las bolas, loco. Y yo no tenía ganas de hablar con nadie, o por lo menos con gente así de enroscada, en ese momento, así que con un «chau» frío me despedí de esos dibujos. Seguí mi camino. A mi alrededor flotaba un aire de desconfianza, un aroma a falsedad que me hizo sentir terror. ¿A

entre el verde y el gris.

Habré estado solo unos cinco minutos. En ese lapso dibujé en mi mente las más extrañas conjunciones que me proponía mi descolocado paisaje interno. Ya había oscurecido por completo y la luna ya cerca al cenit me mostraba una postal horrorosamente hermosa del autopista, de la calle, de los árboles que, desde el fondo del oscuro follaje, añoraban ser montañas. En la calle no había nadie, salvo algún coche y el colectivo que, de vez en cuando, interrumpían la contemplación de estas oscuras percepciones de mi entorno. Mi reloj marcaba las once y media, a pesar de que yo no le creía. Era viernes, y ya las ganas de salir invadían mi cuerpo. Siempre, siempre, viernes, sábados, cuando hallaba una ocasión para escapar del barrio y salir a divertirme, la aprovechaba.

Mata la noche. Es hermosa. ¿Y qué es la noche? ¿Qué mierda es la noche? ¿Quién me responde eso? ¿Los científicos? La noche es la consecuencia de la órbita que sigue la luna alrededor de la bla... bla... bla... ¡me chupa un huevo! Está bien, todo lo que quieran, es verdad, es comprobable. Pero, la noche es algo más.

FOTO: JORGE BARROSO



qué? No sé. Pero, decidí alejarme de la cruz.

«La cruz» es donde paramos mis amigos y yo: es la intersección entre cuatro senderos de baldosas, el punto justo para desenvolverse confiado. Pero en ese momento mis sentidos presentían algo. ¿Qué? No sé. Pero me alejé de allí. Me fui a los coches. «Los coches» le decimos al estacionamiento de nuestro sector. «Los coches» es un lugar raro, ahí uno se siente bien; será porque es un punto medio entre la gran masa de cemento -la gran metrópolis suburbana representada por los monoblocks- y la jungla verde que se enfrenta a la gran urbe; y «los coches» en medio de esto. Alguien, un amigo, me dijo que los extremos generalmente son malos. Y por eso «los coches» es un lugar en donde uno se siente bien, un punto medio entre estos dos extremos,

La noche «es», y tiene un alma. Es porque es. ¿Qué es? No sé, pero es hermosa, y sus posibilidades son infinitas. Todo ocurre y es posible en la noche. De día la gente está más confundida, más encerrada en el personaje que representa. Pero a la noche uno se siente libre, libre de los personajes que ya cierran sus ojos, cansados de actuar. ¡Qué locura! Me quedé colgado como media hora flashando con la noche y ya eran como las doce, y los pibes estaban allá, en la cruz, y yo en «los coches», solo, y recolgado, como un boludo. Cuando los pibes me vieron me entraron a vacilar.

- Eh, puto, ¿qué hacés ahí, boludo? Te estuvimos buscando por todos lados. ¿Adónde estabas?

- Me recolgué ahí, loco, la concha de su madre, estoy con un

mambo bárbaro. ¿Adónde está el 14?

- Me parece que está durmiendo.
- Pegá un grito, llamalo.
- Llamalo vos, loco, dale.
- No, llamalo vos.
- ¿Qué soy? ¿Valerio tuyo, puto?
- ¡Eh! ¿Te sentís tocado?
- No, loco.

Y le grité al 14, «¡14, eh, 14!». Este era mi compañero; nos rejunábamos con el 14; y ya era tarde y éste capaz que ni había comido. Estaban todos los pibes, menos los otros salames que me había cruzado antes.

- ¿Qué pasa, eh? - gritó el 14 desde la ventana.
- Dale, che, bajá.
- Pará, loco, ¿quién sos?
- Dale, puto, ¿te hacés rogar? - le gritamos.

El 14 se hizo el chistoso y se comió una vacilada bárbara. En un toque pintaron un par de birras que amainaron la ansiedad que se sentía en la cruz. Yo ya me quería ir a la mierda. No me gustaba estar mucho en el barrio a la noche, ya que siempre pintaba algún bardo, y yo esa noche tenía un mal presentimiento. Después que bajó el 14 esperamos un rato más porque faltaban otros dos pibes.

- ¿Adónde están estos pibes, loco?
- No sé, ahora vienen.
- Son unos salames, loco, siempre tarde.
- ¡Ahí vienen!
- Delen, putos. ¿Qué, se estaban maquillando?
- Eh, puto, eh....

Ese era el recibimiento: una cargada, alguna alusión a la vestimenta, algo gracioso que demostrara la alegría y la vitalidad que ofrecía el encuentro.

- ¿Vamo' hasta el 8-4? - me dijo el 14.
- No, aguantá que ya nos vamos.
- Dale, vamos de toque y venimos.
- Bueno, vamos.
- ¡Eh! ¿adónde van?
- Ahora venimos.
- No, loco, ya nos vamos.
- ¡Eh, loco! ¿Adónde van? - protestaban los pibes.
- Ahora venimos.
- ¡Ah, bueno! ¿Van al pasaje, no?
- Sí, loco.

- Bueno, vayan para allá, ¿eh?
- Y nos fuimos al 8-4, el kiosko de ilusiones.

Ya era como la una. El mambo me había amainado un poco. Hacía frío, y a pesar de eso nos cruzamos una bocha de gente en el camino. Llegamos al 8-4. Pegamos y encaramos para el pasaje. «El pasaje» era un pasaje que estaba a un par de cuadras afuera de los monoblocks; estaba jamón para ir a escabiar un rato y después arrancar para algún lado, porque ya era tarde, loco.

- ¿Qué hora es, 14?
 - No sé, loco, me olvidé el reloj. ¿Vamos a quemar uno?
 - Aguantá que lleguemos con los pibes.
 - No, dale, tomá, andá picando un poco.
 - Aguantá, aguantá. ¡Bajá los remos!!!
- Justo pasó un patrullero.
- ¿Nos vio?
 - No, loco. ¡No descartés el bahujo!, que no nos vio.

Bueno, llegamos al pasaje al toque, reperseguidos, y por eso tomamos un par de tragos y arrancamos a los pibes al toque, porque si no se iban a colgar y estaba todo mal. Nos fuimos to-

dos, éramos como veinte, a la parada del 7-6. Compramos un par de escabios, bah, compramos dos vinos para el bondi. Por suerte vino al toque, y por suerte paró, porque ya ni pasar querían por ahí. Cuando paró nos arrebatamos todos para subir, y colamos todos, pero estos bardos ni siquiera le pedían al chofer que nos llevara, y el chofer recagado no decía ni a. Arriba del bondi había una de guachas bárbaras, y trasca, eran todas reagretas; se comieron una delirada bárbara. El bondi llegó a Flores al toque. Nadie se bajó con nosotros. Ahí en la parada nos esperaban las pibas. Eran copadas pero reguachas. Así que las saludé, todo bien, pero arrancamos al toque.

Flores es una maza. Se rellena de gente. Todo tipo de gente. Lleno de minitas, lleno de pubs, boliches, más minas, de todo. Como siempre encaramos para algún kiosko a tomar algo antes de entrar a algún boliche. Después que el escabio empezó a pegar medio que nos entramos a separar un par con las minitas. Otros, los más bardos, fueron a manguear plata, porque les faltaba para entrar al boliche que, en medio del escabio, habíamos decidido para ir. Yo me fui con el 14 y un par de pibes más a las vías, a fumar un porro y a tomar un vinito rejamón que habíamos comprado para tomar entre nosotros, a solas, ya que había un par de ratas en el kiosko que nos cortaban el mambo.

- Esos giles son unos rompebolas, loco, desde casa que me están jodiendo, son remolestos.
- No les des cabida, si no te cortan el mambo.
- Sí, pero, ¿viste?
- La concha de su madre, no puedo destapar el vino.
- Metele el corcho para adentro. Dame, dame, boludo, pasame una llave.

- Pasame una seda, vos, che.
 - No tengo. ¿Vos tenés Juan?
 - Ah, sí, acá tengo.
- Entró a circular el vino y el canabis. Estábamos rejamonzos, ahí, era para quedarse toda la noche. Yo no sabía ni qué hora era. Sería como las dos y algo. En un toque pintaron un par de minitas.

- ¿Da para una seca?
- Sí, bebé, venga, eh, siéntense con nosotros. ¿Cómo se llaman?

- ¡Ah, sí, mirá vos! ¿Adónde van?

Bueno, las minitas estaban relindas; chamuyamos un rato, matamos todo y arrancamos con ellas a un boliche que inauguraba esa noche y que las minitas tenían entradas gratis. Luquiamos todos menos Juan y Pedro, que los mandamos a buscar a los demás al kiosko. Yo me luquié a una morocha relinda que me decía que era de Mataderos y no sé qué mas. Yo no la escuchaba, estaba reloco, y la guacha era relinda y le cabía el chamuyo mío; es que me la pasaba dándole besos sin dejarla decir nada. Nos juntamos en la puerta del boliche, donde me llevé una gran sorpresa: ¡volvió a abrir el «Viejo Correo», la concha de la lora! ¡Si yo venía acá, qué loco! Me puse recontento, encima ahora que había luz la miré a la morocha y me di cuenta de que era hermosa; porque ahí en las vías estaba oscuro y casi siempre las minas que conocés a oscuras cuando las ves a la luz son un churrasco. No aclarés que oscurece, ¿no? A un par de pibes, a estos barditos, a estos giles que la corrían de piolas porque siempre se boxeaban y no sé qué, les faltaba plata, y las tarjetas de las minas no alcanzaban para todos, y como yo no les pasaba mucha cabida desde la otra vuelta que nos dejaron tirados, ni me preocupé por si entraban o no. La cosa es que colamos todos. Yo con Mariel, el 14 con su mujer, los pibes, las pibas, y los bardos, con los que al final iba a terminar todo remal.

El «Viejo Correo» era lo máximo, y trasca, estaba igual que

antes. Al entrar en el aquelarre me sentí feliz: era una fiesta. Es maravilloso ver a la gente feliz, bailando, amándose. Es maravillosa la juventud y era maravillosa la guacha que me había luquiado. ¡Cómo bailaba la mina, loco! Me arruinó, y yo revacilando; nos bailamos terribles cumbiazos y un par de rocanroles largos que me arruinaron: me recabía esa guacha. Nos fuimos para un rincón y nos colgamos a chamuyar. Yo estaba reloco. Tenía un mambo que hacía mucho que no sentía. Y en un toque me agarró ganas de mear, así que dejé a la guacha que me aguantara, que ahora volvía. ¡Qué bueno que había abierto de nuevo El Viejo Correo! Hacía falta un boliche así acá. Estaba reoscuro, en las penumbras se podían ver una de minas bárbaras y todas dislocadas. «A brillar mi amor, vamos a brillar mi amor». La voz del Indio invadía todo el lugar, todos los cuerpos. Estaba reloco. En el baño estaban un par de pibes.

- ¡Eh, Bulacio, te recolgaste con la guacha! - me dijo el 14 que se estaba echando un cloro.

- Sí, loco, ¿está linda, no? Dame un trago, 14.

- Tomá, ahora te la vamo' agarrar nosotros.

- Eh, puto, no seas atrevido, ¿eh?
- Eh, está todo bien, ja,ja.

En un toque pintaron otros pibes, los barditos esos, en el baño. Estábamos todos ahí, chamuyando, todos re- puestos. Me fui con el 14. Justo que vamos a salir del baño

escuchamos que Pedrito, uno de estos salamines, se estaba boquiando con un chabón; y de última, si se boxeaban, íbamos a saltar, porque los otros salames lo habían dejado solo.

Así que nos acercamos.

- ¿Qué pasa, Pedrito?

- Este salame la corre de turro y encima se hace carteles de que es de Lugano.

Yo estaba re- puesto y no me cabía nada, aparte estaba con el 14 que no me dejaba tirado ni ahí.

- ¿Qué pasa con vos, loco? ¿De dónde sos, eh?

- ¿Eh? ¿Y vos qué saltas? La historia es con él, así que no salten porque van a cobrar ustedes también.

- ¿Qué decís, Pancho, hijo de puta?

Y nos enroscamos ahí nomás en el baño. Nosotros éramos tres y ellos eran como cinco, pero aguantamos igual. Suerte que pintaron los mulos, si no, nos iban a matar. Nos tuvimos que ir a la mierda con el 14. ¡Bah! Nos echaron a la mierda. Me quería matar, loco. ¡Qué salame! ¿Qué me tenía que meter yo a saltar por ese gil? Trasca, al 14 le dejaron un ojo medio chengue. Bueno, ya estaba hecho, qué íbamos a hacer.

Agitamos un toque ahí, en la puerta del boliche, y nos fuimos. Había perdido a la guacha, los pibes ni se habían escurrido que nos habíamos peleado. Eran como las cinco de la mañana. Al otro salame lo sacamos matando. Nos teníamos que ir a la mierda. Encaramos para la parada del 7-6. El 14 tenía el ojo a la

miseria y estaba recachudo.

- Ya fue, 14, ya los vamos a enganchar de nuevo.
- Estos putos, ¡la concha de su madre!

El 14 estaba reagitado, yo ya me veía venir otra pelea. Pero bueno, ya estábamos jugados a esas horas, ¡y en esas condiciones!

- ¡Eh, loco, vení!, aguantame un par de monedas- le pidió el 14 a un chabón.

- No tengo nada - respondió cagado el chabón.
 - Vení, cagón, que no te voy a hacer nada. ¡Vení, la concha tuya!
 - Dejalo, 14, no agites más.
 - Estoy recachudo- insistía mi compañero.
 - Bueno, ¿tenés cincuenta y tomamos una birra?
 - No, a ver, tengo diez centavos nada más.
 - Bueno, dame que yo tengo. Tomá, comprala vos, 14.
 - Eh, kioskero, tomá, dame una cerveza bien fría. Bien fría, ¿Eh?
- Estábamos tomando un par de tragos, ahí, en la parada, cuan-

do vimos que venía el bondi. En la parada había un par de personas. Yo no tenía plata. El 14 tampoco, con la birra por la mitad y ya con un malambo bárbaro en la cabeza, y el 14, encima, con un ojo hecho mierda.

- Mejor que nos lleve ese puto, ¿eh? - me dijo el 14.

Subimos al bondi primeros; había un par de viejas que estaban antes que nosotros que nos miraron con caras de orto. Pero no les

pasamos cabida. Nos colamos así, de chetos, con la birra en la mano, y el chofer no dijo ni a. Nos mandamos al fondo. Matamos la birra, y el puto del 14 se quedó dormido al toque.

Yo no puedo dormir en los bondis. Suerte que el viaje hasta el barrio es corto. Hay veces, en los viajes largos, que no puedo pegar un ojo y el viaje parece una condena. Suerte que este bondi lo hace al toque. Ya había amanecido y entre tanto agite yo no me había dado cuenta. Estaba en el asiento derecho, en el fondo del colectivo, la cabeza medio golpeando contra la ventanilla, el sol me pegaba de lleno en la jeta y me obligaba a cerrar los ojos, pero no podía. No lo soportaba. Cerrarlos o no, era lo mismo. Y cerrándolos veía más cosas que teniéndolos abiertos. Encima, la sensación de que podía ver mis párpados quemándose con el sol que los derretía, era resio me.

El cielo estaba celeste, el sol se levantaba detrás de las tumbas que asomaban por encima del muro del cementerio. Esa era la parte más triste y más hermosa del viaje en el 7-6 a estas horas. Yo tengo gente ahí, descansando. Pero los recuerdo con alegría, sé que nos vamos a ver; de última, ése es el destino: se reduce a una parcela, a un pedazo de tierra, solitario e indiferente. La cara transformada por el sol que amanece en mis párpados y todo el exceso de la noche que fermenta en mi interior: un universo siempre efímero, pero hermoso. La vida.

- ¡Eh, 14! ¡levantáte! Ya llegamos, loco, levantáte.
- ¿Qué pasa, che? Está bien, pará.

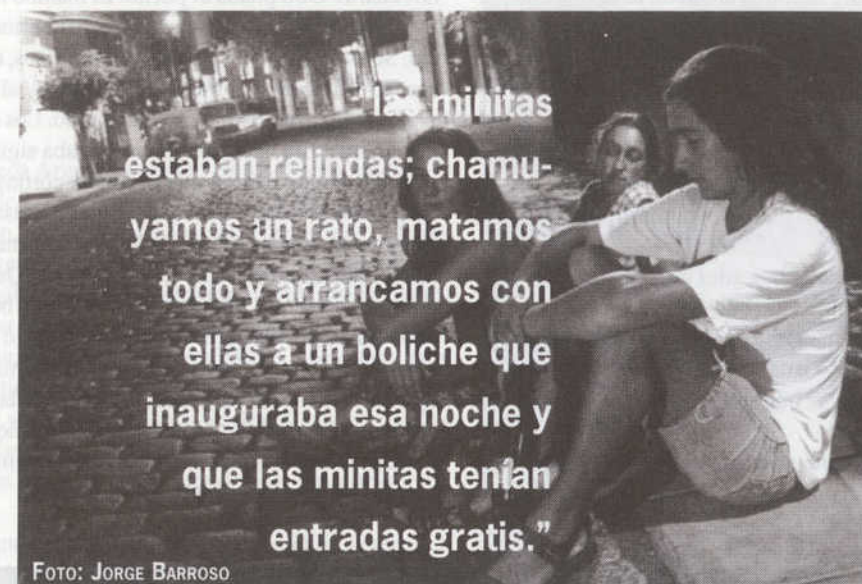


FOTO: JORGE BARROSO

Bajamos del colectivo en la parada de la Shell. El 14 parecía un zombi.

- ¿Qué pasa, 14? ¿Estás arruinado?
- No, estoy bien. ¿Cómo tengo el ojo?
- Está morado loco, se te va a pasar al toque.
- ¿Denserio, che? ¿No me chamuyás?

Pobre 14, ¡cuando se mire al espejo! Tiene el ojo a la miseria. En la calle no venía nadie; eran como las siete, creo. Es un flash Soldati a la mañana, porque ya era la mañana. Son todas casitas bajas, casitas relocas, calles tristes, solitarias, melancólicas a estas horas, y en el medio los monoblocks: caóticas figuras producto, seguramente, de la mente, de la imaginación de algún perverso, de las ansias de un asesino que por las noches se oculta en las suburbanas sombras de los edificios.

Ya entrando a los monoblocks miré para atrás. Para allá atrás, donde está la estación de tren, y vi trepándose por los techos, preparado para saltar sobre nosotros como un león sobre su presa, al dueño de la inmensa jungla, al sol, que ya a esa hora pegaba fuerte sobre mi rostro. ¡Teníamos unas caras con el 14!

- ¿De dónde vienen loco? ¡Uh! ¿Qué te pasó, 14, en la jeta?

Chau, nos encontramos con un par de pibes que se habían quedado en el barrio. El 14 tenía la jeta arruinada y éstos lo iban a revacilar. Yo no tenía ganas de quedarme chamuyendo, así que tratamos de ser breves en comentarios para poder irnos cada uno a nuestra casa.

- Nada, nos boxeamos con unos giles de Lugano.
- ¡Uh!, esos putos siempre agitando ¿no?
- Sí, el salame de Pedrito estaba solo boquiándose con un par de chabones, y no lo íbamos a dejar tirado ¿no?
- Y bueno, acá también se pudrió todo.
- ¿Sí?
- Sí, loco. Los de la punta se cagaron a tiros con los ratis, y después los ratis pintaron por acá, y se llevaron al hermanito de

Juan y a Marcelo, que estaban acá. Nosotros zafamos de culo. Ustedes también, loco, fue justo después de que se fueron.

- ¡Uh, mirá vos! Yo sabía, ¿viste? ¡Y yo te dije que nos vayamos!

Ya en casa di gracias a no sé quién por haberme advertido que me fuera de la cruz, que iba a estar todo mal. Agarré una botella de agua de la heladera, en donde no encontré nada para comer, y me fui para la pieza. Todos durmiendo, hasta el perro que ni ladró. Mi hermano roncando, la ventana cerrada. La abrí para que se fuera el olor a encierro que se había juntado durante la noche. Tomé un trago de agua. Mi hermano balbuceó algunas palabras entre medio de ronquidos y se quedó en silencio, respirando despacio. Prendí un pucho, de los de mi hermano, porque a mi me quedaba uno solo para mañana, y me asomé a la ventana que parecía un ojo despabilado asomándose a la habitación oscura.

Era una mañana hermosa. Yo tenía ganas de dormir. El sol ya casi pegaba en mi ventana. Miré el reloj y ya eran las ocho menos cuarto. Otra pitada al pucho. El mambo me había amainado. Estaba para fumarse un mañanero. Mi hermano roncaba despacio. Se escuchaban los pájaros quilombrosos, duendes del amanecer. Tiré el pucho, un trago más de agua y al sobre.

Cerré los ojos. Se me dio vuelta todo. Los abrí. Estaba todo en penumbras. Era hermoso. El sol entraba sigiloso a la habitación a través de una rendija que dejaba la cortina: un haz iluminaba las partículas de polvo levantadas por la brisa que se colaba desde el lavadero, por debajo de la puerta, y me acariciaba el pelo. ¡Qué linda que estaba la guacha, loco! ¡Qué boludo, cómo la perdí! Encima, por saltar por ese salame. Y bueno, quevachaché, ¿no? Así es la vida. Otra vez la brisa. Un ojo que se cierra, como un suspiro que cesa, un ronquido de mi hermano, se cierra el otro ojo, cae vencido el párpado, así como cae la luna, cae en medio del mar, el mar de los sueños, de los sueños que comienzan a mezclarse con mis pensamientos, que se sumergen en la mañana que se despreciza, infinitos, hasta siempre. ■

IDENTIKIT

1) **ALEJANDRO ALBERTO FRACAS**

2) Nací el 2 de Abril de 1979, en una Buenos Aires silenciosa.

3) Acabo de terminar (por fin!) el secundario y ya mismo entro al CBC, a Ciencias de la Comunicación.

4) Envidiar no, pero sí hay escritores que admiro: Carver, Medina, Cortázar, W. Blake, Huxley, Bukowski, J. D. Morrison y Soriano, entre otros tantos, tantos.

5) Todo lo que leí fue importante, todo viene bien. Recuerdo con cierta alegría los días de *En el Camino* de J. Kerouac, y del *Alquimista*, de P. Coelho; también *Cien años de Soledad*, el *Martín Fierro*. Y la *Biblia*, por supuesto.

6) Cuando estaba en el taller de Silvia Schmid «Las herramientas del escritor». Allí fue donde por primera vez me llamaron «escritor». Eso me pegó mucho, y fue en ese momento cuando decidí internarme en esta paralela di-

mensión, siempre tan real, que es la escritura.

7) No hace más de tres años que empecé a escribir, y fueron las palabras que no supe susurrar a sus oídos, las que se incrustaron frías y tristes en las nocturnas páginas que hoy ya son sólo un mal recuerdo. Ahora escribo regularmente, siempre me concentro en el poder de mi mente, que todo lo puede, para hacer fuertes mis manos, para lograr una armoniosa conjunción entre las palabras, los hechos y las blancas hojas.

8) Ser universal...No; sólo seguir escribiendo, mucho, y esperar a que alguien se cope, y publique mi libro.

9) Mi profesora Analía, del E.E.M N° 2. Y Silvia Schmid, mi abuelo Pepe, mi familia y algún que otro amigo. Creo que fue en ese preciso orden.

10) Lo más loco fue haber crecido en un barrio tan loco como

Soldati. Sus caras, su cultura, y el desengaño al abrir mis ojos ciegos: la vida real. Es así, en esos barrios ocultos y suburbanos somos el lado oscuro de una cultura ficticia, de mierda, producto de la ambición, la codicia y los falsos conceptos de ética y moral que nos impone un grupo de criminales.

Por suerte siempre hay un ojo despabilado brillando en la oscuridad, sangrando en su conciencia.

11) Siempre habrá música, siempre. Siempre habrá un Luca, un Bob Marley, un Hendrix, un Morrison, un Indio, un tango silbando triste y de madrugada por las calles de mi barrio.

12) El odio: la trajo Pancho, (el profesor de Comunicación) un amigo; es la locura y la vida con el típico gusto francés; y el gran exi-



FOTO: DIANA ARBISER

to de Cigarros, pachimba y vino.

13) En lo personal es la búsqueda de un estilo. Una historia común y sin ningún cartel, ni nada personal con nadie. Es solo una visión más, loco. Dedicado a la Flía, los amigos, y a Dios; el resto sale solo.

cuento seleccionado

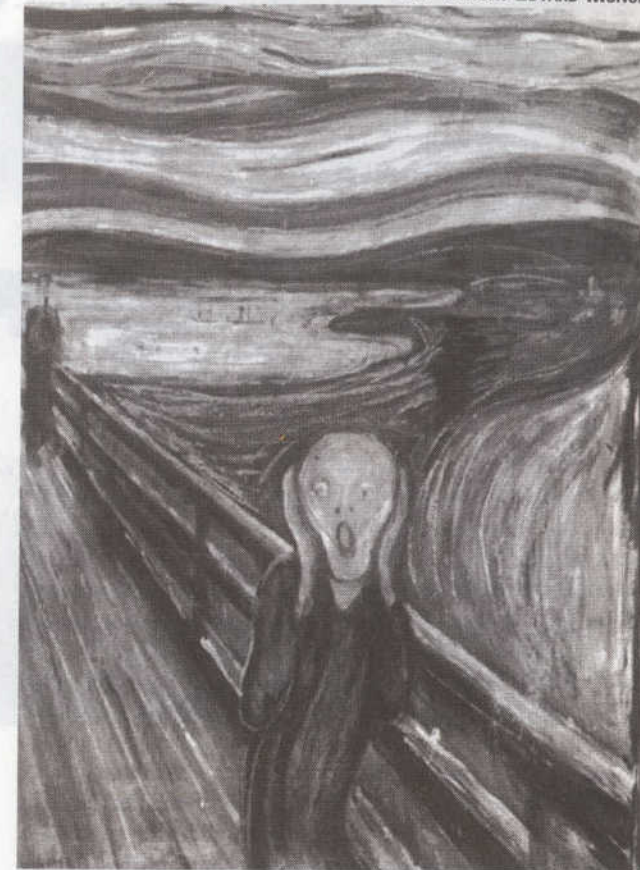
Sebastian in traum

POR GABRIEL BELLOMO

La Biblioteca Argentina para Ciegos se había mudado al edificio de la calle Lezica. A pesar de haber terminado mi trabajo, seguía yendo, martes y jueves por la tarde, únicamente para verlo a Esteban. Demoraba la recopilación de bibliografía, indagaba sobre técnicas anteriores al Braille, le proponía que diera una charla en mi colegio, que preparáramos juntos una monografía; él decía que más adelante, que estaba muy ocupado; risueño, tímido. Por ese entonces él descubría la poesía de George Trakl y yo, a los cincuenta, asistía asustada a ese hallazgo, a la ansiedad de no encontrar los libros de Trakl en las bibliotecas ni en las librerías, a la locura de estar enamorándome tardíamente.

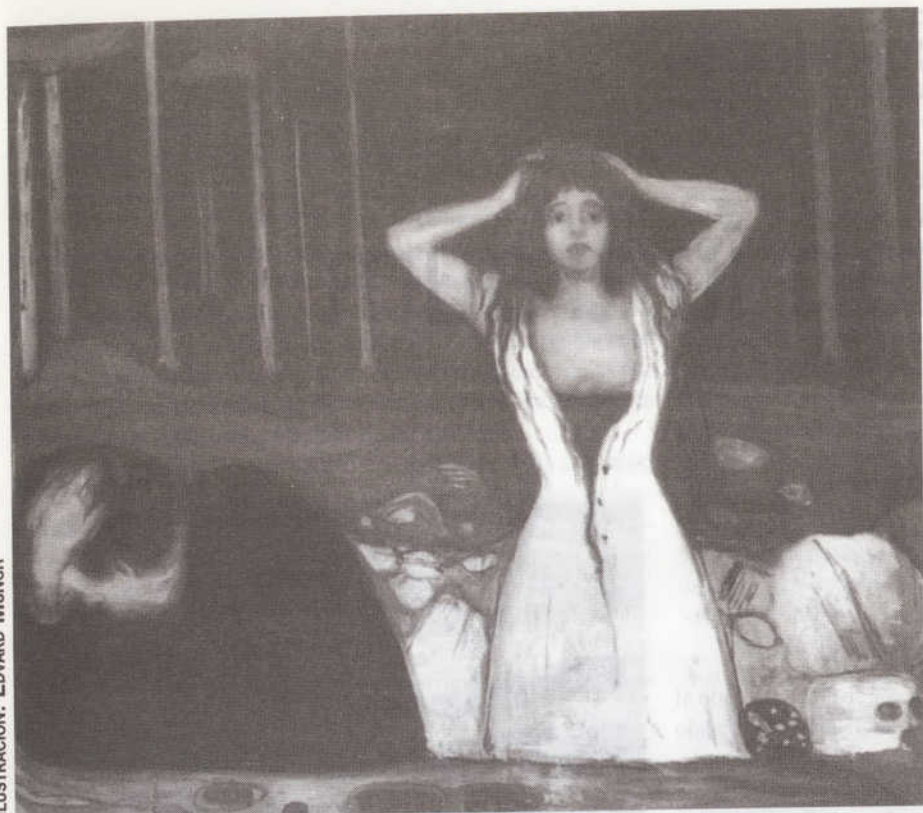
Fué Laura la que me sugirió que Rodolfo podía tener algo sobre aquél poeta alemán del que ella recordaba alguna cita, pero que ninguna de las dos habíamos leído. Hacía años que no veía a Rodolfo. La propia Laura averiguó que lo acababan de nombrar titular de cátedra, que era considerado un experto en literatura alemana; dos o tres días más tarde me consiguió su número de teléfono. Lo llamé, se acordó enseguida de mí, del congreso en Necochea en el setenta y pico, de aquellos tres días de charlas agónicas para veinte o treinta profesores universitarios de Mar del Plata, del tórrido verano, las escapadas a la playa, de que una de las tardes el viento me hizo volar el sombrero de paja hasta la segunda rompiente, y él, audaz, se tiró para rescatarlo, de que la última noche (esto lo recalco) habíamos compartido mi habitación. Tuve que conciliar por teléfono la propuesta mía de un café con la suya de un fin de semana juntos en Santiago de Chile, donde en breve asistiría a un seminario. Pactamos una entrevista para el día siguiente. Lo encontré igual; incluso más buen mozo. Después de interrogarme sobre qué había hecho sin él todos esos años y preguntarme salvaje con quién me acostaba últimamente, busqué el material que había seleccionado para mí esa mañana. Abrió el cajón del medio de su escritorio de ébano, sacó un artículo de Wittgenstein sobre Trakl y un libro del poeta: «Sebastian in Traum». «Sebastián en el Sueño», dijo con una mezcla de jactancia y respeto; en Buenos Aires el único que lo tiene soy yo, no hay traducción al castellano. Me preguntó (intuitivo) para quién lo necesitaba. Sonreí. Dije que para un amigo. No se dio por vencido, quiso saber su nombre. Esteban Molinari, respondí, entre confundida y halagada. Su gesto fue de indiferencia, de menos-

ILUSTRACIÓN: EDVARD MUNCH



precio. No accedí a suministrarle ningún otro dato. La especialidad de Rodolfo era escarnecer a los demás. El intento de dejar a salvo a Esteban, me delató aún más frente a Rodolfo. Estás enamorada, dijo mirándome de costado, una mirada perspicaz e insolente. Asentí sin ruborizarme.

Ese mismo día o al siguiente, Laura, al tanto de todo, vino a avisarme que el 12 de junio, Borges daba una conferencia en la Biblioteca Nacional sobre autores alemanes. Esteban se mostró sorprendido al verme. Le entregué el libro, le hablé sobre la conferencia. Me invitó con un café (recuerdo que era 8 de junio, que hacía frío, que la oficina de Esteban, tíbicamente iluminada por la luz pálida del invierno, se iba llenando de sombras). Respondió que aceptaba con gusto la invitación; que si bien ese sábado tenía previsto ir a ver una muestra de Roux en Bellas Artes, haría a tiempo. Fue él quien propuso que nos encontráramos en el Café de las Artes a las tres de la tarde. Esa misma noche la llamé entusiasmada a Laura. Me sentí un poco estúpida cuando me deseó suerte con las mismas palabras con que lo hacíamos en la



adolescencia. Antes de dormirme evoqué una imagen de Esteban: en el flamante despacho, de pie junto a la ventana, su figura recortada contra un fondo de luz ámbar, diciéndome no sé qué cosas que yo no escuchaba porque lo miraba intensamente a él; salvo que hacia el final de la entrevista aludí a mi pullover. Mi color preferido, dijo. Evoqué esa imagen y esas palabras, y una vez más me pareció peligroso estar enamorándome. Creo que hasta me soñé bajando del taxi, entrando al Café de las Artes por detrás, por Libertador, encendiendo un cigarrillo; detenida junto a la escultura del Centauro, una mancha ocre más en el parque, inquieta, por ese encuentro inminente.

Al llegar pedí un vaso de agua, nerviosa, atenta a todo. Verlo entrar imprevistamente acompañado por aquella mujer relativamente joven, delgada, de rasgos finísimos, particularmente bella, me dejó sin aliento. El rostro blanco de la mujer resaltaba contra los bordes levantados del cuello del tapado color café. Calculé que tendría entre treinta y cinco y cuarenta años. Parecía una artista; una bailarina del Colón. Esteban la llevaba con firmeza del brazo; yo sabía que él me había visto de lejos. No volví a mirarlos hasta que estuvieron junto a mi mesa; recién entonces comprendí. Le presento a mi hermana, dijo. Elena, susurró, ella es Marga, la amiga de quien te hablé. La joven esbozó una sonrisa, los ojos ciegos fijos sobre mí, estiró el brazo. Aliviada y sintiéndome culpable tomé su mano, era suave al tacto; al contrario de lo que preví, tibia. Me sentí responsable de no saber qué decir. Esteban se sentó frente a mí. Elena en uno de los laterales, entre ambos; deduje que era el modo en que solía ubicarse, interponiéndose a su hermano. Titubeé antes de preguntarles por la muestra de Roux. Elena elogió tres cuadros que describió minuciosamente y apasionadamente. Luego intercambiamos opiniones sobre la conferencia; faltaban cuarenta y cinco minutos. Esteban pidió té con masas. La hermana se manejaba con relativa soltura; le bastaban las murmuradas sugerencias del hermano, incluso el toque delicado en su brazo para sortear los obstáculos. El azúcar, decía en voz baja Esteban, desplazando el recipiente ha-

cía su mano, o: esa no, esa es de crema, al lado tenés de membrillo. Elena se interesó por mi trabajo en el Normal. Es muy buena lectora, intervino Esteban, de literatura sabe más que yo. Acepté esa exageración como otro acto de ternura del hermano. Al oírlo, Elena hizo un gesto severo: no, dijo enfática, no es así. No tardé demasiado en comprender la ardua tarea de Esteban: traducir libros, llevarlos al Braille; cuidar hasta en ese detalle a la hermana ciega. El resto de la tarde Esteban se mostró reticente, evasivo. Le pregunté si había comenzado a leer Sebastian in Traum. Es soberbio, respondió ella por él, y acto seguido, me pidió que se los dejara unos días más; Esteban necesitaba ese tiempo para terminar la traducción. Nos gusta mucho, concluyó él en voz baja, secundando a la hermana. Pregunté si siempre coincidían, lo pregunté acremente, reprochándole al tiempo que lo decía. Elena giró exaltada hacia mí, por unos segundos sus ojos oscuros,

muerdos, coincidieron con los míos, luego los volvió a su posición anterior, los mantuvo sesgados, dirigidos a un punto abstracto sobre las cabreadas del cielorraso, un poco a la izquierda, arriba de la entrada de la confitería. Estoy fascinada con Trakl, dijo ya con más calma, y tras una pausa durante la cual pareció estar eligiendo las palabras, repitió el elogio. Les aseguré que en tanto Rodolfo no lo reclamara, no había inconvenientes. Rodolfo, preguntó vivaz, inclinando el rostro hacia mí (un delicioso tic de marioneta). Un escritor amigo, dije, especialista en literatura alemana. Aventuré que Rodolfo, incluso podría llegar a olvidarse del préstamo. Dije eso sin poder prever que a partir de la semana siguiente se sucederían los llamados telefónicos de Rodolfo, las excusas cruzadas. Ya es la hora, dijo Esteban mirando su reloj, voy a buscar el auto, espérenme en la puerta. Me di cuenta de que los hombres miraban a Elena: no era solamente su figura, esa forma de moverse, sinuosa, provocativa. Parada junto a ella en la explanada de la confitería sentí envidia. Y vergüenza. No bien Esteban estacionó, la tomé del brazo. Se zafó con un ademán firme, autoritario. No hace falta, dijo entre dientes. En esos metros hasta el auto quiso saber cuánto hacía que conocía al hermano. Así como lo ve, dijo, tan seguro, es una criatura, depende en todo de mí. No lo dudo, respondí conciliadora, incómoda, harta de la intromisión de Elena, de su presencia frustrando nuestra primera salida.

Una hora y media habló Borges sobre Rilke, Silesius, Trakl. A éste lo comparó con Kafka. Un hombre apartado, dijo, tortuoso, un hombre en el que vibraban la angustia y el dolor permanente. Citó El Grito, el cuadro del noruego Edvard Munch. Dijo: eso representó Trakl para su generación, el desgarrado mensaje de ese cuadro. Esteban llevaba una pequeña libreta, anotaba. También escribió aquellos versos que a mí me parecieron terriblemente tristes y por alguna razón premonitorios, y que luego, días más tarde, en mi departamento, Esteban transcribiría en una servilleta de hilo blanco (una servilleta que termino de quemar,

movida por lo que ocurrió y quizá decididamente por las palabras de Rodolfo, cuando dijo que esos versos no eran de Trakl sino de Borges. "Mis noches están llenas de Virgilio -recitó Rodolfo- dije una vez/ también pude haber dicho de Hölderling y de Angelus Silesius/Heine me dió sus altos risueños/Goethe la suerte de un amor tardío". Borges se burla de todos, sentenció Rodolfo).

Ese sábado, al salir de la conferencia, sentí con claridad aquella vibración entre Esteban y Elena, una fuerza que iba más allá de las palabras y los silencios. El sol empezaba a licuarse, anochecía bruscamente. Elena era una estatua tensa y pálida. Esteban propuso que fuéramos a cenar. Miró a la hermana como si estuviera reclamando su consentimiento. Vayan ustedes, dijo, yo estoy cansada, llevame a casa Esteban. Esta orden lo ofuscó. Intercedí: dije que podíamos ir otro día, en otra ocasión. No, dijo él severo, retándola, podemos dejar a Elena en casa, ir nosotros, ella estará bien en casa. Me callé, sintiéndome la causa de esa desagradable desavenencia entre hermanos. Elena no dijo más nada. Ocupó el asiento delantero, rígida, las manos en los bolsillos del tapado. Tenés frío, dijo el hermano mirándola de soslayo, sin obtener respuesta. Enseguida manipuló las llaves en el tablero, se escuchó el ventilador de la calefacción, el aire caliente envolvió el habitáculo, yo me arrellané en la butaca. A las pocas cuerdas, vi como Elena inclinaba la cabeza hacia la ventanilla y se quedaba dormida. Esteban conducía en silencio. Déjeme en casa Esteban, dije, otro día vamos a cenar. No me gusta que haga estos caprichos, dijo él, aminorando la marcha hasta detenerse junto al cordón. Miró entre reprensivo y cariñoso a Elena, giró hacia mí: de todos modos ahora se complica, me parece que le voy a deber la cena. Espero que la invitación siga en pie, sugerí en voz baja. Claro, cómo no Marga, fueron sus palabras, cómo no, y volcado sobre el asiento, me tomó la mano y agregó: si le parece bien el sábado que viene, y póngase la misma ropa de hoy, le queda bien ese color. Yo temblaba. Cómo quieras, dije tuteándolo inconscientemente. Sí, dijo, te queda bien. Se enderezó en su asiento, arrancó, siguió lento, demorando llegar. Quedamos en encontrarnos en el Café de las Artes, a las ocho de la noche. Al bajar del auto me pareció verla moverse a Elena.

Esa semana me la pasé hablando con Laura sobre la experiencia de aquella primera salida, sobre la hermana de Esteban. Laura me indujo a modificar mis impresiones. Tenés que ser indulgente, sostuvo, y cuando ya me notó más tranquila empezó a chucearme (me preguntó si estaba segura de que fuera ciega, incluso de que fueran hermanos). Si los hubieras visto juntos, dije, no me preguntarías eso. Son parecidísimos Laura, no sabés cuánto.

Fumaba, sentado a una de las mesas contra los ventanales. Se

paró para recibirme. Conozco un restaurant sencillo, dijo, es de los egresados del La Salle, sirven muy buena comida. Durante la cena lo vi mirar la hora varias veces; dijo que si no tenía inconvenientes podíamos tomar el café en su casa, que no estaba acostumbrado a dejar sola a Elena mucho tiempo. Dudé en aceptar, no me parecía una buena idea, no estaba con ánimo, además. Después te llevo a tu casa, dijo ansioso, apoyando su mano sobre la mía. Había algo ingenuo y traslúcido en su gesto y su voz; la textura de la mano de Esteban tenía la misma tersa tibieza que había sentido al estrechar la de Elena.

La casa (un chalet con un pequeño jardín al frente), salvo la habitación que daba a la calle, estaba a oscuras. Al trasponer la verja, vi la silueta de Elena claramente recortada detrás de la persiana. Esteban sacó un manojo de llaves y abrió. Antes de entrar encendió la luz del porche y del living. Al pasar, vi a Elena allí, parada junto a la mesa. No prendiste las luces, dijo él, repri-

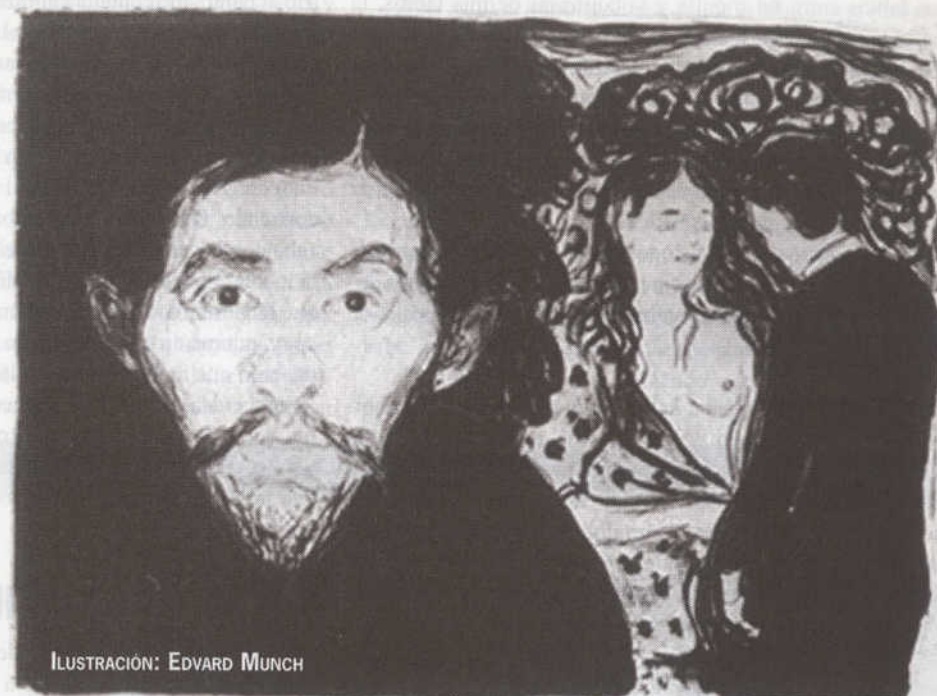


ILUSTRACIÓN: EDVARD MUNCH

miendo el tono de queja. Me olvidé, respondió ella secamente. Me acerqué a saludarla. Recibió mi beso sin moverse. Cómo pasaste, le preguntó Esteban. Bien, dijo, ¿ustedes? Bien, muy bien, dije yo intentando parecer animada. Esteban insistió en que viniéramos a tomar el café aquí, a su casa, comenté. Siempre de pie, ese aire desafiante y altivo que remedaba el que le había visto anteriormente en la confitería y ahora se transformaba en un gesto frontal, agresivo, Elena dijo que le parecía bien, que estaba bien.

Esteban fue a la cocina y volvió con café, sirvió licor de chocolate para la hermana y para mí, brandy para él. Vi las fotos sobre la cómoda: los padres y ellos pequeños; ellos adolescentes, en un parque en otoño; una foto de Esteban, tomada en su antiguo despacho de la calle Lezica. Hostil aún en su mudez, Elena ocupaba la cabecera de la mesa. En todo momento evité mostrarme aludida frente a Esteban por esa actitud. Hice un comentario sobre las fotos, sobre lo cálida que era la casa. Sí, dijo ella, para nosotros esta casa es un santuario. Usted es la primera persona que entra después de muchos años, agregó, estamos acostumbrados a estar solos, a este orden. Manías de solteros, la interrumpió Esteban meneando la cabeza, dirigiéndome una hermosa sonrisa, afectuosa, sugerente. Eran las once cuando le pedí

que por favor me llevara. Se acercó a Elena. En media hora estoy de vuelta, le aseguró dándole un beso en la sien. No hablamos demasiado en el viaje, comentarios dispersos. Al despedirnos, creo que ambos reprimimos deliberadamente el beso.

II

Esperé a que me abrazara, sabía que iba a hacerlo. Me lo había anticipado esa tarde en la biblioteca el roce fugaz de sus labios entre mi mejilla y la comisura de mis labios, la forma en que me observó al entrar a mi departamento. Fue dulce; me llevó de la cintura hasta la habitación, me quitó la ropa, bajó la persiana, entornó la puerta. Al contrario de lo que esperaba, hubo una morosa eficacia, una deliciosa sorpresa en cada caricia. Yo necesitaba mirar ese rostro hecho de aristas, anguloso, perfecto sobre mí en la penumbra. Él me besaba una y otra vez los párpados, no me dejaba abrirlos.

Repetimos esa ceremonia todos los miércoles y viernes de junio, siempre a partir de las cinco. Esteban no me hablaba sobre la hermana y yo no preguntaba. Jamás se quedó más allá de las ocho.

Fue un martes; yo llegaba del Colegio más tarde de lo habitual (serían las siete y media, ya era de noche). Me pareció verla subiendo a un automóvil a unos veinte metros de la entrada de mi edificio. Entré al ascensor aturdida, no bien abrí la puerta de mi departamento tiré el bolso, el portafolios. Tuve que juntar fuerzas para decirselo a Esteban. Bajó la voz, como si Elena estuviera cerca del teléfono y pudiera oírlo. No querida, repetía, es imposible, jamás sale sola, está en casa todo el día. Afirmó que Elena no salía si no era con él, que me habría parecido. Quedamos un instante callados, oyendo nuestras respiraciones. Cuando volvió a hablar el tono de su voz había cambiado, se tornó frío, lejano; quiso que supiera que en dos días viajaba a Córdoba, que esa misma mañana le había llegado una invitación de la Universidad Católica. Es una semana, dijo, a lo sumo diez días. Le pregunté lo obvio: si iría con la hermana. Viene conmigo, dijo, por supuesto. Claro, respondí. Quedamos que a su regreso él me llamaba por teléfono.

Esa noche, la voz de Rodolfo en la línea, me reclamaba el libro y una cena. Le mentí, le dije que el amigo al que se lo había prestado estaba de viaje. No le importó demasiado. La cena, dijo entonces. Respondí que sí, indiferente a todo, a quedarme, a salir con él, a todo; le dije que pasara por mí en una hora. Comí poco,

«Ni siquiera ahora sé si quería saber qué era lo que estaba pasando; si realmente era Elena la que me seguía y vigilaba. Me torturaba pensando para qué o porqué. Busqué desesperada durante dos horas el teléfono de los padres de Laura. Necesitaba oír su voz, contarle.»

mañana cuando accedí a llevarme a mi departamento. Hacía frío al bajar, me conducía abrazada, el viento me volaba el tapado. Nos detuvimos en el umbral hasta que encontré las llaves en el fondo de mi bolso. Abría la puerta cuando sentí aquel ruido, el golpe de una puerta de auto cerrándose con estrépito y me volví, aún recuerdo aquella sensación de muerte, el estremecimiento al verla dentro del auto (me veo viendo el auto) en la esquina, en marcha. Acompañame, le pedí desprendiéndome de su mano, corriendo. Qué pasa, preguntaba Rodolfo detrás mío. Yo avanzaba con la certeza de que era ella la que me espiaba a través de la luneta. El auto arrancó y dobló velozmente la esquina antes de que llegáramos. No sé, dije alterada, tratando de recobrar el aire, apoyándome en la pared, luego en su hombro, aturdida, mareada, creo que me vigilan. Rodolfo quiso saber quién. Le dije que no tenía idea, le pedí que se quedara conmigo esa noche, que no me dejara sola. El rostro de Rodolfo, multiplicándose hasta el alba sobre mí, fue el de Esteban. Yo le alzaba la barbilla, le corría la boca, apartaba sus labios de mis párpados para que no pudiera besármelos.

III

Dos veces estuve a punto de pulsar el timbre. A pesar de la total oscuridad, creí sentir a Elena, inmóvil detrás de la persiana. Crucé la verja, me paré junto a la puerta, contuve la respiración: me pareció escuchar susurros adentro; las voces de Esteban y Elena en el cuarto. Horrorizada, volví trastabillando sobre mis pasos. En el momento en que cruzaba el portoncito de hierro hacia la calle, tropecé con un hombre y su perro. Pensé que esa situación me estaba volviendo loca, que todo eso era una locura. Caminé bajo la persistente llovizna, sintiéndome otra, no creyendo en lo que estaba pasando, proponiéndome terminar con aquello, citar a Esteban, decirselo. Esa noche, Almagro era un campo de refugiados, un sitio semidesierto. Ya en el colectivo, poder identificar algunas calles hacia el centro, me fue tranquilizando. Después, darme cuenta de que no había vuelto a mi casa, de que el impetuoso e impensado itinerario había tenido otro destino, la voz grave y firme de Rodolfo a través del portero, me hizo volver a la realidad; fue como despertar de una pesadilla. Estaba empapada, muerta de frío. Me sirvió café, me hizo sentar cerca del calefactor. Mirá como te pusiste, decía sin preguntarme nada, solicitado, prudente. Charlamos sobre literatura, exámenes, la reforma del plan de estudios de la universidad. Me alcanzó una aspirina y un vaso de agua, otro café. Quedate, dijo simplemente. Le dije que no; el pretexto fue que tenía que levantarme temprano. De todos modos insistió en llevarme.

Antes de acostarme llamé a Laura. Me agarraste justo, exclamé

tomé de más. Revivimos confusamente aquella cena años atrás en el hotel de Necochea. Luego acepté la previsible propuesta de ir a su departamento, luego el whisky. Pensé que de ese modo iba a sentir menos remordimientos por terminar en su cama. En el fondo intuía que no había traición, que después de todo, la edad y las circunstancias, a Esteban y a mí nos hacía libres. Serían las tres de la

mó agitada, en cinco minutos salgo para la estación. Mañana es el cumpleaños de mamá. Le conté brevemente todo. No sé qué decirte Marga, no hagas nada, esperá a que vuelva y entonces vemos. Le dije que sí, que estaba bien. Que se quedara tranquila que no iba a hacer nada.

IV

El escritorio de Esteban estaba tapado de libros y papeles. Dos jóvenes tildaban listas. No, respondió el más alto, no está, el señor Molinari sigue de licencia. Sí, saltó el otro, un chico pecos, muy desenvuelto, no viene por una semana. No hice mención de su viaje a Córdoba, preferí no saber nada más. Al girar, los vi reflejados en una de las hojas de vidrio de la puerta de entrada, se dirigían un gesto cómplice entre ellos, como de burla o fastidio. Ni siquiera ahora sé si quería saber qué era lo que estaba pasando; si realmente era Elena la que me seguía y vigilaba. Me torturaba pensando para qué o porqué. Busqué desesperada durante dos horas el teléfono de los padres de Laura. Necesitaba oír su voz, contarle. Me escuchó paciente. Bueno, dijo, calmate. Trató de consolarme, de persuadirme de que a veces una se deja confundir, de que seguramente Esteban era un buen hombre, que estaba alucinada, que además una ciega no podía andar siguiendo a nadie. Le pedí que me diera una mano en todo ese embrollo. Prometió adelantar la vuelta, al día siguiente tomaría el tren para Buenos Aires. Descansá, dijo, mañana a la noche nos vemos. Sí, suspiré aliviada, sin imaginarme que una hora más tarde sonaría el teléfono y oiría la voz honda y mordaz de Rodolfo invitándome a dar un paseo, que pasada la medianoche vería desde mi ventanilla, con horror contenido, a Esteban

IDENTIKIT

1- GABRIEL BELLOMO

2- Buenos Aires. 8 de junio de 1956

3- Docente.

4- Entre otros, admiro a Kafka, Camus, Cortázar, Borges, Melville, Carver, Denevi, Cheever, Andreiev, Arlt.

Definitivamente envidio a Franz Kafka.

5- El Proceso, La Metamorfosis, El Extranjero, Bestiario, Ficciones, Ceremonia secreta.

6- En un instante de mi vida, la muerte, como concepto abstracto, como juego de seducción, se transformó en una posibilidad concreta. No se trataba de mi muerte, por supuesto, si no de otra peor, más terrible. Fue entonces cuando comprendí que mis lecturas ininterrumpidas desde la infancia, tenían origen en esa posibilidad y ese miedo, y que la necesidad de construir una ficción propia, un mundo especular que refutara al mundo real, que, en general, me desagradaba, me hizo descubrir - aunque tarde - la posibilidad de escribir. Sentí temor, hasta que me

di cuenta de que la crueldad y el dolor con sus costados de belleza, siempre estuvieron dentro mío en estado germinal y que ahí estaba la literatura, para convocarlos y conjurarlos.

7- Hubo un tiempo en que pude hacerlo metódicamente. Ya no. Lo hago, entonces, en circunstancias más bien adversas, que apenas se suspenden cuando una pulsión: una música, una línea de un libro, un cuadro, o cualquier otra imagen se me sugiere, mejor dicho se me impone.

8- Terminar la corrección y composición de un libro de relatos **Las lunas amarillas** y de una novela corta: **La Draga**.

9- Analfía, mi esposa. Escritores amigos.

10- He ido perdiendo la noción de humanidad o jamás la tuve. Y a medida que se me fue yendo de foco, quedaron historias personales, manifestaciones individuales, hechos de individuos solos, aislados. Esos son los que me influyen y me conmueven.

11- Las canciones cantadas por

del brazo de Elena, saliendo los dos de un hotel alojamiento de la calle Talcahuano, sus inconfundibles siluetas aureoladas por la luz de una luna amarilla que aún hoy sigue apareciendo en mis sueños, incandescente, a punto de desplomarse sobre una ciudad que no puedo reconocer. Los vi detenerse, Esteban quedó parcialmente oculto tras la hermana. Supe, como aquella tarde en el Café de las Artes, que él también me había visto. Di vuelta la cara hacia Rodolfo. Él, sin haberse dado cuenta de nada, conducía sereno, distante, ajeno a todo.

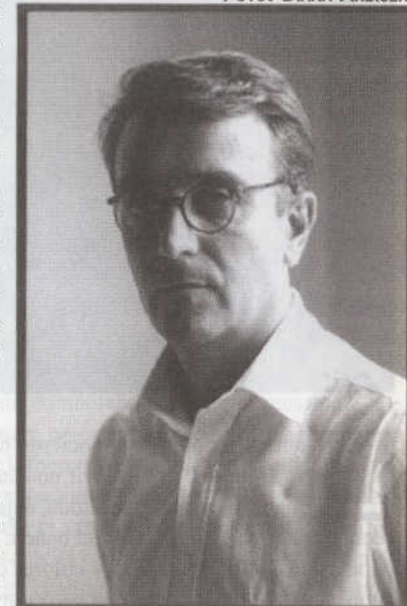
V

Mi relación con Rodolfo no llegó siquiera a fines del invierno. Después de que nos enteráramos por los diarios del suicidio de Elena Molinari, Laura me hace compañía; jugamos cartas, vemos alguna película, más de una noche ella se queda a dormir.

Ayer sentí el impulso de pasar por la biblioteca. En ese preciso instante Esteban abría el ventanal de su escritorio. Marga, gritó. Me quedé paralizada, viéndolo salir a la vereda, cruzar corriendo la calle; traía consigo el libro de Trakl. Con los ojos llenos de lágrimas (el libro tendido hacia mí), me contó que Elena había fallecido un mes atrás. Lo lamento, dije, y rechazando el libro, agregué: Rodolfo ya no se acuerda. Lo miré fijamente a los ojos: agachó la cabeza, tímido, risueño, como cuando le proponía que diera una charla en mi colegio o que preparáramos una monografía. Busqué el atado en el bolsillo de mi tapado. Se me hace tarde, pretexté encendiendo un cigarrillo, nerviosa, deseando irme. No escuché qué fue lo que me contestó, o no entendí.

Caminé sin volverme, sabiendo que seguía mirándome, ahí, parado, con el libro en la mano.

FOTO: DIANA ARBISER



Marlene Dietrich, los fados de Misia, el cello de Yo-Yo Ma. Dieciséis bales de Brahms.

12- De las últimas: **El cartero. Sostiene Pereira. La vida es bella**. De las anteriores: **Lord Jim, El viejo y el mar, Los nuevos monstruos. Los sueños de Kurosawa**. Todo el cine de Akira Kurosawa. Todo el cine neorrealista italiano.

13- Bocetaba un personaje de ficción, del que, básicamente, me seducía el apellido: Trokiz. El relato fracasó, y por un largo tiempo ese apellido siguió acompañándome, cuadrado, áspero, hecho de limaduras de hierro, oculto. Creí que ese apellido era irreplicable hasta que en una enciclopedia me topé con uno similar, quizá mejor, más concreto: Trakl. Georg Trakl, un escueto poeta alemán, de una poesía tortuosa y estremecedora. Fue el punto de partida, el

núcleo de lo que sería más tarde "Sebastian in traum". Fueron apareciendo los personajes: Marga, Molinari, su hermana Elena, un Buenos Aires desdibujado, un poco fantasmal. Lo demás, como siempre, trabajo. Mucho trabajo. Y una luna amarilla.

Taller «Las herramientas del escritor»

Los recursos técnicos,
el lenguaje poético, cuento, novela.

Supervisión de textos

Coordina: **Silvia Schmidt**

4 9 5 3 - 7 1 9 1

Laura y Joaquín

POR MARÍA FASCE

FOTO: WILLY RONIS



Laura y Joaquín se conocieron en la Plaza Lavalle. Dice Joaquín que la vio abrir una cartera enorme, sacar una manzana y comérsela toda, dejando solamente el cabito seco, que apoyó a un costado del banco; que la vio después sacar papeles de distintos tamaños y colores de la cartera y apoyarlos sobre su falda: plancharlos con las dos manos, leerlos y desechar algunos poniéndolos a un lado, junto al cabito de manzana. Dice Joaquín que la vio levantarse, sacudirse unas miguitas invisibles del vestido, levantar los papeles y el cabito, tirarlos en el cesto, y alejarse por el camino de canto rodado. Y que no pudo evitar enamorarse. Pero Laura asegura que fue ella la primera en reparar en Joaquín: lo había visto llegar hasta el banco con los cordones desatados, y estuvo esperando con el corazón en la boca,

dice, porque tenía miedo de que se cayera en cualquier momento sobre las piedras. Que el traje le quedaba grande, y que la camisa estaba mal planchada, las puntas del cuello para arriba. Y que esa figura torpe y desmañada la llenó de ternura.

Laura daba vueltas por la plaza colgada de su cartera gigante. No había reconocido a Joaquín porque ese día llevaba un pantalón de corderoy y una camisa a cuadros: no había tenido que ir al trabajo, estaban de balance. Había pasado mucho tiempo frente al placard antes de salir de su casa, no sabía cómo vestirse de sport. Fue lo que pensó Laura al verle la camisa abotonada hasta el cuello y las zapatillas de loneta con las medias de stretch marrones. Joaquín le hizo un ademán sencillo, con la cabeza, indicándo-

le que en su banco había lugar de sobra para los dos, y Laura repitió el gesto silencioso, para el lado contrario, como diciéndole bueno, ya que es tan amable. Se quedaron callados por un rato, después Laura se decidió y sacó un paquetito plateado con un sandwich pequeño y compacto, de pan lactal sin corteza, y una servilleta de papel. Le convidó a Joaquín, que se negó con una sonrisa y después se quedó concentrado en una miguita que Laura tenía sobre el labio superior. Laura se dio cuenta de que le miraba la boca de un modo extraño, Joaquín se tocó su propio labio y Laura, algo abochornada, sacó un espejito de la cartera (¿cómo puede encontrar las cosas tan rápido en un bolso tan grande?, se preguntó Joaquín), y se limpió la miga frotándose la boca con violencia, como si se tratara de un lunar hecho con birome. Joaquín se sintió repentinamente incómodo, aunque se dijo que había sido mejor que seguir conversando con la miguita sobre el labio de Laura, y se ofreció a comprar dos gaseosas en el quiosco de la vereda de enfrente. Dice Joaquín que Laura le pidió una crush, y que él cruzó la calle preocupado, tenía miedo de que en el quiosco no hubiera crush, tendría que preguntar en otro, y probablemente en otro, y quizá cuando volviera Laura ya se hubiera ido. Laura también se quedó preocupada viéndolo cruzar por la mitad de la calle, los autos que ya avanzaban por Córdoba sobre sus tobillos, y ella sin poder gritarle. Joaquín volvió triunfante con la crush y una coca-cola, Laura ya estaba terminando su manzana y se levantó sin decir nada para tirar el cabito en el cesto.

Laura trabajaba en una mercería, Joaquín en una compañía de seguros. Laura quería que la promovieran a la boutique que la dueña de la mercería tenía en la galería Splendid de la calle Santa Fe. Joaquín no, estaba cómodo en la compañía. El sol caía en manchas sobre el banco y el pelo de Laura, y una mancha grande, bajo las cejas, le reveló a Joaquín que los ojos de Laura no eran marrones, como había creído hasta ese momento, sino que tenían, a su vez, pequeñas manchas, como de sol, adentro de las pupilas. Mientras hablaban, Laura lamentó que Joaquín tuviera los labios finos (una soguita que se curvaba bajo la nariz, o dos piolines enrollando los dientes cuando hablaba o se reía). Siempre se había dicho que jamás podría gustarle un hombre de labios finos, pero Joaquín le gustaba.

“¿No se le está haciendo tarde?”, dijo Joaquín a su pesar, porque estaba feliz allí, con Laura, pero no quería que la chica perdiera el trabajo por su culpa, entonces no la pasarían a la boutique. “Ah, sí”, dijo Laura llevándose una mano a la frente. Se despidieron con una inclinación de cabeza, y Laura corrió las dos cuadras hasta la mercería mirando el cielo que se había nublado inesperadamente, pensando que Joaquín no tenía paraguas y podía mojarse si seguía sentado en el banco porque esa tarde no tenía que volver al trabajo.

A eso de las cuatro, Laura pidió permiso y se corrió hasta la plaza con el paraguas plegable que dejaba en el negocio, de repuesto. Joaquín seguía en el banco, bajo el cielo pesado, mirando el arenero sin chicos en el que se revolcaban dos perros. “Tome”, le dijo Laura, le dejó el paraguas en el banco y se fue apurada delante de su cartera.

Al día siguiente Joaquín le devolvió el paraguas. El sol hacía brillar las piedritas del camino y el paraguas quedó allí, sobre el banco, desubicado e inoportuno como una persona que se hubiera sentado entre los dos. Ese día intercambiaron los teléfonos y otros datos. Joaquín vivía solo en un departamento de un ambiente en la calle Rodríguez Peña, al lado de la Universidad del Salvador. Laura vivía con una tía abuela viuda y algo sorda, en una casa cerca del Congreso. En este punto Joaquín le pidió dis-

**«Si llovía se llamaban por teléfono
-Joaquín la llamaba a la mercería-, y
quedaban en encontrarse en la confitería
de la esquina de Carlos Pellegrini y Córdoba. Para esos encuentros especiales
Laura se pintaba los labios y se ponía
rubor; Joaquín se sentía halagado, pero
Laura le gustaba más sin pintura.»**

culpas y sacó un tubito plateado con el que se pulverizó la garganta. Laura se quedó mirándolo asombrada, pensó que era uno de esos aparatos para el mal aliento que había visto en alguna película americana, pero por suerte Joaquín le explicó que era asmático. Laura era alérgica al polvo; no al polen o a los alimentos, al polvo. Tenía que tratar de mantener el mostrador siempre limpio, si no empezaba a toser y a estornudar y tenía que irse al fondo hasta que se le pasara, y descuidaba a las clientas. Quizá por eso, se lamentó, no se decidían a pasarla a la boutique.

Tomaron como costumbre llamarse por teléfono algunas noches: Laura le preguntaba si ya se había hecho las nebulizaciones. Joaquín, si había cerrado la llave del gas y la puerta de entrada. Laura empezó a llamarlo también algunas mañanas, si hacía mucho frío: “por la radio anunciaron cero grados, ¡y sensación térmica de dos grados bajo cero!”, le advertía para que Joaquín se abrigara, porque era muy propenso a las gripes. En realidad, se agarraba una única gripe que le duraba todo el invierno con distintos grados de intensidad.

Al mediodía se encontraban en la plaza Lavalle. Laura llevaba dos paquetitos plateados, Joaquín había terminado por aceptar el sandwich que le ofrecía Laura junto a la servilleta de papel. Él, a su vez, compraba en el camino la crush y la coca y las llevaba adentro de una bolsita de nylon blanca que le mojaba la parte externa del pantalón, a la altura de la rodilla. Si llovía se llamaban por teléfono -Joaquín la llamaba a la mercería-, y quedaban en encontrarse en la confitería de la esquina de Carlos Pellegrini y Córdoba. Para esos encuentros especiales Laura se pintaba los labios y se ponía rubor; Joaquín se sentía halagado, pero Laura le gustaba más sin pintura. Tomaban un café con leche (Laura) y un café doble (Joaquín). Laura pedía un sobrecito más de sacarina y Joaquín comentaba “¿para qué sacarina?, no me diga que está a régimen, no es sano, trae cáncer”. La acompañaba hasta la puerta de la mercería; cuando se despedían, Laura le pasaba discretamente el paquetito plateado, y él se volvía caminando ligero, a comerse el sandwich en la oficina. Laura lo miraba cruzar por la mitad de la calle desde el mostrador. Siempre era tarde para avisarle: cuando iban juntos era Laura la que lo retenía suavemente del brazo, sin que ninguno de los dos se diera cuenta, hasta que el semáforo estuviera en rojo, pero cuando él se iba se olvidaba de recomendarle que prestara atención al cruzar.

A Joaquín lo enviaron una semana a Córdoba: la compañía de seguros inauguraba una nueva sucursal. Laura se alegró cuando él se lo contó en el banco de la Plaza Lavalle. Pero finalmente

fuieron tres semanas. Cuando volvió a Laura la habían trasladado a la boutique, que no quedaba en la galería Splendid. La dueña había instalado una nueva boutique en Flores y se había llevado a Laura y a otras dos empleadas con ella, le dijo a Joaquín la chica de la mercería con algo de resentimiento.

Pasó un año. Laura estaba de espaldas, apenas encorvada por el peso de su enorme cartera; miraba un horno a microondas junto a un señor de bigotes. El hombre se calzó un par de lentes gruesos, con cadenita, que llevaba en el bolsillo del saco, y se puso a leer atentamente las instrucciones de un folleto que colgaba de la manija del horno.

"No lo compres", le dijo Joaquín a Laura acercándose, "está comprobado que los alimentos pierden todas las vitaminas por los rayos, y que quedan residuos radioactivos en las comidas, que luego pasan a la sangre". Laura se alejó del horno como si los rayos pudieran hacerla desaparecer y el hombre de bigotes se dio vuelta; la cadenita que le colgaba de los lentes delante de las orejas le daba un decidido aspecto de bulldog. La chica -una chica rubia y desvaída que estaba con Joaquín- lo arrastró de la mano antes de que pudieran saludarse. Tenía que mostrarle los colchones, que quedaban atrás de los hornos a microondas. "Es demasiado delgado", terció Laura, que los había seguido, "como mínimo veinte centímetros, para la columna...". Joaquín asintió con la cabeza, confuso, y se adelantó para impedir que Laura viera a la chica rebotando obscenamente de colchón en colchón.



El hombre de los bigotes había vuelto a leer el folleto con las instrucciones del microondas, como buscando alguna nota sobre las radiaciones radioactivas. Laura empezó a toser, Joaquín pasó un dedo por la superficie de un lavarropas y se lo mostró gris a Laura: "el polvo", dijo, y la llevó cerca de la entrada donde los empleados, confundidos con los clientes que entraban, volvían a ofrecerles ofertas y servicios. Laura vio

que Joaquín tenía la nariz colorada a causa del resfrío, "descubrí un remedio infalible contra la gripe", dijo radiante, y sacó velozmente de su cartera un paquete de pastillas sin empezar: "Propolios". Le metió el paquete en el bolsillo sin que Joaquín pudiera negarse. Seguía entrando gente y Laura había empezado a toser otra vez. Joaquín miró hacia el fondo del negocio, pero volvió a tomar a Laura del brazo y la llevó hasta la calle.

Empezaron a caminar despacio por Santa Fe, pasaron el shopping y Laura aceptó dos muestras de champú que les ofrecía una chica de vestido rojo y visera. Le mostró el frente del sachet a Joaquín y fue hasta el cesto a tirar las muestras: Joaquín usaba champú para la caspa y ella para cabello seco, o para niños, porque se lavaba el pelo todos los días. Joaquín miró el cielo encapotado y se detuvo; atrás, habían encendido las luces del letrero gigante del negocio de electrodomésticos, los neones chisporroteaban "Garbarino" bajo las primeras gotas. "Es mejor que volvamos", dijo Laura, sacó el paraguas plegable de adentro de la cartera y lo abrió sobre las cabezas de los dos.

IDENTIKIT

1- MARÍA FASCE.

2- Buenos Aires, 6 de septiembre de 1969.

3- Soy editora en Alfaguara y escribo críticas de cine en *Los inrockuptibles*.

4- Flannery O'Connor, Cheever, Balzac, Nina Berberova, Capote, Chejov, Borges, Felisberto Hernández, Onetti, Babel.

5- Anne la de los tejados verdes y *Mujercitas*, *El romancero gitano* y los 20 poemas de amor. Los *Nueve cuentos* de Salinger, *De qué hablamos cuando hablamos de amor* de Carver y *Madame Bovary*. *El diario de Edith* de Patricia Highsmith.

6- Después de leer *Mujercitas*.

7- Siempre.

8- La fórmula "proyectos literarios" me produce alergia. Yo sólo quiero escribir libros que pertur-

ben a los demás como a mí me perturbaron los libros que nombré.

9- Un par de amigos inteligentes y despiadados. Algunos jurados de concursos.

10- No me influyen las manifestaciones culturales ni los hechos sociales; no creo que a nadie pueda influirle más que indirectamente: toda influencia de ese tipo me parece sospechosa y demagógica. Lo único determinante es el lugar donde nací (la cuadra y la casa en la que nací), la familia que me tocó, los hombres y las mujeres que se cruzaron. A menos que sean ésas, precisamente, las "manifestaciones culturales" y los "hechos sociales".

11- Billie Holiday, Piazzola, Paolo Conte, Mozart, Satie, Ella Fitzgerald, Caetano Veloso, Julie

Cruise, Aínda.

12- *Manhattan*, *Cuando Harry conoció a Sally*, *La ventana indiscreta*, *Amarcord*, *La familia de Ettore Scola*, *El amor a la hora de la siesta* de Éric Rohmer, *Antes del amanecer* de Linklater, *Hanna* de Kitano.

13- Quería contar una historia de amor con dos personajes opacos y queribles: la historia de dos personas que no pueden separarse porque necesitan cuidarse mutuamente. Quería contarla con el tono liviano y documental de *Cuando Harry conoció a Sally*. Tiene el proble-



ma de casi todos mis cuentos: no puedo encontrarles un final. Trato de convencerme de que es mi estilo, pero me dicen que es la mala influencia de Carver. Yo quisiera que me salieran exactamente como las películas de Rohmer.

cuento seleccionado

Lili Marlenita

POR LAURA MATONTE

Lili Marlenita leía mis libros morbosamente: lamía manchados lomos, maltrechas láminas, masturbándose laboriosamente mientras lanzaba miradas libidinosas.

(Mi lírica mordaz la motivaba.)

¡Lasciva musa liliputiense! ¡Me lubricaba!

- Móntame -largó.

- ¡Magnífico!

La manoseé lujuriosamente. Mi lengua mimosa le mojó los muslos. La meé. Le mordí las mamas.

- ¡Lunático, me lastimas!

- Marmota, libérate.

- Momentito: ¿látex?

- ¡Mierda! Los mandé lavar.

- Mm. Lástima -masculló la mocosa, levantándose.

- ¡Marlenita, licénciame!

- ¡Minga!

La muchacha luchaba. Medité la maniobra: logré metérsela. La mecí lentamente, mirándola. La mimé. Le mordisqueé las mejillas. Lánguida, mojada, lucía muy linda.

- Montevideano loco -murmuraba, luminosa.

Manaron los muslos.

Luego, maternal, libando mi leche, me limpió.

Maravilloso.

IDENTIKIT

1- LAURA MATONTE

2- Bs.As., 8 de Septiembre de 1965.

3- Trabajo como maestra de música; además, toco la guitarra y compongo.

4- Muchos escritores brillantes me han despertado mucho más que admiración: Cortázar, Puig, Borges, Dolina, Quiroga, Masliah, Levrero, Lem, Bradbury, Pessoa, Stendhal, Woody Allen... Envidia, quizás un poco Corín Tellado.

5- Hice la secundaria en una escuela de monjas que contaba con una biblioteca (gracias a Dios) muy bien surtida. Un día llevé a

casa un libro que estaba en el estante de «educación»; era gordo y negro, con pinta de tratado, y tenía una rayuela de tiza dibujada en la tapa. Yo tenía catorce años, me morí de amor por Horacio Oliveira, y el mundo nunca volvió a ser lo que era.

6- Probablemente el éxito obtenido con mis redacciones escolares me haya envalentonado un poco.

7- Cuando y donde me agarrre la cosa.

8- Tengo una novela empezada.

9- Mi novio, mis amigos.

10- La tele, y todo lo que pase por ella.

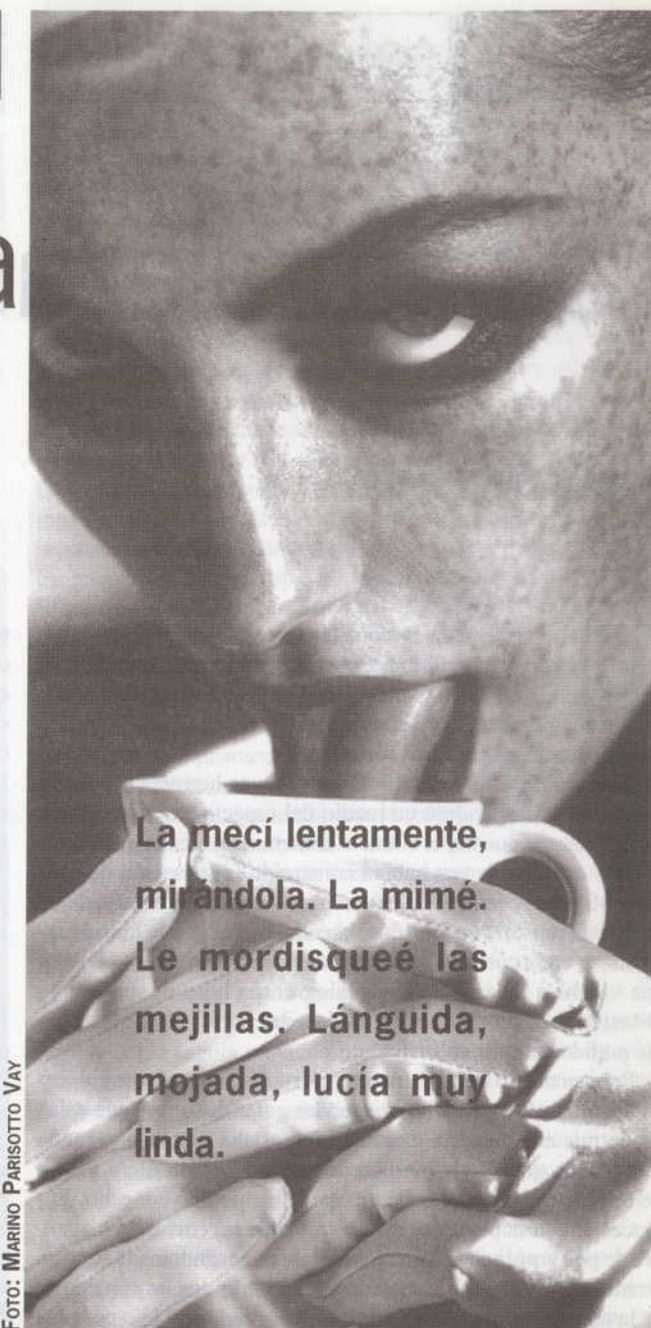
11- Prefiero hablar de músicos: me gusta Bach, y Mozart, *Manhattan Transfer*, *Sinatra*, *Gardel*, *Ella Fitzgerald*, *Juan Falú*, *Joao Gilberto*, *Cecilia Todd*, *Leo Masliah*, los *Beatles*, y *Charly García*, y...

12- Las de Jerry Lewis, Woody Allen, y los *Monthy Python*. También me gusta mucho *Hitchcock*.

13- Quería regalarle algo a Leo Masliah, que había leído alguna

cosa mía y me había dado consejos muy valiosos. Se me ocurrió escribir algo jugando con sus iniciales; consulté el diccionario, y salió esto.

FOTO: MARINO PARISOTTO VAY



La mecí lentamente,
mirándola. La mimé.
Le mordisqueé las
mejillas. Lánguida,
mojada, lucía muy
linda.

FOTO: JORGE BARROSO



La naturaleza de la madre

POR JAZMÍN RADA

Cerré las ventanas en un ataque de pánico, el viento chocó contra el vidrio como si hubieran tirado la cabeza de un bebé a toda velocidad. Después las persianas, borrando con el puño del camión el resto de ciudad que golpeaba las paredes de mi casa famélicamente.

Ahora todo estaba iluminado, mi hogar hermético hubiera podido estar suspendido en medio del espacio exterior sin que pudiera darme cuenta, el silencio daba muerte a cada uno de los objetos que alguna vez habían construido la sensación de calidez. Mi casa se había vuelto una tumba con escenografía de un programa musical de los años sesenta, mi voz era la única concursante, cada cuerda vocal se había puesto un vestidito bobo y una vincha a lunares, todas iguales, como hijas de una madre obsesiva que siempre había querido tener sextillizos y nunca había podido cumplir su sueño.

Pero en medio del aislamiento, un ruido insistente me golpeaba los oídos de a pantallazos, eran las gotas de sangre que caían desde mis entrañas. La menstruación estaba ya en su segundo día, y cada gota, cada porción que caía desde mi útero era un pedazo de cadáver del bebé que no había podido concebir. Entonces una furia plena me iba obstruyendo las encías y un alambre de púa grueso iba cosiendo mis labios, sacándome la sonrisa, arrancándomela como los peones arrancan brutos las zanahorias de la tierra. Mi hijo no había encontrado cuerpo, mi hijo no había encontrado su cuna entre la sangre de mi útero. Recordé el pene blando, aún estando erecto como un leverbush, entrando y saliendo, metiendo y sacando las esperanzas en el azar, mientras gemía, imaginaba como serían sus ojitos, sus manitos, a qué se dedicaría, a quién se parecería y un sin fin de ajuares. Pero no, el marinero que se agitaba gelatinoso como un lobo marino, ondulándose sobre mi cuerpo tuvo que arruinarlo todo. Y su cara de placer abriéndose roja soplándome sobre la oreja, con los párpados entrecerrados y esos brazos peludos y ásperos, y su lengua fría y sus manos ajadas estrujándome los pechos con ignorancia, todo, formaba el envase de la otra parte de mi hijo, por más desagradable que pareciera. Pero ni siquiera su supuesta virilidad funcionó, su semen era chirlo y aguachento como la saliva de un adolescente.

Rompí un jarrón mientras recordaba esa especie de documental siniestro que pasaba por mi mente tensándose las mandíbulas.

Pero mi hijo debía nacer, sin importar el precio. Mi hijo tenía que encontrar un cuerpo en la tierra para subirse y comandar el mundo.

El marinero había sido un intento desesperado, y pensé que si nada había ocurrido, había sido porque el padre de mi hijo debía

tener los genes desbordantes de talento. Mi hijo tenía que hacerse con el mejor, más espeso y entero semen que existiera jamás, una escultura hecha con los mejores materiales. Así que esperé sentada hasta que la menstruación se fuera y llegara la época de fecundidad. Esos días me la pasé durmiendo y cuidándome la piel. Pasaba horas frente al espejo para encontrar mi mejor perfil, un color que combinara bien con mis labios y mis mejillas blancas. Sólo me dedicaba a construirme atractiva y descansar.

Cuando llegó el momento, me preparé como si fuera a participar en un concurso de belleza, habiéndome gastado más de la mitad de mis ahorros en ropa interior provocativa y puntillosa, maquillaje, vestido y peluquería.

En la calle me confundían con una actriz de cine, ya me había hecho la agenda para los teatros, los conciertos y demás lugares culturales. Mi hijo tenía que tener un padre músico, actor, pintor, director de cine, escritor o dibujante. Esa noche pensaba ver una obra muy recomendada por los críticos más respetados.

En el hall había de todo, un ramillete de actores destacados y conocidos sonreían mientras hablaban con sus voces sensacionales. En otro lugar, gente común y vulgar hacia bulto rellenando el ambiente como confites baratos en una torta de mousse de chocolate, crema chantilly, merengues y frutillas, rociada con el mejor vino añejado durante décadas. Las luces de arriba volvían de porcelana los rostros pulcros y misteriosos de los actores, los veía, y no podía imaginar otra cosa más que a mi hijo estrenando una obra para luego ser premiada en los mejores festivales, aplaudida por públicos de todas las nacionalidades, de pie, eufóricos, mi hijo en todas las tapas de revistas y diarios, programas de t.v, mi hijo tomando las riendas de la historia. Un ligero flujo jadeante penetró la bombacha, una gota cayó al suelo, rápidamente la tapé, pisándola con el zapato de raso, los de fiesta.

Me despejé para poder accionar, aunque mis ojos brillaban demasiado por más que intentara calmarme. Y pasando entre medio del grupejo de actores, mirándolos de reojo, haciendo trompita, me introduje en las butacas, estaba segura de que pensarían que yo era una actriz extranjera o algo similar. Una vez adentro, me fue imposible concentrarme en la obra, era tan larga y pesada, pero aproveché la distracción, sin perder tiempo, para dar un vistazo a mi alrededor, para ver y elegir al más conveniente. El grupejo se había dispersado, a tres lugares de mí, estaba uno de aquellos actores, después había otro hacia atrás, en diagonal, a los otros tres no pude encontrarlos. Eran bastante atractivos, de mediana edad, pero qué importan los años, después de todo, el semen sería de la misma calidad y talento.



FOTO: BETTINA RHEIMS

Al cabo de casi dos horas, después de unos aplausos incandescentes, me puse de pie para chocar las palmas al unísono de mis ovaciones, para llamar su atención, elegí a uno, y lo seguí.

Serían aproximadamente las doce de la noche. Tomó por una que se ramificaba con la avenida al estilo de los ríos. El ruido de mis tacos detrás de sus pasos era bastante obvio, el tic tac de un reloj de sexo y maternidad. El aminoró la velocidad de su andar, pero no dijo nada, como un venado que ya no resiste y se deja atrapar por el león, ya deseoso de ser mutilado. Pasé lentamente a su lado y lo miré.

El me miró, pero no dijo nada, en ese segundo, al mirarle el rostro, visualicé una clínica y una camilla y a mi bebé, con sus mismos ojitos verdes. Me imaginé que a pesar de su oficio, sería tímido, así que le hablé. No dijimos mucho, le expliqué que había estudiado teatro durante muchos años y que ahora estaba viviendo en el exterior. Le dije: mi nombre es Margarita Lucía Gorogosca. Le cambió la expresión, entonces yo sentí que íbamos de la mano vestidos con túnicas en un bosque entre una brisa suave y hojas verde oscuro, como en una postal del día de los enamorados, le dije que mi vuelo salía la semana próxima. El sonrió. Escuché la frase lentamente, un susurro, hubiera querido grabarla, tengo un grabador de periodista en mi casa, pero, en fin, me conformé con ver y grabar en mi mente cómo su boca, que había visto en tantas películas moverse al compás de frases únicas, inmortales, de los más grandes autores, modulaba aquellas palabras exquisitas: - Vayamos a tomar algo ¿Querés? -.

Yo me deshacía en un grupo de sies desahogados, ya casi era como si lo sintiera, me temblaban la cabeza y las manos a toda velocidad. Mis mejillas hervían.

Llegamos a un restaurante lleno de personajes famosos, todos me veían entrar con él, veían cómo me corría la silla para que me sentara, cómo me sonreía, a mí, solo a mí, el futuro padre de mi hijo, mientras le miraba el mentón partido veía la primera ecografía, sería varón, igualito a él. Igualito a él, de nuevo se me había mojado la bombacha, pero lo ignoré, no quería sugestionarme, si me seguía mojando mis puntillitas iban a tomar olor. Durante la cena, estudiaba todos sus rasgos, tenía unos dientes perfectos, mandíbulas cuadradas, esos gestos, esas manos, sobre todo esas manos, y su semen espeso de éxitos que lo adivinaba por su manera elocuente de hablar. Tuve suerte de que me creyera toda la carrera de obras y giras y películas que tuve que improvisar. Podría haberlo echado todo a perder quebrando la voz de los nervios, o delatándome con alguna imbecilidad, pero justamente, allí vi que el destino estaba de mi lado, fue la prueba de mi luminosidad. Estaba tan ansiosa que no podía masticar, tragaba los trozos de carne enteros para apurar las horas, necesitaba a mi bebé cuanto antes, la humanidad lo necesitaba.

Pero después de la velada, no me invitó a su departamento, me dijo que me llevaba a mi hotel, y yo no tenía hotel, tenía una habitación en una pensión de mala muerte repleta de viejos jubilados panzones con camisetas de dormir que comían salame a toda hora y familias con hijos e hijos, interminables chicos descalzos moqueando. La sonrisa se me había derrumbado, por dios, nunca había sentido tanto dolor de golpe, pensé que me asfixiaba, pero la cosí rápidamente intentando dejarla intacta, como hace una novia con un ojal que se descose de su vestido minutos antes de la boda. Entonces, sin importarme nada ya, lo besé. Revolví su lengua resfregándola por todo mi paladar, mis encías, la llevé hasta la campanilla, donde una sensación de arcada me interrumpió, pero pisoteé la dificultad, y en medio del vaivén del maremoto de salibas, le arrebaté las manos y las enchufé a mis pezones, con la rodilla en su entrepierna y mi lengua mudada a las venas anchas de su cuello, podada y trasplantada entre su clavícula y su mentón. Tenía que llevarme a su departa-

mento, no lograría arrebatarme a mi hijo. Noté una leve erección, entonces sonreí con malicia, sintiéndome vencedora, ahora tendría lo mío.

Paró un taxi y me llevó a un hotel alojamiento, me negué a entrar, mi hijo debía ser concebido en su hogar, como debe ser. Continué mi maniobra logrando una erección mayor, entonces logré introducirme en su casa. Era preciosa, tenía dos pisos y un jardín inmenso. Yo la había visto en una revista una vez, pero en vivo y en directo, no tenía comparación, era un cuento de hadas. Me llevó al patio donde dormían los perros, diciendome que tenía esposa e hijos dentro de la casa. A mí no me importó, su semen sería mío, igual que su hijo. Me acostó dentro de la cucha del Gran Danés, que era la más espaciosa, un olor penetrante a comida y materia fecal me había adormecido el olfato. El perro jadeaba tirando de la correa, intentando arrancar el tronco del árbol donde había sido atado. La oscuridad era casi total, apenas podía ver su boca entreabierta, estaba tan nerviosa que no me daba cuenta de nada, era como si me lo estuvieran contando, o estuviera viendo una escena erótica de alguna película suya. Cuando sentí el semen, estaba tan emocionada que prácticamente no podía hablar o suspirar, pero no me distraje ni un segundo, cuando se despegó de mí, subí las piernas inmediatamente, colocándome un tampón para bloquear la salida de mi futuro hijo. Me vestí a medias y huí en medio de la oscuridad atravesando el jardín corriendo. No quería perder un solo minuto para disfrutar de mi embarazo con cuidado y dedicación.

Entré a mi cuarto y aguardé, realizando la menor cantidad de actividad posible, días y días comiendo yogurth y cereales, sin atender llamadas telefónicas ni hablar con nadie, pendiente del crecimiento de mi feto.

Al mes, quise esperar dos semanas más para hacerme un test de embarazo, pero lo terrible surgió desde el peor de los infiernos. La primera gota de sangre, manchando la blancura de la bombacha esparciéndose como la peste, la gota de la desgracia, lo único que se me representó en ese momento fue la lágrima de sangre que festejan los creyentes de la virgen milagrosa, la virgen habiéndome trasladado su lágrima en medio de mis piernas, y su pueblo felicitándola con pancartas, su pueblo, todos los hombres que me cojieron y no me dejaron embarazada, ellos me echaron la maldición. Di un grito desnivelado, un aullido desde el vientre, el hijo de puta había fracasado, mi hijo estaba muerto otra vez. Derrumbé cada adorno de la repisa, mesa y mesita, como un tornado sanguinoliento que salpica lágrimas, mocos y menstruación, por cada rincón, ida. Después de unos días recobré el sentido, encontrándome tirada en medio de un costal de ropa, al lado de la mesa volcada, me levanté tambaleándome, sin ganas de ordenar. Me miré en el espejo, tapándome con una bata subí a la terraza, intentando olvidar el caos de mi hogar, agotada. Allí me recosté sobre las baldosas y me dormí mirando las estrellas y los aviones que pasaban de un lado a otro, como mosquitos.

Al despertar, el sol se me metió en los ojos como si hubiera abierto los párpados dentro de un estanque lleno de sapos e insectos. Me resfregué la cara y me tapé con la bata, me había olvidado que estaba desnuda. Al llegar a mi cuarto, ordené haciendo, un poco más despejada. Ya estaba de un humor más saludable para comenzar nuevamente la cacería de mi hijo.

Pero algo empezó a molestarme en la vulva y a la altura de los ovarios. Había escuchado casos aislados de mujeres que quedaban preñadas aunque menstruaran. Una felicidad eléctrica se acumuló en mi garganta, no sabía pero intuía algo, quizás no estuviera todo perdido. Dejé todo como estaba y me dirigí directamente a la ginecóloga. Ella me dijo que volviera en una semana, no quiso adelantar nada. La sensación de vibración en aquellos puntos ahora se volvía más fuerte, de vuelta el aislamiento y los cereales.

El día de la consulta llegué a primera hora, con una sonriña de

ciuela mostrando la pulpa de mis encías. Parecía una colegiala esperando la nota del primer examen. Me recosté desnuda en la camilla, las sábanas estaban radiantes como el vestido de una novia virgen. Mi pelo en abanico sobre la almohadilla y mis ojos besando los guantes esterilizados de la doctora. De pronto vi un gesto de repulsión que le brotó de golpe, como una infección en el rostro. Me tapó con una sábana y me miró seria.

-¿Dónde vive usted?

-En una casa ¿Por qué?

-¿Por qué? Quiere que le diga porqué, señorita, usted tiene algo que es muy común en las villas miserias, tiene depositados en los labios de la vagina y por lo que pude revisar, dentro de útero, huevos de mosca.-

-¿¿Qué?!

-Sí, las moscas, en su época de apareo, cuando consiguen preñarse, comienzan a buscar un sitio para depositar los huevos, preferentemente un lugar sucio y pegajoso, usted sabe que se viven revolcando entre las heces de perros y en alimentos putrefactos, por lo tanto, buscan un medio similar, sobre todo para que cuando sus larvas nazcan, tengan de qué alimentarse. Se ve que usted muy limpia no es. ¿Estuvo expuesta al aire libre?

-Sí, dormí sin ropa en la terraza.

-¡Ahí está! La mosca se introdujo en sus ovarios regando su interior y el cuello de la vagina con sus crías.

-¡No! ¡¡Nooooo!!

-Cálmese, señorita, que estamos en un consultorio.

Me había puesto a llorar, dispuesta a romper y tirar los adornos del lugar, como usualmente hago en mis crisis, pero ella me detuvo: si no se calma, me verá obligada a llamar a los enfermeros para que la encierren en las celdas psiquiátricas y la dejen allí hasta que se retuerza de locura y enfermedad y termine podrida vomitando medicación hasta matarse.

Su amenaza me penetró como si me colocaran una pelota de medias sucias dentro de la boca. Muy bien, me callé. Apenas lloriqueando le pregunté por la solución.

-Las de la vulva, se las puedo sacar con una pinza ahora, pero las del útero no, con esas no se podrá hacer nada hasta que rompan el capullo.

Me resigné a hacerle caso, viéndola con aquellas pinzas como si sostuviera palillos chinos a la caza de comida. Cuando terminó, me vestí y me fui, directo a mi hogar.

Allí me quedé deprimida en la cama hasta la segunda consulta, los siete días enterrada en las sábanas, perdida en las profundidades de las pesadillas y amaneceres terroríficos, con el sol entrando como la baba de un demonio rociándome el cuerpo como con meo hirviente.

Demacrada, me vestí con una pollera larga y holgada, tenía los labios vaginales fluorescentes, irritados, era una pelota de carne hinchada y ardorosa que no me dejaba cerrar las piernas. Un movimiento constante se producía dentro de mí, como patadas que rompían y agujereaban la panza de la madre de un feto monstruoso.

La doctora siempre con su sádico gesto.

Me desnudé con vergüenza, imaginando lo que sería ver aquel

"Algo extraño empezó a ocurrir cuando sentí el traslado de las larvas arrastrándose desde mi útero hacia el exterior, rozando mi agujero genital: se había apoderado de mí un ligero instinto maternal."

espectáculo, como ver una pila de gente quemada y deformada por la bomba atómica, los cadáveres derretidos en una pila.

Ella sonrió.

-Ya están naciendo, escucho los zumbidos, están por venir, los gusanillos deben estar rompiendo el cascarón.

Tuve un ataque de nervios, así que fui asistida por unos guardias, que no sólo me humillaron, viéndome en aquella situación, sino, que además, me sostuvieron de manos, piernas y cabeza, como si fuera un peligroso criminal. La doctora parecía emocionada, como si esperara al bebé más hermoso y más sano del mundo.

Pero, luego, algo extraño empezó a ocurrir cuando sentí el traslado de las larvas arrastrándose desde mi útero hacia el exterior, rozando mi agujero genital: se había apoderado de mí un ligero instinto maternal. Sentía todo el recorrido de sus babosos cuerpillos deslizándose hasta la camilla de manera especial. Cuando terminaron de salir, me ayudaron a sentarme para contemplarlos. Estaban allí, desparramados sobre mi vulva sobredimensionada. Sonreí, igual que la doctora, que los levantó en su palma para que los mirara. Los sentí míos, mis larvas, mías y de nadie más. Pero la doctora me dijo que no tenía que encariñarme, porque la madre mosca reconocía los nidos por el olor, y que en ese momento estaría buscando a su cría, y que no tardaría en llegar al consultorio.

IDENTIKIT

1- Jazmín Rada.

2- 6 de Agosto de 1978, en Buenos Aires.

3- A escribir, actuar y dibujar, cada tanto, muy espaciadamente.

4- Admiro la manera de escribir de Nabokov, Dostoievsky, Burroughs y Faulkner.

5- Muchos, todos podría decir. En especial uno que miraba cuando tenía entre cinco y siete años, de paleontología ilustrada donde había escenas de pterodáctilos y varios animales prehistóricos en acción, haciendo lo de todos los días, la vida cotidiana de ellos. Me fascinaba tanto que pensaba que el libro era como una película que yo estaba adentro y no quería que terminara nunca. Después también cuando era chica, tipo nueve, diez años, libros de pintura donde había desnudos, gente desnuda haciendo algo, teniendo sexo, a veces en situaciones eróticas violentas; collages pop también con desnudos y por otro lado, escenas del catolicismo, Jesús en la cruz con los pies lastimados y angelitos. Más adelante, a los trece, empecé a leer libros de literatura que ahora, en general, no me gustan, como **El hombre que fue Jueves**, de Chesterton, También cuentos de Kafka, Cortázar, **Las flores del mal** de Baudelaire que sí me gustan.

6- Cuando empecé a mostrar lo que escribía. Antes no quería que lo viera nadie y ahora quiero que lo vea todo el mundo; pero por sobre todas las cosas, cuando me gustó mucho una persona y me enamoré, entonces le empecé a mostrar todas mis cosas y como veía que le gustaban, seguí y seguí. Se llama Sebastián.

7- Todos los días, excepto alguna que otra vez, en el comedor, con luz artificial, en mi cama o en el living con luz natural, muy cerca del balcón. No tengo horario fijo con la máquina de escribir.

8- Editar en algún lado la novela que escribí, **La versión de los mamíferos**, seguir y en algún momento, no sé cuando, terminar la que estoy escribiendo ahora. Seguir el guión que estoy haciendo y hacerlo película. Y cambiar.

9- Sebastian y aveces algunos amigos por teléfono.

10- El colegio, allí me di cuenta de todos los manejos sociales que detesto desde siempre. Entonces desde siempre empecé a desarrollar una vida paralela para sentirme mejor, a borrar rápidamente los límites de todo lo que se suponía, tanto en actos como en relación a las personas. Creo que eso tampoco me alcanzaba. Adopté además una tercera vida paralela, en donde todo era como a mí se me daba la gana, escribiendo, dibujando, actuando, y a veces siento que eso tampoco llega a completarlo todo y que necesito una cuarta y quinta vidas paralelas más.

11- Algunos de Leonard Cohen, varios de David Bowie, el **Album Blanco** de los Beatles, Julie Cruise en Twin Peaks, Björk, a veces, algunas canciones de The Cure, **Let it Low**, de Nick Cave. Algunas cosas de Marilyn Manson, algunas cosas de Frank Sinatra. En su momento **Never Kind the Rocks** de Sex Pistols, **Cómo conseguir chicas** y **Parte de la religión** de Charly García.

12- Demasiadas. Casi todas las de Polanski, **Los pájaros** y **Vértigo** de Hitchcock y muchas de Buñuel.

13- Demasiadas. Casi todas las de Polanski, **Los pájaros** y **Vértigo** de Hitchcock y muchas de Buñuel.

14- Demasiadas. Casi todas las de Polanski, **Los pájaros** y **Vértigo** de Hitchcock y muchas de Buñuel.

15- Demasiadas. Casi todas las de Polanski, **Los pájaros** y **Vértigo** de Hitchcock y muchas de Buñuel.

No me van a sacar a mis larvas, son mías, pensé.

Por una vez tenía una pertenencia, algo para siempre, algo que realmente me pertenecía, la doctora me había dicho que no, que pensara que era como si me hubieran alquilado el vientre, pero lo decía porque estaba envidiosa, porque ella era vieja y ya no podía tener hijos. Así que los junté en mi mano y ni bien los guardias y la doctora se distrajeran con preparativos de no sé qué, me levanté y comencé a correr, con las piernas separadas, por el inmenso dolor que me causaba la infección, chorreando flujo y pus. Pero los tipos me capturaron, agarrándome de la espalda. Las larvas cayeron, grité desesperada, no me soltaban y las larvas se estaban secando. Presentí la tragedia. Quise soltarme, avisarles, pero ellas se adelantaron y una vez secas, volaron por el pasillo hasta la primera ventana abierta. Me desmayé del disgusto. Al despertar estaba atada a una camilla con varias tiras de cuero. La doctora me estaba hablando de algo relacionado con la posesión y la maternidad, recordé que mis niños se habían volado, dejándome otra vez sola, desagradecidos y malos. Pero no estaba vencida, de ninguna manera. Esperaría calmada, simulando ya estar tranquila, habiendo superado el problema ocurrido, y cuando menos lo esperaran, me escaparía para concebir a mi bebé. Y entonces nadie, absolutamente nadie podrá escapar del poder de mi hijo. ■

FOTO: DIANA ARBISER



Las de Godard. Casi todas las de Almodóvar. **The killer** y **Contracara** y otras de John Woo, **Maldito Policía** de Abel Ferrara, **Labyrinth**, **El mago de Oz**, **Lo que el viento se llevó**. **La ceremonia** y **La carnada** de Chabrol, **Los cuatrocientos golpes** de Truffaut, **La ley de la Calle**. Casi todas las de David Lynch y Tim Burton. **Rebelde sin causa**, varias de Fellini. **El ciudadano**, y **Sed de mal** de Orson Welles. Algunas de Kieślowski, de Beineix y Leo Carax. **Perdida Durango** de Alex de la Iglesia, **Pulp Fiction**. **Taxi Driver**, **New York New York** y **Después de hora** de Scorsese, y muchas otras más.

«Dinamita» Coria

POR RODOLFO ROMANUT

A mi viejo, in memoriam

Parece mentira, pero hoy se cumple un año del adiós a un campeón. Me toca recordarlo en esta crónica porque fui yo quien le hizo el último reportaje, y no recuerdo haber notado nada que presagiase lo que ocurriría una semana más tarde. Nos habíamos citado en el bar del Hotel MGM de Los Angeles, donde aguardaba el combate contra el campeón mundial de los medianos.

Mientras yo bebía un martini seco y apreciaba el lujo del ambiente, «Dinamita» se había empeñado en bajar de la silla y lustrarme los zapatos. El aspirante a la corona mundial seguía humilde, trabajador como siempre. Y terco como mula de madera: El detalle de que yo calzara zapatillas no lo disuadió. Siempre había sido un muchacho voluntarioso, pero se acercaba a los límites de la cordura y se lo expresé con severidad. Estaba a punto de pelear por el título, y ahí andaba, atendiendo los pedidos de los huéspedes con la caja de betunes a la espalda. Era evidente que a diferencia de otros púgiles, Coria carecía de temperamento de estrella. Su vanidad era igual a cero. No era de esos que buscan notas periodísticas, salvo cuando hacía changas en la receptoria de avisos clasificados, en Rosario.

Esa misma mañana, al ir a concertar la entrevista para este semanario, lo había encontrado en el segundo piso del hotel, ocupado en hacer las camas y limpiar los baños de las habitaciones.

- Me pagan bien - sonrió a modo de disculpa, mientras enjuagaba el trapo de piso sobre un balde.

Ante mi gesto de incredulidad - y de alarma -, me explicó que su estadía en Los Angeles sería de unos quince días, lo que significaba, a nueve horas por jornada, unas 120 horas de trabajo, sin contar el franco dominical y el día de la pelea, para el que había solicitado permiso especial. Considerando la estricta disciplina laboral que rige en esa ciudad, estimé que Coria había tenido suerte en que le dieran el día y la noche libres para combatir.

Esa tarde, mientras acababa con mis adidas, redondeé el concepto.

- Es la gran oportunidad de mi vida -decía, atacando con el cepillo el pote de pomada negra. Su mirada se iluminó, infantil y crédula -. ¿Usted me imagina, señor Zarlenga, llevando el título a casa?

- La verdad que no -le dije.

- ... mejor dicho ¡a Nuestra Señora del Rosario! - alzó la mirada aindiada, de ilusiones aún invictas, al cielorrasso del hotel, como buscando a su protectora-. Si gano le dedico el título y me

retiro, porque en el fondo me disgusta pegarle a otros.

Es cierto que todos los boxeadores dicen lo mismo y después le pegan hasta al espejo, pero el caso de Coria era distinto. El morocho rosarino era profundamente devoto de la virgencita, y lo confirmaba la estatua de escayola coloreada que llevaba consigo a todas partes. Solía ubicarla sobre la mesita de luz de su habitación de hotel, junto a la estampita de San Cayetano y la foto de su madre. Antes de cada combate, el púgil rosarino consagraba sus guantes, sus botas y su pantalón, en una ceremonia casi oriental por lo meticulosa, a esa efigie de manto azulado y expresión piadosa.

Los sábados solía combatir en la Federación de Box de Rosario o en pueblitos del interior, y a veces en Buenos Aires. Los domingos por la mañana, ganara o perdiera, auxiliaba al sacerdote de la parroquia de su barrio, Don Fermín, como monaguillo. Era fácil identificarlo en la misa de once por los cardenales y moretones en el rostro cetrino, por los párpados inflamados, o por el protector bucal que a veces, golpeado, olvidaba quitarse tras la pelea. Coria quería a la gente. Como era medio albañil, daba una mano a los vecinos con el fratacho y la mezcladora de cemento, aunque el uso del nivel y la plomada siempre lo desconcertó, y sus paredes se derrumbaban a los pocos días. La gente respondía con ese cariño parco, silencioso, resentido, casi peligroso, típico del pudor popular. Lo seguían. Y no siempre para robarle. Cuando le tocaba hacer un semifondo de local, o animar una fiesta en Venado Tuerto o Elortondo, allá estaba la barra coreando su apodo. Un apodo que ganó una siesta de verano, en su infancia humilde, tronchada de esperanzas como un cuerpo caído aparatosamente bajo las ruedas del Estrella del Norte. ¿Dije que había sido pobre? Lo repito. Para pintar su retrato es imperativo usar el grueso carbón de la desgracia, sin rehuirle a la pincelada cruel, ni al baldazo a quemarropa.

Deseosos de jugar un picado, Coria y sus amigos habían improvisado una pelota de trapo que más parecía un matambre. Pero el panadero de la cuadra no lo quería a Coria. Hay gente así, que odia a los menesterosos. Y tenía un perro, el panadero. Un doberman. El hombre se sulfuró porque los gritos de los pibes no lo dejaban dormir la siesta. Según la esposa apenas quiso asustarlos. Y tenía su técnica para asustar. Soltó al perro de su cadena, gritó «¡Matá!» y abrió la verja de alambre.

El «Duce» (así se llamaba el can) lo tenía entre ojos a Juancito. El chico nunca le había hecho nada, pero los perros tienen sus

obsesiones. El futuro pugilista estaba parado entre los adoquines que formaban uno de los arcos cuando el enorme animal saltó elásticamente en el espacio, las mandíbulas abiertas, los colmillos dejando una estela de baba, los ojos llenos de furia homicida. Se cuenta que Juancito, brillando como un santo, levantó la zurda y le asestó al perro en el aire un trompazo que le descuajeringó el cerebro para siempre. Cuando quisieron acordar, el doberman estaba tirado en la calle, cabeceando como un borracho. Aunque el puño de Coria quedó del tamaño de un melón por varios días, ya iba camino al mito. Desde entonces lo apodaron Dinamita.

La vida, me doy cuenta, se parece a una calesita. Años más tarde, Coria volvería a enfrentar a un perro: por una extraña ironía, el cetro del mundo estaba en manos de un hombre que respondía al apodo de «Doberman», debido a la ferocidad de su estilo. Y a que tenía las cejas teñidas de amarillo, porque era negro y su idolo era Dennis Rodman.

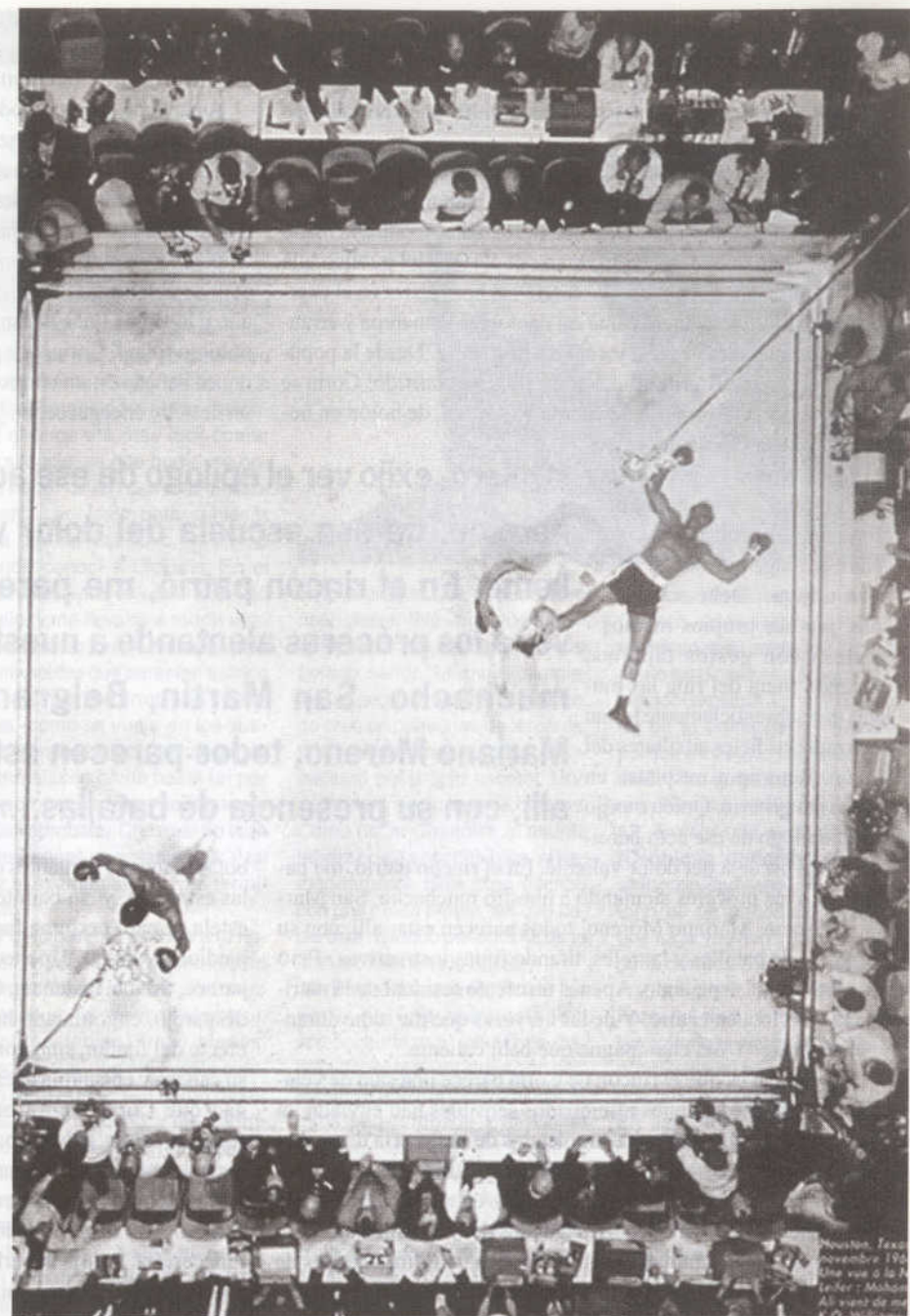
A minutos del gran combate, las apuestas daban favorito a Jackson por 153 a 1. El argentino subió al ring con su bata celeste y blanca, y recibió el abucheo de millares de gargantas hostiles mientras hacía su rutina de fintas y flexiones contra el encordado.

El resto es conocido. Todos recordarán que esa noche «Doberman» Jackson estaba demoliendo al púgil de Rosario. Todos recordarán, descarto, que entre la quinta y la sexta vuelta tuvieron que lavar el ring con una manguera para quitar la sangre esparcida sobre la propaganda de cerveza, ya que así lo exigieron los representantes de la fábrica, al notar que los televidentes no podían descifrar la marca. Todos recordarán para siempre el llamado en off de Paluggi, el segundo de Coria, pidiendo dadores de sangre, y que yo no pude ofrecer la mía porque me desmayé de impresión. Y todos recordarán que Coria, motivado por la sangre de algunos rosarinos de ley que lo habían seguido hasta Los Angeles, salió a discutir la pelea con otros argumentos. Yo no lo recuerdo. Lo que sí alcancé a ver, tras recuperarme del vahído, fue la segunda paliza que le propinó Jackson, creo que durante la decimosegunda vuelta. Coria besó la lona cuatro veces. Dos de espaldas, una de frente, y otra de tres cuartos perfil. Cayó con la boca abierta, el protector a un lado en la lona sucia, los ojos vidriosos, casi frente a mí. Aproveché para tenderle el grabador de mano y sonsacarle una declaración, pero su humildad, y la falta de varios de sus dientes, le impidieron responder. Pude notar, al verlo de tan cerca, que la nariz estaba malamente quebrada, y que uno de los arcos superciliares exhibía un

corte tan profundo que permitía vislumbrar el cerebro.

No era necesario ser especialista en box para percibir algo rotundo: sólo un milagro, o dos o tres, podían salvar a Coria de la derrota por K.O.

Se levantó, apoyándose en dos piernas de goma. El árbitro le tomó los guantes para testar sus reflejos, y tras hesitar un par de segundos y sacárselo de encima, le permitió seguir. Sonó la campana, terminando el round. Vino el descanso, la duda de Paluggi con la toalla en la mano, la negativa desesperada de Coria. Luego comenzó la masacre. A veces, cuando la luna llena me deja insomne, vuelvo a escuchar esos impactos, esas detonaciones secas, y las imágenes se agolpan nuevamente en mis pupilas: faltan dos vueltas para el final; un bombardeo de trompadas, un huracán de sopapos, una precisa, maquinal, casi pedagógica sucesión de tortazos de todo calibre y procedencia, incluido el terrible golpe de maza alemán dado sobre la coronilla del oponente (inventado por Joe «La Polla» Smithers en Peoria, Illinois), doblan las rodillas del retador volteándolo por enésima vez.



Houston, Texas
Noviembre 1964
Una vez a la P.
Teñer: Mohon
Allí está de me
a la 100000

Cruzo una mirada agónica con García Blanco, que relata para la tv. Menea la cabeza. *Es el nocaut*, me grita, sin cuidarse de cerrar el micrófono. El árbitro inicia la cuenta, apurándose para terminar cuanto antes, mientras "Doberman" se aleja a un rincón neutral.

Cierro la libreta de apuntes, llena de salpicaduras color escarlata. Es el final de un sueño. Me levanto de la butaca para retirarme al hotel. Cuando llego a la salida del estadio, y estiro la mano para llamar un taxi, escucho el rumor, el clamor del público allá adentro. Giro, aún escéptico. La sangre me hormiguea en el cuerpo. El taxista se impacienta ante mi demora. Me increpa y arranca. Yo escucho otras voces, y regreso corriendo. Desde la popular veo la causa del griterío. Lo imposible ha ocurrido: Coria se ha levantado. Aferrándose de cuerda en cuerda, de botón en botón, el rosarino está nuevamente de pie. Nunca ha perdido por la vía rápida, y ya es tarde para aprender. El árbitro, mediante señas, le exige que suelte su camisa a rayas. Debe sostenerse solo, por sus propios medios - expresa con gestos tajantes, pateando fuera del ring las mulas que subrepticamente le han deslizado sus fieles auxiliares del rincón. Retorno a mi platea en medio del griterío. Quiero, exijo ver el epílogo de ese acto heroico,

«Quiero, exijo ver el epílogo de ese acto heroico, de esa escuela del dolor valiente. En el rincón patrio, me parece ver a los próceres alentando a nuestro muchacho. San Martín, Belgrano, Mariano Moreno, todos parecen estar allí, con su presencia de batallas...»

co, de esa escuela del dolor valiente. En el rincón patrio, me parece ver a los próceres alentando a nuestro muchacho. San Martín, Belgrano, Mariano Moreno, todos parecen estar allí, con su presencia de batallas y laureles, tirando fintas instructivas. Pero no, claro, es un espejismo. Apenas un efecto residual de la marihuana que flota en el aire. Y de las cervezas que me tomé durante el combate. Y del champagne que bebí caliente.

La realidad es que el rincón de Coria parece una sala de velatorios. De hecho, algunos aficionados sensibles han enviado un par de coronas fúnebres, que empleados de la floristería depositan sobre tripodes cromados en el rincón argentino. Allí, entre las rosas, los cirios, y los deseos de descanso eterno en letra dorada sobre fondo azul, los ajetreados segundos de Coria trabajan como escultores con merthiolate, masilla plástica, parafina, sachets de plasma, agujas para coser pelotas de cuero e hilo sisal. Con estos elementos cierran las heridas cortantes del rostro y del tórax, donde una incisión profunda deja entrever el corazón, que late a los tumbos tras las costillas blanquecinas.

Pero todo es inútil. Coria se desmaya. Entra en coma. Cae su cabeza a un lado, como si en lo alto alguien hubiera cortado los hilos que la sostienen. Temo que esté muerto. *El box se ha cobrado otra víctima*, lamenta García Blanco al micrófono. El árbitro, por suerte, no se ha dado cuenta. Sino le vendría a contar al rincón. Paluggi agarra una toalla y la revolea hacia el centro del ring, acaso un poco tarde. No alcanza a arrojarla. Una luz extraña, fantasmal, se enciende sobre nuestras cabezas. Paluggi baja la toalla y se cubre los ojos con la palma ensangrentada. *Vaya lugar para poner un reflector*, escucho gritar a García Blanco, enardecido. Yo miro con atención, pero he perdido los anteojos. Me encandilo igual. La luz forma una figura etérea y translúcida. Intuyo una nube. Sobre ella, una silueta de mujer. Una mujer envuelta en un manto azul iridiscente, que desciende sobre el rincón del retador. Dudo un instante. Luego comprendo y me persigno. No hace falta ser un experto en boxeo para entender de

que se trata: es la mismísima Virgen del Rosario, que se inclina, solicita, sobre el boxeador inane en el banquito, en una escena que tiene algo de estampita.

A partir de entonces todo sucede como en sueños. Algunos videntes privilegiados alcanzamos a percibir la aparición en el ring. Dos o tres nos golpeamos el pecho culpable, arrepentidos de nuestras faltas. Otros gritan desaforados, sobretodo los mexicanos, y empiezan a pechar para ganar el cuadrilátero y pedir favores. Me empujan y pisotean - algunos se trepan a las sogas con el evidente afán de obtener una bendición-, pero la policía reprime con eficacia, y luego de unos instantes de demora la campana llama al penúltimo round. Coria, que parece un espantapájaros ensangrentado, es bañado en un chorro de luz. Desaparece por un instante en un destello enceguecedor, y luego resurge. Un murmullo de incredulidad sacude al estadio. Me paro en la butaca para tomar nota del milagro. Me cuesta creer lo que veo, en especial cuando un artero empujón me envía de cabeza a la minifalda de la rubia sentada delante junto a Don King -que grita *Castrou! Castrou!*, pero no hay dudas: "Dinamita" Coria es otro hombre. No por los gritos del millonario promotor, sino porque sale a combatir sereno, medido, casi alegre. Luce el pantalón inmaculadamente limpio, las

botas blancas y brillantes con sus flecos celestes, como si recién las estrenara, y su bailoteo elegante por el ring va dejando una estela de caro perfume francés. Hasta luce peinado. Con raya al medio, es verdad. Tipo techo a dos aguas, a la antigua. ¡Si hasta parece, así a la distancia, Ceferino Namuncurá! El cabello duro, desperejo, engominado hasta la exageración, brilla no sólo por efecto del fijador, sino por el resplandor de un aura que enmarca su cabeza y encandila al campeón y al árbitro. Esa es la oportunidad que Coria vino a buscar desde Argentina. "Doberman" Jackson sale a pelear con los ojos fijos y la guardia incierta, ciego como una liebre ante los faros de un jeep. "Dinamita" no pierde tiempo en amagues: lanza sin misericordia el zurdazo definitivo. Ahí llega, directo y letal. La caída del campeón es casi innecesaria. Podría haberla obviado, saludar y retirarse antes del cuadrilátero. El argentino levanta los brazos y cae de rodillas, agradeciendo a la Virgen que sonríe desde su nube. Los flashes parpadean, los plateistas miran la escena con muda sorpresa, y los apostadores reniegan de su suerte. Los segundos de Coria, y algunos connacionales cargando una bandera, invadimos el ring para abrazarlo, para juntarnos en la celebración con el ídolo de Rosario. No podemos. Coria, aún con los brazos en alto, mira para abajo. Está alarmado, y con razón: sus pies flotan a unos dos metros de la lona. A tres. Patalea con vigor, queriendo bajar. Después de todo, tiene que recibir el fallo de la pelea, el cinturón de campeón, y la bolsa de dinero. En el centro del ring, junto a este cronista, Paluggi salta y hasta se trepa a los hombros del locutor que prepara sus papeles ante el micrófono, en un frenético intento de retener a su pupilo por los pies. Pero "Dinamita" está ya fuera de alcance. Ascende, sorprendido e ingrátido, hacia la silueta que lo aguarda arropada en su manto sarraceno.

Así, de la mano de la Virgen, Coria se retiró del estadio, del box y del mundo. Desapareció en el cielo de Los Angeles, y antes de perderse de vista saludó, creo que resignado, con los guantes en alto. No volveríamos a verlo.

IDENTIKIT

1- RODOLFO OMAR ROMANUT; o Romanutti, según el empleado aduanero que anotó los datos de mi abuelo.

2- Nací un 2 de junio, día del sádico (fecha de nacimiento del Marqués de Sade) y del bombero voluntario, aquí en Buenos Aires.

3- Trabajo como artesano desde los 20 años, haciendo juguetes de madera; los fabrico -y a veces hasta los vendo- en la Feria de la Recoleta. Creo que el hecho de participar de una feria artesanal es un fenómeno social que nos integra con el antiguo mercado callejero que ha ocupado -y aún ocupa, en ciertos lugares no colonizados por el shopping impersonal- un importante lugar en el intercambio cultural del mundo, ya que en esos lugares podemos relacionarnos directamente con elementos de otras culturas, a las que de otro modo no tendríamos acceso, y reforzar nuestra identidad al ofrecer un producto propio, en un lugar propio, y mediante una lengua propia.

4- Admiración: Shakespeare, por su potencia verbal y su sabiduría cruel. Cortázar, por su manejo del ritmo narrativo; Borges por su falta de complejos para tratar lo universal y por el humor presente en sus ensayos y en los personajes de Isidro Parodi, como Gervasio Montenegro. Envidia: me gustaría tener el optimismo de Bioy para escribir y reescribir sin desalentarme, y la billetera de García Marquez. Afecto: es un sentimiento que incluyo porque lo siento -o lo he sentido- por Cortázar, Bukowsky, Soriano, y el viejo Ezra Pound. Y por el Marlowe de Chandler, y por el Marlowe de Conrad, que me llevó a los Mares del Sur y me dejó la sensación de que si algún día desembarco allá, no será una llegada, sino un justo regreso.

5-Sobre Héroes y Tumbas, porque fue el primero -antes leía historietas-. Luego los cuentos de Cortázar. Habría que agregar los clásicos: Homero, Virgilio, Herodoto, y los hermosos cuentos de la mitología. Debo mencionar la literatura inglesa, sobretodo los cuentistas de principios de siglo. Jacobs, Saki, esa línea. Y del otro lado del Canal de la Mancha a Maupassant, a Marcel Schwob y a Jarry.

6- Cuando descubrí, luego de años de cómoda lectura, que necesitaba leer libros que aún no estaban escritos. Por otra parte, mi viejo era un buen narrador oral, y las anécdotas de sus viajes por el país, contadas a la hora de los postres en mi infancia, me influyeron más de lo que sospeché en su momento. Como yo tiendo a hablar demasiado rápido, descubrí que me era más fácil contar en silencio, ya que nadie me podía hacer callar -salvo yo mismo. *Last but not least*, debo confesar que alguna vez tuve un sueño donde conocí a Dickens. En el sueño Dickens era instructor de vuelo, y me llevaba a rendir examen ante un jurado de pajarracos humanoides que parecían salidos de un paisaje Carrolliano. Yo volaba -como se vuela en los sueños, con los brazos desplegados como alas- y hasta hacía un par de acrobacias, pero no recuerdo si salí aprobado. Creo que no eran catedráticos complacientes. Y tal vez el examen aún no ha terminado.

7- Por lo general escribo a la noche. A veces las mañanas se alargan hasta el otro día, pero cuando no es así escribo con un ritmo sostenido. Trazo planes, busco metas que me cuesta cumplir, pero que sirven como desafíos. Corrijo mucho, y he aprendido a no impacientarme en cuanto a la publicación de mis relatos, ya que creo que las cosas llegan cuando deben.

8- Justamente estoy luchando con los ingredientes de una novela policial de tono tragicómico que respete las reglas del género. También tengo algunos trabajos dando vueltas por concursos, y una novela de viaje lista para publicar. Junto notas, también, para un **Diccionario de Historia** en tono de acid-humour, desde la Conquista hasta nuestros días: creo que uno tiene derecho a dar su versión de la zoncera humana, como diría Jauretche.

9- Un amigo al que prácticamente a la silla con un borrador de novela -espantoso- es la primera persona que recuerdo haber atormentado en mi carrera de escritor inédito. Luego vinieron otras víctimas. Actualmente, mi mujer se lleva todos los laureles. Siempre que alguien lee mis cosas recuerdo el mensaje que envió un editor inglés



FOTO: JORGE BARROSO

a no recuerdo qué vate en ciernes; decía: *"He leído su manuscrito, señor. Oh, señor. Oh, mi estimado señor."* Mi mujer simplemente se duerme. Por otra parte, no creo en opiniones de terceros, ni en correcciones ajenas a la capacidad del propio escritor. Uno aprende a ser lo que es, o no es. Como decía Chandler, el asunto tal vez no sea escribir bien, ni tremendamente bien, sino escribir con una prosa propia, sin que nadie esté mirando por encima de tu hombro mientras lo haces.

10- Bueno, la nariz de Videla fue parte de una manifestación sociocultural que influyó de manera decisiva en mi formación personal, ya que me motivó a buscar otros países donde vivir. Como terminé recalando en Brasil, y aprendí el portugués, pude leer en su idioma a Pessoa, Queiroz, Guimarães Rosa, las imperdibles crónicas cariocas de Drummond de Andrade. Y, por supuesto, algunos historietistas como Jaguar, Henfil, Angeli y otros.

Otro factor que influyó fue el haber crecido en un entorno metalúrgico -mi padre era mecánico de una empresa extranjera, y yo también ejercí ese oficio en mi juventud-: el lenguaje de ese medio duro y sufrido, así como sus códigos tácitos de conducta, me marcaron con ciertos valores e influyeron en mi manera de ser. De todas maneras, esa nariz...

11-La Visita, de Loreena McKennitt. **Los celtas,** de Enya. Todo el *Genesis* de Peter Gabriel. *Piazzolla* y *Mulligan*. **Bahai** de John Coltrane. Todo *Caetano*. *Arolas* tecleando el *"Marne"* bajo la lluvia de la grabación, allá por el 18, en un disco que lo muestra posando para una foto inolvidable. **Pe-**

queñas anécdotas... de Sui Generis, escuchado a los 15 en un winco reformado que sonaba como los dioses. *"La Maestra"*, de Hector Gagliardi. Lo tengo grabado en el rígido de mi cerebro, porque mi vieja lo ponía todos los días. Creo que esos versos serán mis últimas e inevitables palabras.

13- Escribí una serie de relatos (*Crónicas deportivas de Washington Zarlenga*) adoptando el tono de un periodista deportivo que es la voz narradora en este y otros cuentos. *"Dinamita Coria"* fue inspirado por un personaje de Fontanarrosa: Cachín Medina, boxeador que pierde la cabeza por el cross de su oponente, y que sigue peleando sin inmutarse.

En este relato busqué plasmar con palabras lo que en la historieta se deja al dibujante, es decir aproximarme mediante los recursos de la lengua a la frescura plástica del comic. Era solo una premisa experimental; después, el cuento se hizo cargo de sí mismo, pero creo que algo de esa idea ha quedado flotando en el efecto general.

Al recibir la noticia de la mención me alegré por Coria más que por mí: creo que los méritos le corresponden a él, y además algunos personajes se nos hacen amigos, y uno quiere que les vaya bien.

Por último, creo que el escribir es un derecho que muchas veces no nos damos con total libertad, atados por el temor de no ser aprobados por el medio. Es importante desarrollar una técnica, pero también lo es el darle valor a la propia historia personal, que es la cantera de donde salen las mejores joyas: las verdaderas, las que sólo brillan para nosotros, esperando que las saquemos a la luz.

Perdido

POR JUAN BAUTISTA DUIZEIDE

Tení que hacer tiempo en la capital. Para una casa mala no me alcanzaban las chirolas. En cumplimiento de mis tareas -represento a los afamados *Licores Fernández*, elaborados y envasados en Juan Ene Fernández-, un chauffeur de taxi me había dejado pato. Un pillo, un bandolero resultó. Por culpa suya, tuve que andar saltando de un tramway a otro, *Peuser* en mano, por el resto de mi estadía. ¿Qué hago?, era el interrogante de la hora. Y bueno, me meto a ver una cinta. Si total ya tenía el pasaje de vuelta; lo iba pal-pando con la punta de los dedos, bien seguro al fondo del bolsillo.

Consulté el plano del centro en la guía, y una vez orientado marché en busca de Lavallo. Si me apuraba, llegaría justo para la función vermouthe. En los papeles parecía fácil. La cosa es que di vuelta tras vuelta sin encontrar la arteria de los cines. En uno de esos virajes, di con una cortada que me fue imposible identificar. Pero cuál no sería mi satisfacción, al divisar -embutido entre la escasa luz que dejaban las hileras enfrentadas de edificios-, el cartel vertical de una sala: *Gran Select*. Redoblé el paso. Quizás aún no estuviera perdida la tarde. A la atropellada, alcancé a

ver que en la marquesina anunciaban un título de una sola palabra pero enrevesado, sin traducir. Al pie, se aclaraban un poco los tantos: "Del portentoso creador de *Dracula*". Esa me había gustado. Y del julepe que le dio a mi acompañante, pude acariciarla sin piedad. Basta de trámites, resolví, y me mandé adentro.

El boleterero, desde su pecera, me miró frunciendo la jeta. ¿Qué le pasaba? Como siempre, según corresponde a un viajante que pregona los *Licores Fernández -la bebida que place a cualquier hora-*, yo vestía con elegancia, correcto y entrador sin caer en lo farolero.

-¿Está seguro de que quiere entrar a la función especial? Además, el filme está empezado -me rigoreó el fulano como si tratara con un muchachito inexperto.

-Deme una -lo maté con la indiferencia.

"Había unas hermanas siamesas, una gorda con mitad de cara bien y la otra barbuda como gaucho alzado, unos cosos con la cabeza formato bochín -encima pelados-, otro enano con más mate que tronco y uno sin brazos ni piernas que se movía tipo víbora de la cruz. Nada placentero de ver."

Mientras manipulaba el talonario sin dejar de ficharme, advertí algo: era tuerto. Escrutando con su único ojo, contó una a una las moneditas que le di. Recién después de eso me alcanzó la entrada. Estaba recibéndola, cuando sentí un insistente tironeo de manga y en consecuencia bajé la vista. Un petiso, qué digo, un legítimo enano, se prendía a mi traje como fox terrier. Lo fulminé con el visaje que me ha valido fama recia -y más de un éxito sentimental- en el club. El mamarracho comprendió los kilates que tenía enfrente. Y así llamado a sosiego, hizo su ofrecimiento:

-¿Lo guío, señor?

Serio, con una inclinación de cabeza, asentí.

Para qué. Si bien paticorto, el acomodador andaba como conectado a trifásica. Hablando mal y pronto, me llevó a los santos pedos por una escalerita media oculta y mal alumbrada. Confieso que en la diestra me pesaba el maletín, mayormente cargado con folletería y formularios de pedido. Al fin desembocamos en la sala, sin que yo me percatara cómo. Una rubia oxigenada de buen aspecto balcaneaba desde la pantalla.

Había como un cacareo por lo bajo que me hizo pensar en un lleno total. Mi guía terminó ubicándome a un costado, después de algunas idas y vueltas con la linterna entre los dientes. A la luz de ésta, que se ayudaba con el parpadeo del proyector, aprecié la facha canibal del tipejo antes de que se retirase bufando. Sería que no le di propina. Qué iba a hacer, si no me caían unos centavos ni bailando el malambo.

No me había terminado de quitar el sombrero, que ya estaba avivándose del clavo: la cinta era hablada en gringo. Como no contaba con más viáticos en mi haber, igualmente decidí quedarme.

La acción transcurría en un circo de esos de hace años, como los que sabían llegarse por la zona, con carromatos. La musiquita, típica, me caía de lo más agradable. Lo que se veía chocante eran los protagonistas: había unas hermanas siamesas, una gorda con



FOTOS: JOEL-PETER WITKIN



mitad de cara bien y la otra barbuda como gaucho alzado, unos cosos con la cabeza formato bochín -encima pelados-, otro enano con más mate que tronco y uno sin brazos ni piernas que se movía tipo víbora de la cruz. Nada placentero de ver. Por suerte, estaba la rubia esa. Más adelante apareció un forzado, también normal. Y otros enanitos; rubios y bien formados -ella y él-, pero que no se alzaban medio metro de la tierra. Nomás vuelva -se me incrustó entre ceja y ceja-, me asesoró bien a ver qué número es el enano y lo coronó con unos pesos.

La verdad, tampoco era confortable el lugar como para pasar el rato. Estaba muy húmedo y se alternaban corrientes súbitas de aire frío o caliente. Como además notaba una especie de trepidación bajo el suelo, supuse que alguna línea de subtes pasaría por allí. No soy un delicado de esos faltos de calle, había asistido a legítimas covachas en las que meaban desde el super pullman o chascos de ese tenor, bien de muchachones. Pero nunca una falta

Se me hacía difícil entender las peripecias de la pantalla sin captar ni jota del lenguaje. Pero pude colegir que andaban en teje-manajes extraños la oxigenada y el forzado. Cuando esos dos ya directamente mostraron la hilacha besándose, el petiso que tenía al lado los carajeó como si fueran de carne y hueso. Y cuando se rajaron con la plata de los enanitos, flameaba que apenas se podía tener en su butaca. Tanto que estuve a punto de llamarlo al orden.

La troupe de contrahechos se avivó de la matufia y salió a perseguir a los amantes. Iban todos los monstruitos bajo un chaparrón poniendo cara de malos. Uno, el privado de brazos y piernas, reptaba llevando entre dientes un puñal. Me hizo acordar al acomodador y su bendita linterna. Entretanto, no paraba la musiquita esa de circo, que junto con los olores apelmazados en la sala me trajo una sensación de encierro. Me sobraban las ganas de abandonar el sitio. Pero debía ser muy temprano. ¿Qué iba a andar haciendo por esas calles de Dios hasta que saliera el expreso?

Con la captura de los fugitivos terminó la persecución. La sala se venía abajo de los aplausos y los hurras. Debo haber sido el único que se mantuvo ecuaníme. Al fin y al cabo se trataba de una cinta nomás. No se mostró el castigo que le dieron a la falsa rubia, por intrigante y por traidora, pero sí sus consecuencias: le dejaron la cara hecha una magulladura viva. Le habían cortado las piernas -que bien bonitas las tenía-, y la guardaban en una suerte de corralito, adornada con plumas y haciendo de gallina humana. A lo mejor, también le habían arrancado la lengua. La pobre andaba dele 'cocó, cocó, cocorocó'. El público aullaba de vengativa satisfacción. Yo no soporté tanta indecencia junta y me dispuse a retirarme.

Ganaba a tientas el fondo de la sala, cuando terminaron los títulos finales y se encendieron las luces. Ahí me di cuenta de una particularidad del *Gran Select*, en la que no reparé antes por haber ingresado como quien dice por la puerta de emergencia: en virtud de algún capricho modernista, tenía la entrada

bajo la pantalla. Pegué la vuelta, un poco incomodado por la desorientación, y cuál no sería mi sorpresa: entre los asistentes a la función yo era el único bien nacido. Mujeres con barba, hermanos y hermanas pegados por un flanco o por la espalda, jaurías de enanos y gibosos, engendros de cabeza desproporcionada, gigantes de cara y manos larguissimas, se interponían entre la calle y yo.

Apuré la marcha para colarme entre ellos y alcanzar el aire libre. No sé si les disgustó la actitud, o si los movía la envidia por mi apostura. El asunto es que me miraban feo. De los más cercanos a los que estaban distantes, se empezó a correr un rumor. Ya después me señalaban sin ninguna inhibición, los maleducados. Y hasta se atrevieron, envanecidos por la innoble fuerza del número, a impedirme el paso.

Yo me calcé el sombrero bien calzado, agarré fuerte el malecón, y apretando el pasaje en el bolsillo, me decidí a romper el cerco hacia afuera: cocó, cocó, cocorocó, cocó.

IDENTIKIT

1- JUAN BAUTISTA DUIZEIDE.

2- Mar del Plata. 3 de diciembre de 1965.

3- Ex-marino mercante (un *marino* que *perdió la gracia del mar*), periodista.

4- Muchísimos, demasiados tal vez: Melville, Conrad, Hudson, Arlt, Saer. Y seguirían nombres ilustres y no tanto. Aunque pensándolo mejor, el más envidiable es el finadito Bioy: una vida dedicada a escribir excelentes cuentos y novelas fantásticas, a ver películas con Louise Brooks, a frecuentar mujeres casi tan bellas e inteligentes como Louise, a los viajes.

5- El Pirata Mix, historieta de Disney (de tanto exigirle a mis padres que me la leyeran, decidieron enseñarme a leer, y así, a los cinco, me largué solito). Una biografía de Torquemada ardientemente apologética (mi debut en libros sin dibujitos, ignoro cómo llegó a mis tiernas manos). Los

cuentos de Lovecraft que me regaló mi madre y patrocinaron una etapa de sublimes insomnios y pesadillas. Las obras completas de Borges, regalo paterno a los trece, la revolución.

6- Solo, cuando escribía historias a los cinco o seis años (**El hombre para Boric**, guión y dibujos de quien les habla, obra inconclusa, inédita, perdida).

7- En todo momento que puedo. Pero prefiero la mañana desde bien temprano.

8- Por el momento editar mi libro de cuentos: *Naufragios y comentarios*.

9- Amigos.

10- La verdad es que soy bastante animal y aún más asocial.

11- La música es *el vicio* y *el paraíso* artificial, se me irían páginas en una lista. Ahora se me ocurren el *Oratorio de Navidad* de Bach dirigido por Gardiner; *Dido and Aeneas* de Purcell también por Gardiner; *Winterrei-*

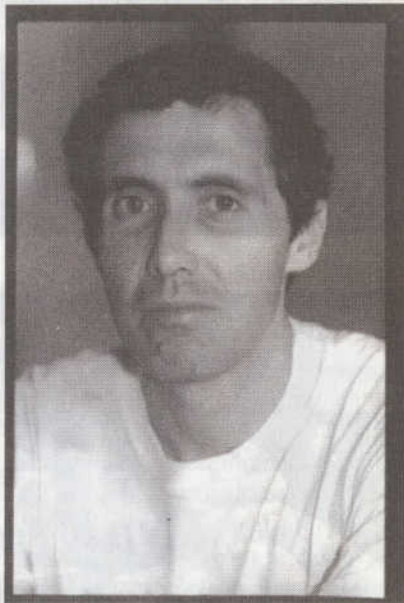
se de Schubert por Brigitte Fassbaender; arias de Mozart y de Rossini cantadas por Cecilia Bartoli; la quinta sinfonía de Mahler por Bernstein; canciones de Kurt Weill por Lotte Lenya o Ute Lemper; todo lo del cuarteto de John Coltrane; Mingus en vivo en Antibes; Sarah Vaughan con Clifford Brown. Paro acá.

12- ¿Otra chorrera de nombres? Quedémonos hoy con **El Gabinete del doctor Caligari**; **Lulu** de Pabst; **Freaks** de Tod Browning, claro; **Qué verde era mi valle** y **Hombres de Mar** de John Ford; **Vértigo**, **Psicosis** y **Los pájaros**, o sea la Santísima Trinidad; **Beetlejuice** y **El joven manos de tijera** de Burton;

Apocalipsis y **Drácula** de Coppola.

13- Cuando era chico, durante un viaje a San Juan, visité el museo de ciencias naturales o algo así. Un sujeto de facha torva nos propuso, a mi tío y a mí, echarle un vistazo al área reservada. Previo óbolo, ac-

FOTO: DIANA ARBISER



cedimos. Era un cuartucho con estanterías del piso al techo, en cada estante frascos de variados tamaños, en cada frasco lleno de formol, desvaídas monstruosidades. De regreso me agenció un manual de Teratología. En él me enteré de la existencia de **Freaks**. Casi veinte años después, casi perdidas las esperanzas, me la encontré en un videoclub para escándalo de quienes se juntaron dispuestos a otro viernes de cine y muzzarella. Una niña particularmente pulposa, particularmente calentapavas y de facciones virginales, exclamó: ¡Qué degenerado elegir esto! Me vino en mente aquello del *arte degenerado*. El resto, se me ocurrió.

cuento seleccionado

Puma cebado

POR EDUARDO ROJAS

Nunca había visto un puma vivo. Ni siquiera en el zoológico. Cuando de chico me llevaban al museo, miraba con indiferencia a esas fieras de piel apolillada y ojos de vidrio, inmóviles en sus eternas poses de salto. La quietud les daba un aire ridículo y yo paseaba mi aburrimiento frente a ellas buscando alguna cosa más interesante entre piedras, plantas y bichos disecados.

Por eso aquella tarde, cuando caminaba por el pequeño bosque que rodeaba al hotel, quedé paralizado, más por la sorpresa que por el miedo, cuando me encontré de golpe frente a un puma joven, de piel dorada y brillante, que tomaba agua en un charquito al costado de un arroyo.

El hotel estaba en el fondo de un valle, rodeado de sierras bajas cubiertas de una vegetación que iba del verde al amarillo, en la que yo descansaba la vista mientras tomaba sol al borde de la pileta.

Era el lugar más tranquilo que se podía imaginar. Estaba a unos pasos de la ciudad, en realidad un pueblo turístico recostado sobre la falda de una sierra en Córdoba; para llegar a él había que recorrer un camino asfaltado lleno de curvas, que de golpe se zambullía hacia el fondo del valle, sumergiéndose en un túnel formado por los árboles que enroscaban sus ramas por encima del camino. Ese túnel se abría de golpe y uno se encontraba con el edificio; una especie de chalet de dos pisos, con el frente rugoso pintado de blanco a la cal y un escudo nacional encima del cual se leía: Colonia de Vacaciones. Federación de Obreros Forrajeros del Litoral.

Yo era médico del Sindicato y desde hacía muchos años pasaba los veranos atendiendo el consultorio del hotel en Córdoba. Era una tarea rutinaria y fácil: revisar los pies de los turistas, atender un resfrío de verano o curar algún pasajero intoxicado por la sopa del mediodía. Unas pocas horas de trabajo desgastado y después todo el día para tomar sol, caminar por los alrededores, descansar.

Mi vida durante el resto del año era solitaria y agitada a la vez. Correr del hospital a los distintos consultorios de los sindicatos en donde era médico clínico, pelear por teléfono con mi ex esposa por la cuota alimentaria, extrañar a mi hijo adolescente al que casi nunca veía, rezongar deseando la llegada del verano. A veces, un encuentro fugaz con alguna enfermera o una paciente,

resolvía por un tiempo mis urgencias sexuales. No necesitaba nada más, ninguna emoción alteraba mi ánimo desgastado. Mi único deseo era mantenerme así, acunado por la rutina, protegido de cualquier sorpresa por la abulia y el escepticismo.

Ese año una de las pasajeras del hotel, Telma, se había empeñado en alterar mi tranquilidad. Se comprendía; yo era uno de los pocos hombres solos entre tantos matrimonios con chicos que ocupaban las noches luego de la cena en jugar a las cartas, o bailar la música horrible y pegadiza que hacía sonar un disc-jockey de bigotes finos y peluquín rojo. Ella era una solterona de cabello teñido que se sentaba bajo una sombrilla, vestida con una bikini que ponía en evidencia sus caderas angostas y sus pechos pequeños. Todas las tardes llegaba a mi consultorio con algún problema distinto: un dolor de cabeza, un sarpullido o un trastorno menstrual. Una vez frente a mí comenzaba sus patéticos intentos de seducción; yo la despachaba enseguida garabateando cualquier cosa en un recetario.

Fue así que una tarde, para escapar de su asedio, cerré el consultorio y cruzando el patio calcinado por el sol, caminé perezosamente hasta pasar el perímetro del hotel. Más allá había una franja de campo en la que habían improvisado una cancha de fútbol, luego un alambrado de tres hileras la separaba del comienzo del monte que trepaba la suave lomada de la sierra. Siguiendo un impulso, salté el alambre y me interné en la arboleda baja y oscura que esparcía un aire fresco y silencioso a su alrededor. Caminé unos minutos sin ningún propósito, siguiendo un hilo de agua que bajaba entre las piedras con un sonido discreto. Respiré varias veces sintiendo que ese aire limpio taladraba las paredes de nicotina que tapiaban mis pulmones; estiré los brazos, desperezándome.

Fue entonces que lo vi. Había llegado a un pequeño claro en donde el arroyito se ensanchaba y formaba un cuenco de agua helada. Allí estaba, bebiendo despacio con las patas y el hocico sumergidos en el barro verdoso del cauce. Al oír mis pasos, levantó la cabeza y me miró amenazante. Enseguida gruñó y se tensó para el salto. Yo me quedé clavado en el lugar, paralizado.

No se por qué, instintivamente, llevé una mano al bolsillo derecho de mi chaqueta de médico. Un pequeño envoltorio de celofán crujió en mi palma transpirada. Recordé el alfajor regional que me había regalado Telma el día anterior. Sin pensar en lo que hacía, rompí la envoltura y lo arrojé al puma. El animal sorprendido siguió la trayectoria girando en arco su cabeza y aflojó



ILUSTRACIÓN: CECILIA GANDOLFO

ALGO DIFERENTE EN EL DIAL

POR DONDE ESAS NUBES VAN...

F.M. QUINQUELA (89.5)

DE LUNES A VIERNES DE 23 A 0:30 HS.

CONDUCCIÓN: LEANDRO ARECCO - HÉCTOR BORDONI

su posición de ataque. Luego, curioso, se acercó al alfajor, lo husmeó y finalmente lo comió de un bocado, relamiendo sus fauces. Luego se acercó y se sentó frente a mí, expectante. Extendí mi mano y lo toqué; con un ronroneo prolongado se entregó a mi caricia. Lo examiné con la mirada. Era una hembra. Joven, elástica, fibrosa, de piel suave y uniforme, sin manchas; el tronco y los muslos parecían formar una sola pieza llena de gracia y armonía; su cola se agitaba nerviosamente a un lado y otro como si espantara insectos inexistentes en la profundidad del bosque. Sus ojos, llenos de inteligencia, se movían permanentemente, alertas ante cada detalle. Su cuerpo entero era una delicada masa de músculos, huesos y tendones que reunía toda la tensión y la elegancia que una criatura viva puede contener.

De pronto se volvió y de un salto se perdió entre los matorrales. Me quedé un rato quieto, esperándola. Cuando me convencí de que no volvería, regresé al hotel con una ansiedad que me hacía mirar a cada rato hacia la sierra. No conté a nadie mi encuentro, no me hubieran creído porque hacía años que no se veía un puma por allí. Pero había algo más que me llevaba a guardar el secreto: una inquietud creciente que me iba ganando el ánimo como si estuviera a punto de revelar un secreto vergonzante, la sensación de haber recibido un golpe o una descarga eléctrica que hubiera despertado rincones olvidados de mi cuerpo. Traté de pensar con sensatez, era un adulto, alguna vez me había creído inteligente; no podía dejarme llevar por impulsos, no podía perder el control por un encuentro casual con un animal salvaje. Fumé un cigarrillo tras otro hasta que mi boca se anestesió con un sabor amargo, insoportable. Estaba agitado, tenso. Me volvió a atacar la taquicardia que me perseguía todo el año y desaparecía ni bien llegaba a las sierras. Tomé un calmante y tiré el atado de cigarrillos a la basura. Me sentía molesto, irritado. Traté de tranquilizarme y me propuse no volver a abandonar mi consultorio.

Esa noche soñé con el puma corriendo en cámara lenta, como en esos documentales de la televisión, y yo a su lado saltando como un felino. Me desperté a la madrugada, agitado, y ya no volví a dormir. Por la tarde, a la misma hora del día anterior, salté el alambardo y trepé la sierra hasta el claro del arroyo llevando dos alfajores en los bolsillos. Mi puma me estaba esperando sentada en el mismo lugar. Le arrojé los alfajores; los devoró en un instante y luego comenzamos un juego, una especie de danza salvaje de carreras y caídas por el piso. Con mis manos la arrastraba por el hocico y gritaba con una voz que me salía de las profundidades del pecho y se expandía por todo el valle rebotando contra las piedras y matorrales. Ella apoyaba sus patas delanteras en mis hombros, haciéndome rodar entre el agua fría y las zarzas espinosas que cubrían el piso. La bauticé. La llamé Gina recordando a una perra que había tenido en mi infancia.

Desde esa vez nos encontrábamos todas las tardes para repetir nuestra ceremonia de dulces, abrazos y caídas. El día pasó a ser un paréntesis, una espera para mi encuentro con Gina. Atendía mi trabajo a desgano y cuando llegaba la hora me escapaba hacia lo más oscuro del monte con los bolsillos llenos de golosinas.

Una tarde a la hora del encuentro la sala de espera todavía estaba llena de pacientes, más que lo común. Atendía a un turis-

"No necesité buscarla ni llamarla, a los pocos minutos apareció ante mí silenciosa como un fantasma, su piel dorada brillando bajo la luna; la acompañaba otro puma, joven como ella."

ta y se sentó sobre sus patas traseras. Telma dio un grito y se desmayó; hubo una confusión de corridas y gritos, yo me acerqué sonriendo llevando un terrón de azúcar que tomé de la bandeja, Gina comió de mi mano, le acaricié la cabeza y salió al trote en dirección a la sierra. A mi lado el mozo, cuyo rostro oscuro, aindiado, se había vuelto gris en un instante, temblaba como una hoja, la espalda y las palmas de la mano pegadas a la pared.

- Se cebó con el dulce -me dijo.
- ¿Cómo? -dije yo.
- Se acostumbró al dulce. ¿Fue usted. Usted la cebó? - Preguntó.
- No -le mentí.
- Tenga cuidado, la sangre es dulce; estos bichos la huelen, cuando le lamen la mano, cuando le huelen, le descubrieron la sangre y ahí, olvídense, si usted no los mata primero, no cuenta el cuento -me dijo, sin prestar atención a mi negativa.
No le di importancia, estaba eufórico por la visita de Gina, su fidelidad; pero comprendí que tenía que alejarla del hotel, cambiar los horarios de nuestros encuentros.

Esa misma noche fui al monte, la oscuridad sería ideal para nosotros.

No necesité buscarla ni llamarla, a los pocos minutos apareció ante mí silenciosa como un fantasma, su piel dorada brillando bajo la luna; la acompañaba otro puma, joven como ella. Me sorprendí un poco pero me mantuve mudo, hubiera sido inútil protestar, ella era la dueña de nuestros encuentros. Resignado, empecé a sacar de una bolsita de nylon los alfajores que había traído para Gina. En ese instante, deslizándose entre las matas, comenzaron a aparecer varios pumas que se sentaron en torno de mí husmeando el aire. Por un instante sentí pánico, pero me controlé y arrojé los dulces a mi alrededor.

Lo que siguió fue una fiesta, una bacanal de carreras, peleas y rugidos hasta que desapareció el último resto de alfajor. Luego las fieras empezaron a correr y yo, gritando, me arranqué la ropa y corrí y salté y me enredé en sus cuerpos y fui arañado por sus garras y lamido por sus lenguas ásperas y luego de no sé cuánto tiempo me desplomé sobre el pasto, sin aliento y gimiendo de dolor y alegría.

La noche siguiente y todas las sucesivas subí por el mismo camino, llevando una carga cada vez mayor de dulces y golosinas. Gina me esperaba delante de todos sus compañeros gozando su rol de favorita. La afeite de los pumas crecía cada vez más y mi ansiedad por satisfacerlos, también. Empecé a recorrer el comedor luego del desayuno y la cena levantando del piso sobrecitos de azúcar o sacarina. Soportaba las miradas de los turistas, primero con vergüenza, después con indiferencia.

Parecía un rastreador que caminaba agachado y de golpe se inclinaba velozmente para levantar del piso algún pedacito in-

ta engripado pensando que no llegaría a tiempo. Por la puerta entreabierta del consultorio vi a Telma que me esperaba pacientemente con su bikini y un pareo azul eléctrico que envolvía su cuerpo, más flaco que nunca. Revolví con furia la cucharita en el café que me había traído el mozo.

De pronto, como cortando el aire con su paso acolchado y silencioso, Gina entró a la sala de espe-



ILUSTRACIÓN: CECILIA GANDOLFO

significante de torta o una vainilla reseca. A la noche entraba a la cocina y guardaba en una bolsa las sobras de las comidas: pedazos de medias lunas, restos temblorosos de budines de pan y flanes, pasas de uva, potecitos plásticos con mermeladas y dulces del desayuno, trozos de caramelos baboseados por los chicos y cubiertos de pelos y suciedad, y hasta las muestras gratis de comprimidos pediátricos recubiertos de una película dulzona que guardaba en el botiquín de mi consultorio. Todo era bueno para alimentar a mis pumas, todo servía para renovar mi fiesta salvaje de cada noche. Ya casi no atendía a los turistas ni hablaba con nadie. Cuando las sombras comenzaban a oscurecer las laderas, se oían los primeros rugidos que me llamaban desde la altura. Subía enseguida, alegre, entre el estupor y el miedo creciente de los pasajeros del hotel. A la madrugada regresaba agotado, saltaba el muro de ligustrina que separaba el jardín de la pileta y me zambullía desnudo en el agua, a esa hora helada. Después caminaba por el parque, las rosetas y espinas desparramadas entre el césped me arañaban los pies y dejaban estrías rojas en mis talones. Desde allí escuchaba a menudo los rugidos de las hembras que se apareaban con los machos; pensaba en Gina y encontraba, con sorpresa, con alegría, el escozor de un sentimiento olvidado: los celos. En esos momentos, a veces, lamentaba haber despreciado a Telma, a quien había visto irse apurada del hotel cargando un pequeño bolso, la misma tarde en que Gina me visitó en mi consultorio.

Cada vez me alejaba más de la gente; había abandonado mi habitación y dormía desnudo sobre la alfombra de la sala de espera, no me bañaba ni me afeitaba y a cada rato olfateaba con placer el olor agrio que subía de mis axilas. De un día para el otro descubrí que una pelusa rubia comenzaba a crecer con fuerza sobre mi calva de años.

Una tarde, Canedo, el delegado que el sindicato mandaba al hotel durante el verano, me visitó en el consultorio; venía acompañado de un hombre con aspecto de policía que me miró de lejos con desconfianza.

-El Dr. Alonso -dijo a su acompañante señalándome. Los dos nos miramos y nos saludamos con un movimiento de cabeza y un carraspeo. Después Canedo se dirigió a mí:

-Vea compañero, vea doctor. No sé cómo decirle. Los compañeros me protestan porque usted no está nunca. Encima desde que empezó a faltar andan todos esos bichos salvajes dando vueltas por aquí; usted sabe que la gente enseguida se imagina cosas raras y yo no me animo a repetirle todo lo que se comenta. Yo sé que usted es un hombre sano, un profesional. Pero ¡Déjese de joder, hombre! Haga lo suyo en un ratito y si quiere cazar nos vamos una de estas tardes al campo a buscar unas martinetas. ¡Déjese de embromar con los pumas que son peligrosos!

Sentí que explotaba de furia; contuve el impulso de saltar sobre él y destrozarle el cuello con mis manos. Un reflejo de prudencia me hizo murmurar una respuesta cualquiera que el delegado tomó como un asentimiento. Me palmeó el hombro y mientras se volvía hacia la puerta señaló con un dedo a su acompañante y me dijo:

-Acá, el compañero Ribolzi, de Defensa Civil de la Provincia se va a ocupar de esos pumas. Quédese tranquilo, en unos días nadie se va a acordar de esto.

Los despedí con una sonrisa. Faltaba poco ya para que me uniera para siempre a Gina y sus compañeros. Era una decisión que había crecido en mí espontáneamente, sin pensarlo siquiera y que ahora solo esperaba el momento preciso. La visita del delegado me decidió, dentro de pocas horas miraría desde lo alto el mundo extraño de los hombres, aquel en que había sido un ser insignificante, alguien a quien enseguida olvidarían. Para Gina,

estaba seguro, no era así, ella me había elegido. Los otros pumas me seguirían como a un jefe, como a su rey, como a un dios de los felinos quizá.

Esa misma noche me precipité al comedor con mi bolsa en la mano dispuesto a llenarla hasta que desbordara. Quería que mi unión con las fieras quedara registrada para siempre en sus paladares almibarados; al fin y al cabo a mi me debían ese descubrimiento, por eso me esperaban cada noche con sus rugidos impacientes.

Comencé a buscar entre las mesas vacías, levanté los manteles y corrí las sillas. Todo había sido prolijamente ordenado, los pisos brillaban recién recorridos por el escobillón. Un mozo parado al fondo del salón frunció la nariz e hizo un gesto como para arrastrarme hacia afuera. Canedo, desde la otra punta, le hizo señas negativas con la cabeza, de mala gana el mozo dio media vuelta y fingió mirar por los ventanales hacia las sierras. Apurado, entré en la cocina. Estaba a oscuras, las puertas de las grandes heladeras despedían brillos plateados, herméticamente cerradas; en los piletones las bandejas y los platos yacían apilados, limpios y secos; el tacho de las sobras estaba vacío, ni un terrón de azúcar, ni un pedazo de oblea de las que acompañaban el helado. Comprendí que era una maniobra de Canedo que había decidido aislarme, cortar de raíz mi vínculo con los pumas.

Desesperado salí corriendo por la puerta trasera. La cocina daba a un patio pequeño separado del arroyo que bordeaba el hotel por un parapeto de ladrillos; recostado sobre él, de espaldas al agua, había un kiosquito, a esa hora cerrado con una cortina metálica, en el que durante el día los turistas compraban gaseosas y golosinas. Levanté del piso una barra de hierro oxidada y me abalanzé sobre el kiosco; de un golpe hice saltar el candado y levanté la cortina, salté al interior y a los manotazos llené la bolsa con caramelos, chupetines, goma de mascar, turroneos y todas las golosinas que pude encontrar. Después, corriendo, cruzé el parque en dirección a la sierra. Todo el hotel estaba a oscuras y en silencio, desde lo alto los rugidos me apuraban. Subí la cuesta a los tropezones y llegué al claro del monte sin aliento. Desde la espesura de espinillos y arbustos perfumados, los ojos de los pumas comenzaron a rasgar la noche como relámpagos amarillos. Impaciente, metí la mano en la bolsa y comencé a tirar mi cargamento entre los árboles, como si sembrara. Vi cómo se agitaban las ramas y oí cómo el silencio se llenaba de roces y gruñidos. Al rato apareció Gina y detrás de ella, a sus costados, en todas direcciones, los otros pumas.

Todavía recuerdo sus fauces húmedas, pegoteadas de goma de mascar que estallaba en múltiples globitos rosados y colgaba de sus bigotes, enredándose como lianas en las ramas más bajas de los árboles.

Me arranqué la ropa a tirones y comencé a saltar sobre la tierra despareja, el frío me traspasaba pero yo respiraba más y más hondo como para absorber todo el oxígeno de las alturas.

Me detuve agotado. Gina se me acercó con la cabeza gacha,



abrió los brazos para recibirla, ella me husmeó durante un buen rato, luego comenzó a lamerme una mano; sensual, golosa, su lengua recorrió también mi muñeca y mi brazo. Me aparté hacia un costado pero ella volvió a pegarse a mí, gruñendo y con sus orejas echadas hacia atrás.

Me di cuenta de que reclamaba más y, de pronto, recordé la advertencia del mozo:

"La sangre es dulce... cuando la huelen no cuenta el cuento".

Sentí un escalofrío y di un paso atrás, Gina me siguió y se agazapó clavando sus ojos oscuros en los míos. Miré a

mi alrededor, los otros pumas habían formado un círculo en torno a mí y estaban listos para saltarme encima. Busqué una salida hacia arriba, había una rama casi a mi alcance, pero sería inútil, ellos eran los pumas. Gina se acercó aún más, sus compañeros estrecharon el círculo; ahora rugían con más fuerza, de a uno, de a dos, todos juntos, cada vez más alto, como guerreros que se preparan para la batalla entonando viejos cantos de camaradería. Me quedé inmóvil en mi lugar, el cuerpo tenso como un alambre.

En ese instante lo comprendí de una vez, las fieras venían a buscar su última ración, la más generosa. Yo había abierto un mundo de sensaciones nuevas a sus delicados olfatos, a sus paladares uniformados con los sabores rancios de liebres y cuisés. Ellos ya eran distintos a sus semejantes y yo también. Mi sacrificio era el último paso de su transformación. Yo debía luchar hasta morir despedazado, hasta ser bebido como si mi cráneo fuera un cáliz lleno de vino rojo y dulce, luego seríamos todos uno, fuertes y distintos en la cima de la montaña. No habría piedad para mí pero no me importaba, me había olvidado del miedo.

Vi a Gina apoyarse sobre sus patas traseras, admiré la curva de su lomo tenso. Puse mis brazos en guardia, la pierna izquierda adelante soportando el peso del cuerpo, la cabeza inclinada entre los hombros. Sonreí por última vez y esperé el ataque.

Dos luces potentes, amarillas, perforaron la oscuridad. Sonó un disparo, Gina cayó a mis pies con la nuca destrozada. Los otros pumas desaparecieron entre los árboles con un solo salto, suave, silencioso.

Desde el estribo de una camioneta todo terreno, inmóviles, me miraban Canedo y Ribolzi, el compañero de Defensa Civil, que sostenía un máuser humeante entre las manos. Canedo saltó y se me acercó, me envolvió con una frazada, yo me doblé sobre mi vientre y empecé a temblar. El delegado me fue empujando delicadamente hacia la camioneta mientras me decía:

- Tranquilo doctor, tranquilo compañero. Lo salvamos justito, un segundo más y no contaba el cuento. ¡Qué los parió estos bichos de mierda!

Me sentaron en la caja, sobre el guardabarros. El frío del metal traspasó mis nalgas desnudas, alguien me alcanzó un vasito plástico con café, que no pude beber. El cuerpo de Gina, bello en su muerte, se desangraba sobre el piso de la camioneta.

En mi pecho se apagaba un rugido.

4/2-5/96

(Ver Identikit en página 11)

autor invitado

Tres relatos

POR JUAN JOSÉ MILLÁS

ES ESPAÑOL, VALENCIANO PARA MÁS DATOS. NACIÓ EN 1946 Y ES AUTOR DE ALGUNAS DE LAS MEJORES NOVELAS ESPAÑOLAS DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS. A SABER: **TONTO, MUERTO, BASTARDO E INVISIBLE, LA SOLEDAD ERA ESTO Y EL DESORDEN DE TU NOMBRE**. ACABA DE PUBLICAR EN ALFAGUARA SU NUEVA NOVELA **EL ORDEN ALFABÉTICO** Y HACE UN TIEMPO, DE MANERA CASI DESAPERCIBIDA, PLAZA Y JANÉS EDITÓ UNA RECOMPILACIÓN DE SUS CUENTOS BAJO EL NOMBRE DE **LA VIUDA INCOMPETENTE**. DE ESE FANTÁSTICO LIBRO TOMAMOS TRES RELATOS. TRES EJEMPLOS DE PORQUÉ NOS GUSTA MILLÁS.

El secador y la liga

El adúltero compró para su mujer un secador del pelo y para su amante una liga roja, pero debido a una confusión inexplicable puso en el árbol de Navidad de cada una el regalo de la otra. La esposa, que hacía footing y jugaba al tenis creyó que la liga era una de esas cintas que usan los deportistas para recoger el sudor de la frente, y la estrenó ese mismo día por la tarde, cuando salió a correr. La amante, en cambio, acostumbrada a que le llevara instrumentos de uso venéreo adquiridos en los sex shops y en las ferreterías, tomó el secador por un nuevo artilugio para sus juegos amorosos, así que le ordenó desnudarse y, tras conectar el aparato a la corriente, dirigió el chorro de aire a las partes sensibles del adúltero, que gimió como si se excitara, aunque sus alaridos no fueran acompañados de las manifestaciones mecánicas habituales en la zona inguinal. Desanimada, cambió el aire caliente por el frío, y aunque él se retorció intentando componer un gesto de lascivia, ella advirtió que la cosa no funcionaba.



- No finjas - dijo -. Me revienta que trates de engañarme.

- No, si me gusta mucho, te lo juro. ¿Quieres que te lo haga yo a ti?

- Ni se te ocurra.

La tarde acabó mal, y el adúltero se vistió con tristeza y fue Serrano abajo observando con nostalgia los adornos navideños de las calles y los excesos luminosos de los escaparates. Recordaba el escándalo que le producía en sus primeros tiempos de casado el comportamiento sexual de algunos compañeros de traba-

jo. Él había caído en los mismos vicios que criticaba, pero ya empezaba a cansarse de aquella doble vida que en los últimos tiempos había dado lugar a otras confusiones, como el día en que llamó por el nombre de su amante a su mujer. Estaban en la cocina, preparando la cena para acostarse pronto, pues ella quería participar al día siguiente en una maratón, cuando el adúltero le dijo:

- Mira, Luz, esta patata tiene bichos.
- ¿Pero por qué me llamas Luz?
- Porque eres la luz de mi vida, ¿no?

Ella sabía perfectamente que no era la luz de su vida, ni de su muerte, que no era ninguna luz, en fin, pero prefirió callarse para no perturbar la paz conyugal. También a su amante la llamaba a veces con el nombre de su mujer.

- Oye, tú, que no soy una esposa - le decía ella - : llevo luchando toda mi vida por no ser una esposa, ni siquiera la tuya.

Luego, cuando la relación clandestina se institucionalizó, el adúltero comenzó a dejarse en el cuarto de baño de la amante la crema para las hemorroides, creciendo su desorganización mental a medida que pasaban los años. Había días en que estaba esperando ver entrar a su mujer por la puerta con su chándal y sus zapatillas de deporte, cuando aparecía la amante, con el sombrero de alas y el body transparente que había devenido en un

objeto costumbrista, incapaz de estimularle. Ahora, para excitarse, tenía que pensar en su mujer volviendo sudorosa de practicar el footing o el tenis. Fingía que hacía el amor con la amante, pero en su cabeza tenía a la esposa perversa. Toda esa confusión había culminado con el cambio de la liga y el secador. ¿Qué hacer?

Esa noche su mujer salió a correr con la liga roja en la cabeza y él se quedó solo en casa, presa de una agitación sexual incontrolable. Más tarde intentó abordarla en la cocina, y detrás de la puerta del dormitorio, pero ella sólo vivía ya para el deporte y se las arregló para esquivarle.

- Nunca follamos - dijo él en la cama.
- ¿Y para qué quieres follar?
- No sé, por hacer algo.
- Pues haz flexiones, que bien que las necesitas.

El adúltero se levantó e hizo unas flexiones, pero algo dentro de él le decía que no era lo mismo que lo otro. Al día siguiente, cuando su amante le golpeaba con el secador en la cabeza para ver si de este modo se excitaba, sufrió un derrame cerebral.

- ¿Dónde estoy? - preguntó en un momento de consciencia.

Ella le dijo que en el hogar y fingió que era su mujer para ayudarlo a bien morir.

- ¿Qué lio de vida - dijo él y se entregó con gusto a la agonía. ■

- ¡Deja ya de mirarme, hijo!

La madre y el niño intercambiaron una mirada de complicidad, y no era cuestión de ponerse a dar explicaciones. Todo el mundo entiende que se trata de una expresión que no significa lo que dice. Por la tarde, estaba soldando los cables de una plancha eléctrica cuando llamaron a la puerta y salió a abrir tal como estaba, con la melena recogida en una cola de caballo, pues me molestan mucho los pelos en la cara para trabajar. Eran la vecina y el niño, que lo primero que hicieron fue contemplar mi lóbulo, o su ausencia, con una expresión de triunfo que no me gustó nada. Me traían un secador del pelo para ver si podía arreglarlo. Cuando salían, ella, en un aparte, me preguntó si lo de la oreja era de nacimiento.

- No, no, de un mordisco, en el colegio - respondí de mala gana.

Por la noche, el niño pidió a su madre que le contara otra vez el cuento del día anterior y ella lo enriqueció con el detalle de la pelea infantil en el patio de la escuela.

- ¿Y qué hicieron con el pedazo de oreja? - preguntó el niño.

- Se lo tragó sin querer el autor del mordisco y le salieron por todo el cuerpo unos lóbulos de los que falleció en seguida.

Me pareció excesivo, así que me acerqué a la rejilla del respiradero y dije que aquello era mentira.

- ¿Cómo fue entonces? - preguntó la mujer desde el otro lado.

- Lo escupió e intentaron reimplantármelo, pero no prendió porque cuando llegamos al hospital había pasado mucho tiempo y en el colegio no habían tenido la precaución de meterlo en hielo.

Entonces se oyó la voz del hijo.

- ¿Y qué le pasó al otro niño?

- Murió de difteria - mentí pidiendo

Volver a verlos

Un día, el hijo de mi vecina me llamó papá en el ascensor. Su madre está divorciada y ambos ocupan el apartamento contiguo al mío. Por la noche, le cuenta cuentos que suelo escuchar a través del respiradero de mi cocina, que es de tipo americano, y da al salón, donde tengo un sofá cama. Utilizo el dormitorio como taller, pues en mis ratos libres me saco unas pesetas arreglando secadores, planchas y tostadoras de pan. Yo no tengo hijos ni nada parecido, así que me fastidió bastante la gracia del niño.

- Oye, que yo no soy tu padre.

- No se ofenda - dijo la madre -. Llama así a todos los hombres.

Esa noche le contó al niño un cuento que trataba de un individuo que abandona a su familia, aunque decide instalarse en el piso de al lado, desde donde vigila el crecimiento de su hijo y protege a su ex mujer de los desaprensivos que intentan robar en la casa cuando ella se encuentra fuera. El niño insistió en que le diera detalles de ese hombre y la mujer hizo una descripción muy minuciosa con la que me sentí identificado. No soy nada paranoico, la verdad, pero no creo que haya mucha gente a la que le falte el lóbulo de la oreja derecha, que perdí de pequeño, de un mordisco, en el patio del colegio.

Al día siguiente coincidimos en el ascensor y el pequeño intentó verme la oreja, que suelo llevar tapada con el pelo: me dejé melena hace años para ocultar la imputación. De todos modos, me puso tan nervioso que le di un grito:

¡Ya apareció!

Los años, la fatiga o la locura

novela de

Alejandro Raúl Ferrari

Conseguila en Zival's, Gandhi, Librerías Santa Fe y en las mejores librerías de la capital.

que no me preguntara qué era eso, pues no tenía una idea muy clara.

- El caso es que murió - añadió la mujer con determinación.

- Buenas noches, papá - dijo el crío.

- Buenas noches - contesté yo desorientado, y me metí en la cama con lágrimas en los ojos, sin saber exactamente qué es lo que me había provocado esa emoción tan grande.

Al día siguiente, cuando regresaba de comprar una resistencia nueva para su secador, vi que mi vecina estaba metiendo sus

Navidad en Semana Santa

Estaba tendiendo unos calcetines negros de las cuerdas del patio interior, cuando apareció en la ventana de enfrente una anciana con la que coincidía a veces en el ascensor y cuyas facciones me recordaban a las de una adolescente envejecida.

- Oiga, joven - me preguntó -. ¿Es Navidad o Semana Santa?

- Semana Santa, me parece - respondí.

- Ya decía yo.

Su hija y su yerno se habían ido con los nietos a Benidorm y la habían dejado sola, aunque con la despensa llena de los dulces que habían sobrado la Navidad pasada.

- Otros años - añadió - me abandonan en las urgencias del Ramón y Cajal, pero he conseguido convencerles de que me puedo desenvolver perfectamente sola.

- ¿Y puede? - pregunté un poco preocupado.

- En unas cosas sí y en otras no - dijo retirándose con el gesto de demostrarme algo en lo que no era competente.

Continué tendiendo la ropa espantado por la situación cuando apareció con una botella de sidra El Gaitero.

- Me han dejado unas botellas de sidra con los mazapanes, pero no puedo abrirla. Por qué no pasa usted a echarme una mano?

- No puedo, tengo un compromiso - mentí.

La anciana desapareció con gesto de disgusto. Yo acabé de tender la ropa con mala conciencia y me puse a ver una película porno a la que no conseguí prestar ninguna atención, a causa de un malestar creciente. Por fin volví a la ventana del tendedero y arrojé una pinza a los cristales de enfrente. En seguida se asomó la vieja.

- ¿Ha conseguido abrir la botella?

- Qué va, ni desenvolver el turrón.

- Está bien, ahora cruzo.

Cogí un par de latas de sardinas en aceite y otra de pimientos y llamé a su puerta. La anciana olía a colonia de baño y llevaba puesta una bata blanca, muy provocadora, que debía de pertenecer a su hija. Se estaba fumando un canuto que le había quitado a su nieto, y aunque yo no fumo no me atreví a rechazar un par de caladas. Después descongelamos en el microondas dos barras de pan y nos comimos sendos bocadillos mientras veíamos la tele sin hacernos ninguna promesa. En la casa había un reloj de péndulo y a las doce nos comimos las uvas y brindamos con sidra El Gaitero. Después estuvimos picando mazapanes y turrón hasta que nos quedamos dormidos en el sofá, con la cabeza de ella apoyada en mi hombro. La verdad, fueron las mejores Navidades de mi vida.

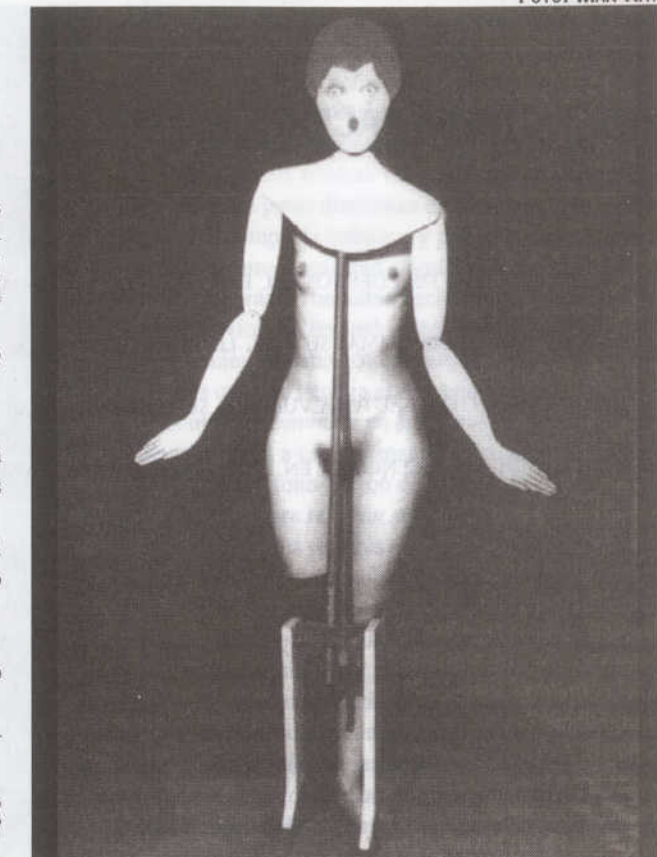
Por la mañana al regresar a mi apartamento, volvió la Semana Santa hasta que por la tarde se me ocurrió recoger los calceti-

cuatro cosas en una furgoneta con evidente intención de mudarse. Me acerqué a ella y le pregunté por qué se iba.

- Porque estoy harta de que nos espíes a tu hijo y a mí - gritó delante del portero y de un par de vecinos -. Si has decidido abandonarnos, déjame al menos que rehaga mi vida.

Me metí en la casa avergonzado y cuando bajé a darle el secador ya se habían ido. Ahora no duermo pensando qué habrá sido de ellos y daría la vida por volver a verlos. ■

FOTO: MAN RAY



nes negros que había tendido el día anterior. Al poco se asomó la anciana a la ventana y me tentó con un canuto y otra botella de sidra. Esta vez cogí una lata de pisto que nos comimos con un par de huevos fritos. Ella tenía algo de bulimia y todo le sentaba bien. Tras los postres, fui a mi apartamento a por una película de video un poco porno y me quité los zapatos para verla más cómodo; ella por su parte se soltó la melena que llevaba recogida en un moño que resaltaba sus facciones adolescentes. Volvimos a quedarnos dormidos y al despertarnos, por la mañana, me dijo que tenía que marcharme en seguida, pues sus hijos estaban a punto de regresar de Benidorm.

Hoy hemos salido a tender la ropa al tiempo y le he enviado una nota dentro de un calcetín, pues mi cuerda va dermi ventana a la suya. Ella me ha escrito también, enviándome su misiva en el interior de unos panties que me parece que son de su nieta. Dice que en agosto desaparecerá su familia y que como se han dado cuenta de que se maneja muy bien sola, no la abandonarán en urgencias. A mí este año me tocan las vacaciones en julio, pero voy a ver si se las cambio a un compañero. Pasaremos un verano, una Semana Santa, o lo que sea, estupendo. Lo mejor es que como no nos queremos cada uno tiene libertad para ver el canal de televisión que prefiera. Yo sólo veo películas porno y a veces me parece que ella trabaja en todas. ■

Patrón errático

POR VICTORIA CÁCERES MAURI

EN SU PRIMER LIBRO DE CUENTOS, *EL BAÑO TURCO*, VICTORIA CÁCERES MAURI (BUENOS AIRES, 1968) MOSTRABA SU CAPACIDAD PARA CREAR CLIMAS SUTILES, LEVEMENTE ERÓTICOS, CON UN LENGUAJE PRECISO Y, POR QUÉ NO, FEMENINO. EN ESTE NUEVO CUENTO LA AUTORA VUELVE A SU UNIVERSO DE MUJERES INDEPENDIENTES CON PROBLEMAS. CÁCERES MAURI ES PROFE DE INGLÉS, LICENCIADA EN LETRAS Y, ESTUDIANTE COMPULSIVA, CURSA ACTUALMENTE LA CARRERA DE FILOSOFÍA.

Finalmente comprendió que los hombres no podían darle nada más.

Giró el cuerpo desnudo entre las sábanas escuchando las pisadas del último amante y decidió mudarse. Era hora, pensó mientras tomaba su café viendo la tele con el volumen en off. En unos instantes Elizabeth, el único resabio de su matrimonio, pasaría por su habitación a despedirse antes de ir al colegio.

¿Y si se fueran lejos, realmente lejos de la ciudad? Le preguntó a Elizabeth de sopetón, apenas la vio entrar, catorce años, sería, con sus jeans pulcros y su mochila de escolar. Sus ojos, un vacío opaco incapaz de revelar nada.

Ella asintió sin protestar. Siempre le daba lo mismo. Quizás saliera al padre, ni un pestaño cuando le dijo que se iba.

Luego de la ducha llamó a Ramiro, su ex primo político, que vivía en un rincón de Chubut. Algunas casas agrupadas en torno a un lago, la ruta cerca, gente de paso. Le gustó repentinamente el estilo road movie. El pareció encantado con la propuesta y prometió averiguar por un lugar donde alojarlas. Se llevaba bien con Elizabeth.

En cuestión de semanas el devaneo matinal se convirtió en proyecto de alta envergadura. Alicia alquilaría una casona desvencijada cerca del pueblo y la repararía con el dinero del divorcio para convertirla en una hotel. Sería como en los cuentos de Katherine Mansfield. Una pensión, donde todos comerían juntos sin hablar en el comedor caoba alrededor de una larga mesa oblonga.

Por fin desaparecieron las últimas cajas de la mudanza, los muebles vendidos, las bolsas de residuos llenas de papeles del pasado, y Alicia y Elizabeth cerraron la puerta del departamento sin echar una mirada atrás. Se subieron a un micro en Retiro y durmieron pesadamente durante más de 24 hs con entumecidos altos para comer e ir al baño.

En Amazonia -nombre ridículo para el pueblito en medio de

la pampa desierta- Ramiro los esperaba con la camioneta y una sonrisa ancha. Las abrazó con fuerza y las condujo a la casona. Era en verdad grande, tres pisos repletos de habitaciones, un ático, un sótano, un comedor como el que Alicia había soñado. Acarició el barandal de la escalera curva de la entrada, cubierto de tierra, y sonrió.

Trabajaron duro para convertir el sitio en un lugar habitable. Derribaron paredes para hacer una cocina enorme, conservando los hornos blancos de principio de siglo; acondicionaron los cuartos del primer y segundo piso y reservaron el tercero como vivienda. Elizabeth se apropió del ático y lo convirtió en su refugio.

Elizabeth -pensó su madre- sería ermitaña por naturaleza, pero quizás eso le ahorrara las ilusiones frágiles de la adolescencia y los patrones adultos de una sociedad que agonizaba y sólo podía ofrecerle estructuras tambaleantes que certeramente conducirían al fracaso.

Elizabeth se adaptó al cambio con su practicidad habitual. Pasó las primeras semanas limpiando el ático para convertirlo en su madriguera. La idea de tener la casa llena de gente yendo y viniendo la obligaba al exilio. Tiró todo lo que encontró, excepto un viejo libro sobre insectos. Hablaba de cómo observarlos, coleccionarlos, aprender sus hábitos. Se sintió atraída ante la posibilidad de balancear las necesarias maneras para con los huéspedes por una relación con seres inferiores incapaces de sublevarse.

Consiguió los elementos necesarios para comenzar su colección. Una red, pala, cuerdas, frascos y cajas, un cuaderno de notas y la mochila del colegio. Empezaría con las especies terrestres, luego vendrían las acuáticas...

En cuanto la casona quedó lista para recibir huéspedes, Alicia se ocupó de publicitarla. No faltaba mucho para Semana Santa y confiaba en el éxito inmediato. Mientras tanto, la necesidad

biológica de sexo la acechó de tal modo que terminó por decidirse por lo más seguro: Ramiro. Soltero empedernido, poco demandante, siempre la había mirado de esa forma en que las mujeres saben que sólo esperan una invitación mínima.

Aprovechó las tardes en que Elizabeth se ocupaba en su búsqueda entomológica para visitar a Ramiro. Recién llegado del trabajo, se excusó para darse una ducha y meditar sobre el comportamiento y vestimenta inusual de su ex prima política. Cuando salió, Alicia lo esperaba desnuda entre las sábanas.

Esa noche en la casona aún vacía pero resplandeciente de or-

El plan funcionó. En breve debieron contratar cocineras y mucamas para atender a los numerosos clientes. La mayoría no pasaba de una semana, pero algunos especímenes raros -sin horarios o trabajos específicos- terminaban por quedarse. La casa se vio invadida por desconocidos y el comedor comunal no dejaba de ser un muestreo similar al terrario que Elizabeth engrosaba día a día.

Alicia no tenía tiempo más que para escuchar de oídas la poca información que su hija le comentaba sobre su nuevo hobby y luego las quejas remilgadas de Ramiro luego de hacer el amor, culpándola de la poca sociabilidad de su 'ahijada'.

Una tarde sentada en el porche agradeciendo la soledad de la hora, vio a Elizabeth armando una especie de cuadrilátero sobre la hierba, con palitos y cuerdas. Luego la observó trabajar con una lupa, unas pinzas con las que parecía atrapar especímenes y colocarlos en tarros. Los pobres bichos estaban vivos y aún a la distancia se distinguían las patas diminutas en pleno revuelo. Pensó que pronto cumpliría quince... y pese a los meses transcurridos en una localidad donde todos se conocían, Ramiro tenía razón, no había hecho amigos, ni hablar de posibles novios. Se levantó de repente urgida por evitar los pensamientos catastróficos que le venían a la mente. ¿Y si más que una ventaja el desconocimiento del género masculino se convertía en un manto de ignorancia que la llevaría luego a caer en manos de cualquiera y sufrir aún más? El teléfono la sacó de su repentino pánico. Alguien llamaba para reservar un cuarto.

Alicia ocupó una vez más la cabecera de la mesa oblonga y sonrió a los huéspedes. Casi ocupaban todas las sillas. Mientras empezaban a comer, iniciando conversaciones plácidas entre sí, observó a cada uno de ellos y tomó una decisión.

En la otra punta, Elizabeth se concentraba en terminar su sopa. El mochilero-vagabundo-imitación kerouac-on-the-road le hablaba y hacía gestos, intentando llamar su atención. Ella, con esa mirada tan despojadamente ilea, sólo inclinaba la cabeza y contestaba monosílabos.

Cuando la cena terminó, Elizabeth se escurrió a la cocina a tomar café y charlar con el personal, el mochilero se instaló en vano en la sala de estar, frente al televisor prendido, pero atento a la puerta por donde ella había desaparecido.

Alicia se retiró a su habitación. Elizabeth, mucho más tarde, se escabulló a la suya por una de las tantas escaleritas ocultas que conectaban laberínticamente toda la casa. Se tomó un momento para visitar el ático y alimentar a sus insectos, tan inquietos dentro del terrario.

Poco después, Ramiro llevó a Elizabeth de pesca. Quería indagar por qué, tras meses de vivir en el pueblo, no tenía ningún amigo. Luego de una hora de silenciosa observación de las tanzas sumergidas en el lago, finalmente preguntó. Elizabeth no mosqueó.

- Hacer sociales me aburre.
- ¿No te sentís un poco sola?
- No.
- ¿O sea que te interesa más pasarte las tardes mirando bichos encerrada en el ático?
- ¿Por qué no?
- Bueno, es que...



den, Alicia y Elizabeth cenaron en el comedor principal e hicieron chistes sobre lo irrisorio de la situación. Cuando se instalaron de sobremesa en el salón de estar Alicia consideró que una copa no les vendría mal. Prendieron la tele para ver películas viejas y Elizabeth se durmió casi instantáneamente sin terminar su licor. Alicia lo apuró por ella.

- ¿... no es normal, no?
- Es ... poco frecuente, pero si a vos te gusta.
Ramiro volvió a concentrarse en la tanza y el lago.

Dos semanas después el recambio de huéspedes trajo caras nuevas. Excepto el mochilero, que alegaba razones monótonas para quedarse. Elizabeth había acabado por acostumbrarse a su charla y hasta llegó a explicarle algunos de sus descubrimientos entomológicos.

Un día de semana, Elizabeth siguió su rutina de pasar por el ático antes de encerrarse en su pieza y meterse desnuda entre las sábanas. Tenía un cuarto espacioso, con un tragaluz por donde se veía el cielo, y paredes que conservaban el amarillento empapelado original, sobrecargado de flores y tallos desproporcionados.

Ya se estaba sumergiendo en la zona brumosa que precede al sueño cuando escuchó a alguien intentando abrir su puerta. No intentó detener al intruso. Por fin una silueta se recortó entre las sombras. Se dirigió a la cama y se deslizó junto a ella. Elizabeth reconoció al mochilero. Completamente desnudo.

El se acurrucó contra ella y empezó a besarle el cuello.

Elizabeth percibió el pene erecto contra su muslo. No hablaron. Ella correspondió mecánicamente a sus caricias. Dejó que él se desparmara sobre ella. Sólo sintió una punzada de dolor cuando él la penetró. Lo escuchó gemir bajito cerca de su oreja, luego el espasmo y el semen inundando su vagina.

Para su sorpresa, verlo temblequear y jadear y no poder controlar el flujo de líquido espeso que escapaba de su cuerpo la volvió poderosa como nunca antes. Pasados unos segundos, él se echó a su lado, semi-inerte.

- Te gustó? preguntó, aún con la respiración entrecortada.

- Sí.

- ¿Te dolió?

- No.

- Pero... eras virgen, ¿no?

- Sí.

El mochilero pareció emocionarse. Le acarició el pelo e intentó besarla. Elizabeth lo detuvo.

- Mejor andáte.

Pueden descubrirnos.

El obedeció, escabulléndose de su cuerpo, su cama y su pieza de la misma forma en que había entrado.

Elizabeth, dejando que el pegajoso semen comenzara a escurrirse entre sus piernas, se volvió de costado y cayó en un profundo sueño.

A la mañana siguiente el mochilero había desaparecido.

- Se fue a Esquel- comentó su madre mientras desayunaban en la gran cocina llena de cacerolas de cobre-. Pero ya tenemos a alguien para ocupar su lugar. Está en la sala, esperando.

Ladrón invitado

Estrategias de feria

POR S.S.O.

EL TESTIMONIO CONMOVEDOR DE UN SER ANÓNIMO QUE DA LA CARA: UN LADRÓN DE FERIA, DE FERIA DEL LIBRO MÁS

PRECISAMENTE, CUENTA CÓMO SE INICIÓ EN EL MUNDO DEL DELITO Y DA CONSEJOS A AQUELLOS QUE QUIERAN SEGUIR SU

LAMENTABLE, EXECRABLE E IMPUTABLE CAMINO.

Santiago P. robó su primer libro en la Feria del Libro del año '89: «Soy fanático de Boris Vian y en un stand había una traducción de *La merienda de los generales*, una edición inhallable en las librerías de Buenos Aires. Pregunté el precio. Era carísimo. La plata no me alcanzaba. Como si me hiciera pata el librero se fue a charlar con el otro vendedor a la punta opuesta del stand. Yo estaba con un amigo (cuyas iniciales son P.B.R.) que me dijo: «Llévalo que yo te cubro». Es el día de hoy que no entiendo qué quiso decir porque tapar no me tapaba y «cubrir» en el sentido de disparar con un revolver si me descubrieran no parecía el caso.

Igualmente, tomé el libro sin pensar y comencé a caminar hacia el pasillo rojo. En el stand de al lado había una promoción turística atendida por chicas disfrazadas de gauchitas. Tuve la certeza de que me habían visto y se pondrían a gritar. Tenía el corazón en las orejas y retumbaba como cuando vas a una disco y estás engripado. Me sentía como Brad Davis en *Expreso de Medianoche*. Tenía la sensación de que de un momento a otro iban a aparecer policías por todos lados apuntándome con fusiles. Pero no pasó nada de eso. Caminé diez, veinte metros y descubrí que era el único que llevaba un libro en la mano (los que compran los llevan en bolsas). Sin mirar a nadie, abrí la mochila y lo guardé. No volví por la Feria en los siguientes dos años.»

Pero en el '92, Santiago P. -convertido ya en periodista cultural- volvió a la Feria

y como quien adquiere un vicio fascinante no pudo evitar volver a robarse libros. Esta vez fueron tres y todos fácilmente ubicables en librerías porteñas. Desde entonces, Santiago P. se ha especializado en el robo de libros en la Feria: «En los últimos años -analiza- la cosa se complicó con la aparición de los controles magnéticos que hacen sonar los libros que te llevás sin pagar. Pero no todos los stands tienen esta protección.»

Según Santiago P. hay lugares de la feria mejores y peores para quedarse con libros gratis. Los requisitos que tienen que reunir un stand son:

- Debe ser un stand de editorial o de distribuidora, no de librería: los libreros tienen el ojo habituado a descubrir ladrones. En cambio en las editoriales contratan a chicas y chicos que no quieren tener problemas y prefieren hacerse los tontos si ven que se llevan los libros. Es más, a veces se sienten reivindicados por lo poco que le pagan sus empleadores.

- No debe tener control magnético: es decir, hay que evitar las alarmas porque suenan siempre y no hay manera de salir corriendo sin evitar que te agarren.

- Debe ser muy visitado: cuanta más gente, más difícil de controlar.

- Debe tener forma más alargada que profunda: para no tener que recorrer, en lo posible, más de dos metros para salir del stand.

Santiago P. explica que si este año se mantiene el diseño de los stands de las ferias anteriores, los que más fácilmente se prestan al asalto son el de Riverside -dis-

tribuidora de Anagrama y Taschen, buena merca y cara-, el de Sudamericana y el de Losada. «Ni se te ocurra tratar de llevarte libros de Fondo de Cultura Económica -hay alarmas por todos lados- o del stand de Cuba. Los cubanos tienen mil ojos, te controlan hasta si respirás fuerte.»

Santiago P. recomienda que para recorrer los stands es conveniente llevar una buena bolsa de alguno (o sea, invertir primero comprando un libro, las ofertas de un peso pueden ser útiles). En dicha bolsa hay que guardar los libros que se van incorporando a la colección. He aquí la técnica que se debe utilizar: «agarrás el libro como para pagarlo con la mano de la bolsa, te detenés como viendo otro título que te interesa, hacés como que lo querés tomar para verlo mejor pero no podés, soltás una manija y dejás caer el libro adentro, tomá el nuevo, lo mirás y lo dejás en su lugar. Y siempre, por más que estés muy nervioso, salí sin apurarte. Eso sí, no exageres ni tientes al destino quedándote a preguntar precios de otros libros ni saludes al vendedor o al tipo de seguridad. Dios castiga más los excesos que los robos»

Un último consejo de Santiago P.: «revisar en el baño o en el bar de la Feria los libros, fijarse si no tienen la bandita magnética porque si el libro suena en otro stand igual te vas a meter en problemas.»

Cuando se le critica su actitud, Santiago se defiende: «más roban los escritores argentinos a autores extranjeros y nadie dice nada.» Excusa más floja que si hubiera citado a Prudhomme: «La propiedad privada es un robo.»

<http://www.vdevian.com>

<http://16.22.169.96>

vdevian.com

poco a poco, todo lo que te imaginás

De concursos, revistas y (otra vez) la crítica

POR ELVIO E. GANDOLFO

La aparición de **Tesis sobre un homicidio** (Sudamericana), cierra un círculo. El año pasado hubo un mes en el cual diversos medios destacaron la cantidad de dinero que, de pronto, se había destinado a premiar novelas. Clarín, con 50 lucas; Planeta, con otras tantas, más un segundo premio; La Nación, por último, conservador hasta para abrir la bolsa, entregó 10.000 pesos y/o dólares (mientras dure la conversión). Las dos primeras firmas, para recobrar rápido parte de lo invertido, editaron al toque sus libros. Ahora Diego Paszkowski ha tenido al fin el placer de ver su nombre en tapa, sobre un cuadro de Pollock que figura en su propio relato.

La lectura, entera o interrumpida, de las tres obras premiadas lleva a la vieja intriga: ¿qué le habrán visto? Ojo: ninguno de los tres libros es un desastre. Pero tampoco ninguno de los tres libros es un gol de media cancha, o, al menos, un gol. **Pequeña música nocturna**, de Liliana Díaz Mindurry (Planeta), por ejemplo, intentaba un erotismo que se quedaba a medias, tanteando el terreno con cierta impericia técnica que hacía pasar las páginas con bastante pereza por parte del lector, o sea uno. **Una noche con Sabrina Love**, de Pedro Mairal (Clarín-Aguilar), hacía que uno se prendiera del trayecto inicial, provinciano, del protagonista que recibía de premio una noche de sexo con su actriz porno favorita, porque el lenguaje era fluido, y la mecánica (un viaje) de comprobada eficacia. Pero después se iba volviendo cada vez más necesaria la actitud de «está bien, es un primer libro», hasta que, otra vez, la pereza se hacía evidente. Ese libro, si hubiera sido editado en una editorial (digamos Sudamericana, digamos Alfa-

guara) así, como primer libro, estaba bien. Pero destinarle las 50 lucas de un premio localmente fastuoso parecía exagerado.

Una leve desilusión semejante provoca **Tesis sobre un homicidio**. El autor, Paszkowski, según la solapa, ha realizado múltiples talleres literarios. En el armado del libro se nota: la carpintería tiene cierta solidez. Pero no es totalmente sólida. Un truco cada vez más socorrido, en autores inéditos o muy éditos, es incluir en el propio texto las referencias de donde se han sacado tonos, temas, ideas (a diferencia de un premiado anterior de **La Nación**, que copió a Papini sin avisar y después habló de «metaliteratura».) Aquí el tema es tan agobiado por el cine y la narrativa popular reciente, que comienza a mostrar señales claras de agotamiento: el asesino psicopático, de ser posible serial. En **Tesis...** el asesino es un muchacho argentino que vuelve del exterior, y quiere demostrar que «la justicia es ciega», asesinando a una mujer, sin razón. Ojo: no es un cerebro sano. Las señales son muchas: por ejemplo, se ha obsesionado con Juliette Lewis (protagonista de muchas películas parecidas, en el tema, a **Tesis...**) (perdón por interrumpir tanto, pero recordé también una correcta película española reciente, de asesinatos de este tipo, que se llamaba, justamente, **Tesis**); cuando baja una escalera o recorre un lugar, el muchacho cuenta la cantidad de pasos necesarios, lo cual demuestra, redun-



dante, que es obseso, es solitario y frío emocionalmente, etc. Frente a él se alza el «prestigioso criminalista» Roberto F. Bermúdez. Aunque prestigioso, Bermúdez está separado (y rencoroso con su ex mujer, para variar), bebe bastante, se siente (y al parecer es) bastante fracasado, humanamente hablando. Los capítulos alternan entre los dos personajes, manejando un estilo sin puntos y aparte para el psicópata, y más convencional (con puntos y diálogos) para el criminalista. Si en este país hubiera un consumo y por lo tanto una producción decente de policiales, la novela de Paszkowski funcionaría más o menos bien en una colección de género, donde su director tal vez le hiciera un «editing», que podría bajarle una buena cantidad de páginas.

Porque así, estirado, el relato deja entrever lo que va a pasar con mucha anticipación, y no renueva nada sobre modelos previos. Hay un par de capítulos, por ejemplo, donde se nota en exceso la huella de **American Psycho**, de Easton Ellis (o de alguno de sus múltiples imitadores, con su sobrecarga descriptiva de comidas o marcas. El final, mecánico, ingenioso, tiene más de cuento que de novela. Se nota además el propósito de lograr, tarde o temprano, una adaptación cinematográfica (donde Víctor Laplace podría hacer de Bermúdez, por ejemplo, y Leonardo

Sbaraglia de psicópata).

El año pasado los concursos «grandes» tuvieron un tono supuestamente promotor de los «nuevos», tal vez para lavar el escandalete (juicio de un participante incluido) del «caso Piglia» en el año anterior. De la muy probable escasez de rendimiento comercial, puede preverse que este año saldrán nombres más conocidos. El problema es que hubiera sido necesario que los libros, además de «nuevos», fueran muy buenos y no apenas buenos. Hay que destacar que el problema no es sólo local. Cualquiera de estos tres libros es una obra profunda y excitante junto a **Pequeñas infamias**, el bodrio de Carmen Posadas que se llevó los jugosos cientos de dólares del Planeta español. En cuanto al Alfaguara, que lleva la apuesta a 175.000 dólares, fue ganado por Manuel Vicent, un excelente periodista y cronista que sin embargo no ha dado mayores pruebas de grandiosidad equivalente como narrador. A lo mejor (porque aún no lo leí) me equivoco.

Lejos están los tiempos en que el premio Seix-Barral descubría a Vargas Llosa o premiaba a Cabrera Infante. Es cierto: los tiempos han cambiado. Pero uno sospecha que una nueva **La ciudad y los perros** sería bochada por «muy fuerte». En los premios bien dotados hay últimamente una debilidad: parecen fraguados más por un comité administrativo del sector comercial, que por auténticos jurados interesados ante todo en la calidad literaria. El factor clave es lo que se venderá en los dos primeros meses de distribución, y no que el libro siga siendo recordado dentro de 20 años. Como decía Rushdie por ahí, es falso que el actual sistema editorial sea cruel; el problema es que no es auténticamente cruel. O sea que no corta por el lado de la calidad a rajatabla, opción que suele hacer arder con intensidad la piel de los autores, y a veces los lleva a apostar más. Con la tendencia actual, uno más bien percibe que la baja calidad promedio de la narrativa en español, gracias a los premios, baja aún un poco más, porque promueve la especulación acerca de lo que venderá (en estos casos: el crimen psicótico, el erotismo) más que la exploración del mundo o el lenguaje (que es más o menos lo mismo).

Bajo cuerda

Marrakech, de Jorge Consiglio (Simurg), se ubica en el extremo opuesto en cuanto a la estrategia, conciente o no. Elige una medida incómoda, en tres de los cuatro relatos que lo integran: esa extensión colgada a mitad de camino del cuento largo y

la novela corta, que los profesores llaman *nouvelle*. A esa opción riesgosa le agrega una más (como si, además de caminar sobre una cuerda floja, lo hiciera sin pértiga): varía todo el tiempo la *velocidad* del relato. Por ejemplo en «Embarrados», un grupo de hombres del Tigre, de manera bastante gratuita, termina por estallar en la violencia y la huida. Si eso abre una expectativa de policial negro, el personal, esquinado estilo de Consiglio se encarga de hacer aparecer las cosas fuera de tiempo, no para frustrar, sino para reconstruir un modesto equivalente del carácter sorpresivo que suele tener la realidad, o para decirlo saecreanamente, «lo real». Algo parecido pasa en «Vaivenes de un arúspice», «Una trama para Barragán» o «La carne pálida», las tres *nouvelles*. En la primera, un hombre, después de un accidente, directamente cambia de vida, de familia, de entorno, auxiliado por el clima lleno de azar de Brasil, y las palabras finales, lejos de cerrar lo que ocurre, lo abren: «Es el comienzo», dicen. En «Una trama...» se cuenta el intento de una novela a cuatro manos, pero pronto ese tema pasa a segundo plano, ante la dispersión completa de las tramas ambiguas, complejas y hasta inaprehensibles de «lo real» que rodea en el texto a esa novela, inconclusa sin cesar. «La carne pálida», por último, vuelve a colocar las sorpresas y explosivos en los sitios del tiempo y el espacio donde son a la vez menos esperados y más secretamente naturales. El resultado es que uno, en este caso, pasa las páginas con cierta rapidez, aunque (una vez pasados los primeros dos relatos) con la conciencia de que el final estará lejos de cerrar las expectativas como el lector lo querría, para hacerlo de otra manera, que complica la leve incomodidad con la conciencia de que tal vez ese final sea más «real», más justo que lo previsible.

CQMhMY5SETQ

(Crítica que me hiciste mal y sin embargo te quiero)

El periodista y novelista Martín Parrós acaba de sacar un grueso ladrillo narrativo: **La historia** (que no hay que confundir con **El fin de la historia**, de Liliana Heker). Tiene cerca de 1.000 páginas (como **Los Soria**s, de Laiseca; o la versión

Jorge Consiglio
Marrakech



Simurg

completa de **El Conde de Montecristo**, de Dumas, difundida por Debate). El escritor y crítico y periodista Juan José Becerra, en **Los inrockuptibles**, comenta ese libro. Pero se dedica al mismo ejercicio de la perversidad del que hablábamos en el último número de la V. Por ejemplo, cierra un corto introito con la frase «Es el momento en el que la interpretación vacila y sitúa a **La historia** en el lugar de las novelas que no se

pueden leer.» El resto de la nota, bastante largo, argumenta con poca pasión discursiva esa afirmación. Esa característica de no poder leerse, lejos de ser un problema, sería una especie de altar inalcanzable (¡Francia, Francia, cuántos crímenes teóricos se cometen en tu nombre!). Es decir: «**La historia** es una obra de arte que no se consume, no puede traducirse a una idea y, tal vez, no encuentre por ahora una lectura que le haga honor.» Dicho de otro modo, querido lector, no obles los 45 pesos del precio de tapa, porque tal vez sólo tu hijo, si tiene una vida ética y sana, si es un auténtico Lector Nuevo, podrá estar a la altura, así que deja que los gaste él, después de los 21 años.

El que se borra

Como «literatura que no se puede leer», tal vez la mejor sea la de Néstor Sánchez, porque el hombre, directamente, no escribe. Es lo que se deduce de una fascinante entrevista al autor (pasado) de **Siberia Blues**, **Nosotros dos** o **La condición efímera** (grandes, grandes cuentos *difficiles*: está en las mesas de liquidación de Sudamericana). Esa entrevista, de la revista **Tsé-tsé** (hay que buscarla con lupa, y vale la pena), hecha por Carlos Elliff, lo muestra muy cansado de todo (pero no blasé, ni descangayado): considera que por suerte escribe cada día peor, se aferra mucho más al cuerpo como milagro que al papel o la computadora, y prefiere claramente la escritura «poemática» a la ficción. Para tener más noticias, consigan **Tsé-tsé** número cinco. Es larga, y tarda en terminarse. Por ejemplo, se me abrió el apetito por leer más, siempre más, de Hugo Von Hofmannsthal, porque vienen tres poemas impecablemente traducidos. Iba a reproducir uno, pero se perdía mucho, por el corte y las estrofas. Así que hasta la próxima.

Cuánto vale tu silencio

POR SANTIAGO PAZOS

Como es habitual en los «especial ficción» aprovecho para borrar. En esta oportunidad, lo hago a medias. A lo nuestro.

Esta vez voy a hablar de poesía. Bah, de algo parecido. Comencemos por **Marcelo Pichón Riviere**, que acaba de sacar un volumen de sus versos por editorial Emecé llamado *Noche de leves manos*. Me reservo para el próximo número (¡qué número!) una exégesis de sus más logradas líneas. Ahora me voy a limitar a dos cuestiones. **Pichón** es el capo máximo del suplemento cultural (¿Q.E.P.D.?) del diario **Clarín**, el gran diario monopolio argentino. Adivinen dónde salió publicada una bibliografía hablando maravillas del libro con una celeridad que no suelen mostrar con otras publicaciones. Sí, en el suplemento cultural de **Clarín**. No tiene vergüenza.

Pero hay algo casi peor. **Pichón** presentó su poemario en el ICI. Hasta ahí nada fuera de lo común. Lo que sí se escapaba de lo habitual era el particular público que participó de la ceremonia. Sentaditos en primera fila, con pañuelos descartables en la mano por si había que emocionarse en caso de que se leyeran los poemas, estaban casi todos los encargados de prensa de las editoriales. Claro, como **Pichón** decide a qué libro se le da bola en **Clarín** y a cuál no, ninguno quiso ser menos y fue a aplaudir los versos del poeta. Una impresentable banda de chupamedias. No voy a dar nombres por temor a que no me entreguen más libros de arriba, pero qué desilusión. Conmigo se la dan de rebeldes y le sacan el cue-

ro a los jefes de los suplementos y luego caen en esta bajeza. Hay una excepción que tampoco voy a nombrar para que **Pichón** no tome represalias con ella. Pero **G. F.** es la única de ustedes que aún merece mi admiración y respeto.

Sigamos golpe a golpe y verso a verso. Hay una poeta (¿poetisa?) que me parece realmente mala. Debe haber muchas poetisas malas pero la casualidad hizo que sus libros cayeran tempranamente en mis manos y que los intentara leer más de una vez. La poeta en cuestión es **Liliana Lukin**. Me acuerdo haber comentado un libro suyo en **Familia Cristiana** en 1987 (¿'86?, ya comenzó a fallarme la memoria). El libro se llamaba **Descomposición** y escribí que el nombre hacía honor a los efectos que producía el libro. Bueh, **Lukin** acaba de sacar otro poemario publicado por De la Flor llamado **Las preguntas**. Lo que me llamó la atención es un texto que apareció en la contratapa y que parece la obra de un aficionado a la grapa caliente. En realidad, lo escribió el poeta **Gonzalo Rojas** y dice: "Tu poesía es oxígeno único, una visión tan portentosa desde el desasimiento como no había leído nunca antes. Nadie toca cuerdas así, tan altas y libres. **Liliana** fisiológica, desollada tan a la intemperie... criatura más lúcida en el plazo ciego de estas décadas". Estimado **Rojas**: ¿no será mucho? ¿no estará confundiendo a la **Liliana** fisiológica con **Alfonsina Storni**, con **Sylvia Plath**, con **Ana Cristina Cesar**? Hay cosas, **Gonzalo**, que se dicen al oído para que la oyente se entregue pero que luego no se escriben. So pena de ser escuchado en la contratapa de un libro.

¡OTRA VEZ FERIA...!

(Y otra vez, lo mejor estará en Ediciones de la Flor)

Todo Boogie el Aceitoso. Fontanarrosa. Un tomo de más de 600 páginas en tapa dura que contiene todas, pero todas todas, las historietas del simpático violento, incluso más de un centenar no incluidas en los libros ya publicados y las del antepasado de Boogie: **Ultra**. Todo precedido por una lectura del personaje a la luz de la semiología, el psicoanálisis y el humor feminista.

A mí no me grite. Quino. Primera edición argentina —en nueva presentación gráfica— de un casi incunabile: uno de los dos libros del creador de **Mafalda** publicados solamente en México. Agotado durante muchos años, sus páginas siguen deslumbrantes.

Inodoro Pereyra 23. Fontanarrosa. Inodoro, envalentonado por el éxito de la recopilación de sus primeros 20 tomos, avanza hacia el año 2000 en esta nueva serie de sus andanzas acompañado por su tradicional elenco, con la participación estelar del **Mendieta**.

Con el deporte no se juega 4. Caloi. Ahora con páginas en color, pero siempre con el mismo calor y espíritu deportivo, una selección de los mejores chistes —transpirados como camisetas— del genial creador de **Clemente**.

Líneas. Leo Maslíah. En la onda del tradicional humor absurdo del autor, pero más: una novela escrita en trocha angosta para leer sin respirar y divertirse sin interrupciones. No hay párrafos ni espacios en este libro, una historia contada en líneas, configurando la primera novela-rap de la historia de la Literatura.

Memorias de un alemán atípico. Los años de formación de un manager de la cultura. Peter Weidhaas. Los recuerdos de una figura consular de la cultura contemporánea —el director por más de 25 años de la Feria del Libro de Frankfurt—, como un documento sobre las relaciones entre política y producción cultural desde la postguerra hasta hoy.

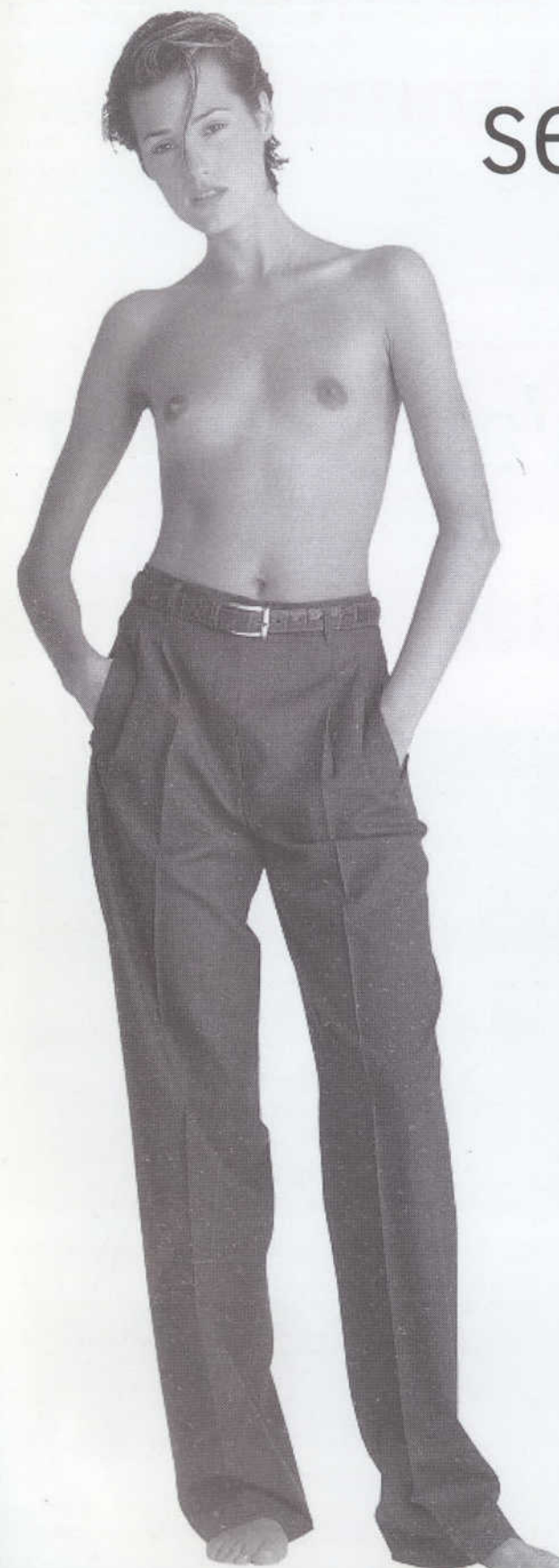
Teatro 5. Roberto Cossa. Años difíciles, *Viejos conocidos*, *Don Pedro dijo no* y *Lejos de aquí* (esta última en colaboración con **Mauricio Kartún**) son las piezas más recientes del máximo renovador del teatro argentino contemporáneo e integran su revisión de los tics del ser nacional.

Pollerudos. Destinos en la sexualidad masculina. Sergio Rodríguez y Ricardo Estacolchic. Edición definitiva, corregida y sustancialmente aumentada, de una obra polémica, escrita por dos psicoanalistas pero no sólo para especialistas. En ella se examinan, con rigor científico y humor, las causas, escenas, razones y sinrazones en la vida erótica.



EDICIONES DE LA FLOR
Gorriti 3695 (1172) Buenos Aires
Fax: 963-5616
Email: edic-flor@datamarkets.com.ar

La V. se pone los largos



CON EL NÚMERO QUE TENÉS ENTRE TUS MANOS TERMINA UNA ETAPA DE **V DE VIAN**. AHORA SE VIENE OTRA ÉPOCA. NO TE VAMOS A ADELANTAR CASI NADA PARA QUE LA SORPRESA SEA MAYOR. SÓLO ESTAS COSITAS:

- EL PRÓXIMO NÚMERO DE LA **V**, APARECE LA PRIMERA SEMANA DE JUNIO.
- LOS SUSCRIPTORES VAN A TENER TANTOS REGALOS QUE NO LO VAN A PODER CREER.
- SALVO EL PRECIO DE TAPA, TODO SE VA PARA ARRIBA.
- VAS A SABER DE NOSOTROS POR LOS DIARIOS.
- Y YA TE DIJIMOS DEMASIADO.

TE VAS A SORPRENDER
CON
V DE VIAN 39